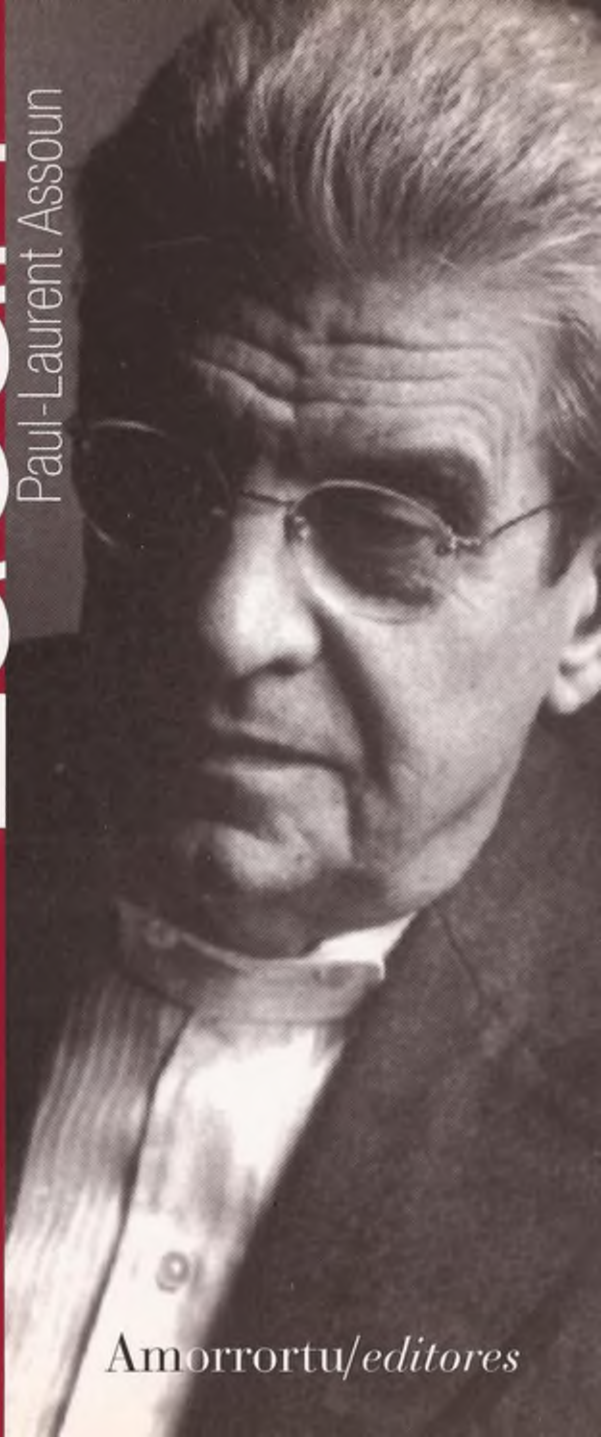


Lacan

Paul-Laurent Assoun



Amorrortu/editores

Esta obra, editada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, se ha beneficiado del apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Lacan

Paul-Laurent Assoun

Amorrortu editores

Buenos Aires - Madrid

Biblioteca de psicoanálisis
Director: David Maldavsky
Lacan, Paul-Laurent Assoun
© Presses Universitaires de France, París, 2003
Traducción, Irene Agoff

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7º piso (1057) Buenos Aires
www.amorrortueditores.com

Amorrortu editores España SL
C/Velázquez, 117 - 6ª izqda. - 28006 Madrid

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723
Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-104-3
ISBN 2-13-053315-9, París, edición original

Assoun, Paul-Laurent
Lacan.- 1ª ed.- Buenos Aires : Amorrortu, 2004.
192 p. ; 20x12 cm.- (Biblioteca de psicología y psicoanálisis)

Traducción de: Irene Agoff

ISBN 950-518-104-3

1. Psicoanálisis I. Título
CDD 150.195

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en enero de 2004.

Tirada de esta edición: 2.000 ejemplares.

Índice general

11 Introducción. Jacques Lacan o el «retorno a Freud»

De «¿Qué sé yo?» a ¡*Scilicet!*, 12. El «pensamiento-Lacan» y su objeto, 14. La obra repartida, 15. El «retorno a Freud», 17. Lacan entre «freudismo» y posfreudianos, 19. El estilo: un gongorismo cristalino, 20. La palabra hablada y lo escrito, 23. *Work in progress*: la lógica de una búsqueda, 24. Cartografía de un trayecto, 27.

31 Prólogo. Lacan, la vida y la obra

51 PRIMERA PARTE

53 *Fundamentos. Imaginario, simbólico, real*

57 1. Del estadio del espejo a lo imaginario

1. Experiencia y estadio del espejo, 58. 2. Del espejo a lo imaginario: lo especular, 60. 3. El yo, función de desconocimiento, 61. 4. La relación con el semejante: el *infans* y el «pequeño otro», 63. 5. Del yo al sujeto: imaginario y lenguaje, 64.

66. 2. La teoría del significante

1. Saussure con Freud: el algoritmo lacaniano, 67. 2. El significante o la letra del deseo: praxis del significante y significante fálico, 69. 3. Lógica del significante y retórica del inconsciente, 71. 4. De la instancia de la letra a la «dicho-mansión», 73. 5. De la «lingüistería» a «lalengua»: el «materialismo», 75. 6. Del «hablaser» a los «discursos», 77. 7. El lenguaje, condición del inconsciente, 78.

80 **3. Del nombre del padre a lo simbólico**

1. El Nombre del Padre, 80. 2. La metáfora paterna, 82. 3. Lo simbólico, 83. 4. Padre(s) real, imaginario, simbólico, 85. 5. El deseo, la Cosa y la Ley, 86. 6. De los «nombres del padre» a los «no incautos yerran»: el «cuarto término», 87.

89 **4. Lo real y sus funciones**

1. Lo real: del «retorno» a lo excluido, 90. 2. Lo real como imposible, 92. 3. Lo real de la *tyché* y el significante, 92/4. La lógica o la ciencia de lo real, 93. 5. Real y semblante, 93. 6. La función de real, 94.

97 SEGUNDA PARTE

99 *La mimesis lacaniana. Otro, objeto, sujeto*

101 **5. Figuras del Otro**

1. La función de alteridad, 102. 2. Otro, deseo y simbólico: cuerpo y angustia, 104. 3. Necesidad, demanda y deseo, 106. 4. La identificación: Otro y «rasgo unario», 107. 5. Sujeto y Otro: «¿Qué quiere (de mí) el Otro?», 108. 6. El Otro como goce: cuerpo y Femenino, 109.

111 **6. Potencias del objeto**

1. La invención lacaniana, 111. 2. La «relación de objeto» a prueba: frustración, privación, castración, 113. 3. Destinos del objeto *a*: entre Otro y falo, 115. 4. El objeto de la pulsión, 116. 5. El objeto del deseo y sus figuras, 118. 6. Objeto *a* y «plus de goce»: goce, deseo, amor, 119.

122 **7. Funciones del sujeto**

1. Sujeto y ciencia del inconsciente, 123. 2. Sujeto y significante, 124. 3. El sujeto barrado, el Otro y el objeto: el fantasma, 126. 4. El sujeto dividido: función sujeto e inconsciente, 127.

131 *El acto analítico y el matema. Estructura y síntoma*

133 **8. Neurosis, psicosis, perversión**

1. Lacan clínico, 133. 2. Una clínica estructural, 135. 3. Estructura y síntoma, 136. 4. La neurosis: demanda y deseo del Otro, 138. 5. Psicosis y forclusión, 139. 6. La perversión o la ley de goce, 142. 7. El «*sinthome*», 142.

144 **9. Fines del análisis y «deseo del analista»**

1. La relación analítica: la «palabra plena», 145. 2. El acto analítico o la transferencia, 147. 3. La «ética del psicoanálisis», 148. 4. Transferencia y «sujeto supuesto saber», 148. 5. El «deseo del analista», 149. 6. La formación del analista: del «pase» al atolladero, 151. 7. Los fines del análisis, 153.

155 **10. De la metapsicología al matema: la escritura del análisis**

1. La matesis y sus herramientas: los esquemas y los grafos, 156. 2. La topología (1), 159. 3. La topología (2): el borromeísmo, 162. 4. El matema, 163. 5. Lo «imposible» de la «relación sexual»: las fórmulas de la sexuación, 165. 6. La mujer y el Otro, 168.

171 **Conclusión. El «pensamiento-Lacan» y sus apuestas**

Los efectos del «pensamiento-Lacan», 172. ¿Lacan freudiano?, 174. El «pensamiento-Lacan» y el pensamiento contemporáneo, 176. Lacan y el porvenir del psicoanálisis, 178. Ciencia, verdad y semblante, 180. La ética del lenguaje: Logos y Tyché, 182.

184 **Bibliografía**



Introducción

Jacques Lacan o el «retorno a Freud»

«A ustedes les toca ser lacanianos, si quieren. En cuanto a mí, yo soy freudiano».

Así se dirige Jacques Lacan a sus discípulos al término de su enseñanza y de su vida.¹ Pero es justo el haber pretendido ser —simple y radicalmente— «freudiano» lo que homologó su nombre en la historia del psicoanálisis, y más allá, por los efectos de este gesto en el «saber del hombre».

¿Jacques Lacan en una enciclopedia? Hemos de convenir en que tiene algo de paradójico y hasta de provocativo esto de «enciclopedizar» a Lacan, a él que hizo de la ignorancia la pasión cardinal, junto al amor y el odio; punto este que se esclarecerá al término del presente trayecto (*infra*, pág. 171). Pensar esta paradoja nos sitúa, de entrada, en el «pensamiento-Lacan». Pues el enciclopedismo parte sin duda de una ilusión: no simplemente porque es imposible «saber todo» o integrar todo en una Suma —este es más bien el motor de la pasión enciclopédica y lo que alimen-

¹ J. Lacan, «Le Séminaire de Caracas, 12 juillet 1980», en *L'Ane. Le Magazine Freudien*, abril-mayo de 1981, n° 1, pág. 30.

ta la insaciable «pulsión de saber»—, sino porque en el principio del saber está obrando una falta o un elemento de des-completud. Lacan habla en algún momento de «ignorancia enciclopédica». De ella dan patético testimonio Bouvard y Pécuchet, consagrados a la ilusión del Saber Todo² pero experimentando, al fin de cuentas, la falta: «¿Qué sé yo. . . entonces?»* ¿Se trataría, pues, de entregar el «lacanismo» a los Bouvard y Pécuchet del siglo XXI, con lo que sólo sería cuestión de reducirlo a puro calco? ¿Y ello mientras que el psicoanálisis asume una ignorancia saludable desde la cual, atravesado «el sujeto supuesto saber», brota la verdad del inconsciente?

De «¿Qué sé yo?» a ¡*Scilicet!*

Se trata, en rigor, de inscribir el impacto del meteorito «Lacan» sobre el *globus intellectualis*. Lo que debe alentarnos por esta vía es que Lacan mismo busca homologar algo del orden del *saber*. *Scilicet*, «tú puedes saber», divisa latina con la que tituló una revista en un momento decisivo de la constitución del «lacanismo» (*infra*, pág. 35), vale en este sentido como una confirmación y una continuación del *Sapere aude* («atrévete a saber»)

² P.-L. Assoun, «L'ignorance passionnée. Bouvard et Pécuchet saisis par la psychanalyse», en *Analyses et réflexions sur Flaubert, Bouvard et Pécuchet*, Ellipses, 1999, págs. 104-15.

* «*Que sais-je?*», título de la colección francesa a la que pertenece esta obra. (*N. de la T.*)

horaciano, que el creador del psicoanálisis hizo suyo.³ Al dar así «licencia» (*licet*) al saber (*scire*), Lacan se exponía a la posibilidad de que, tarde o temprano, él mismo quedara «homologado» en el Libro del saber. Nos guste o no, sus *escritos*, en su forma singular, figuran efectivamente en la Biblioteca (¡aunque se los defina, llegado el caso, como «no aptos para ser leídos»!).

Si esto ha de hacerse, al menos que se lo haga «bien», o mejor dicho «suficientemente mal», esto es, dando cabida no sólo a su diferencia sino también a su discordancia: desde el momento en que el psicoanálisis es referible justamente al «sujeto de la ciencia» (*infra*, pág. 123), no puede estar fuera-del-saber. Pero sobrestimar la consistencia de este saber es asumir el riesgo (mortal) de edulcorar lo real al que él se refiere. Porque el inconsciente (el de Freud) no es una «noción»: «No hay conocimiento. Pero saber, eso sí, a patadas, hasta no saber qué hacer con él, armarios repletos»^{*} (RAD, *AE*, 433). La Enciclopedia esperaba, pues, a Lacan y al «lacanismo» y nosotros abrimos esa puerta, pero acondicionando las vías de entrada y hasta de acceso y a condición de introducir allí su ironía inimitable, de la que el humor de su pala-

³ P.-L. Assoun, *L'entendement freudien. Logos et Anankè*, Gallimard, 1984.

^{*} De aquí en adelante citaremos los textos con remisión a *Ecrits (E)*, Le Seuil, 1966; a *Le Séminaire (S)*, con indicación del tomo (I-XXVI), Le Seuil, y a *Autres Ecrits (AE)*, Le Seuil, 2001. Para los detalles, véase el cuadro bibliográfico de págs. 42-9, donde se indican, además de las ediciones en español correspondientes, las designaciones abreviadas según las cuales se citan los *Escritos* y los *Seminarios*.

bra es espejo. No es cuestión entonces de meterlo en los «armarios de saber», sino de pulir, con él, sus cerraduras. . .

El «pensamiento-Lacan» y su objeto

Ahora bien, esta especificidad se anuncia por el deslinde respecto del «discurso universitario», que sitúa al significante «saber» en posición de «agente». El psicoanálisis es reacio a ello, pues en este lugar coloca el objeto del deseo («objeto *a*»). Esta es, precisamente, para anunciar de entrada lo que se va a encontrar al final del trayecto, la aportación capital de Lacan al psicoanálisis e incluso a todo discurso anterior, reenviado al «semblante» (véase *infra*, págs. 93 y 180). Esto explica el carácter intrínsecamente contradictorio de una presentación universitaria del aporte de Jacques Lacan, quien llegará a decir que «el universitario, por estructura, tiene horror del psicoanálisis» (RAD, AE, 412).

Sin embargo, el «objeto *a*», avanzada capital de Lacan (*infra*, pág. 111), no es pretexto para lo indecible: por el contrario, es lo que funda al «objeto del psicoanálisis» en su rigor (de real y de escritura). Esto nos legitima, pues, para tratar de caracterizar el «pensamiento-Lacan» en sus avanzadas, para reconocerlo en el orden del discurso como «un discurso que no sería del semblante». . . Así se despeja lo que llamamos el «pensamiento-Lacan», no tanto pensamiento del inconsciente como pensamiento destinado a despejar el

«inconsciente» mediante una «reforma del entendimiento»* surgida de Freud. Lo cual permite evitar el engañoso término «lacanismo»: «Si es verdad que lo que les enseño tiene valor de enseñanza, no dejaré en ella tras de mí ninguna de esas perspectivas que les permiten agregarle el sufijo “-ismo”» (S VII, 25 de mayo de 1970).

La obra repartida

La dificultad de método —para decirlo en la modalidad deslindada del discurso universitario— coincide de entrada con la dificultad del objeto.

La primera concierne al propio corpus: ¿se puede hablar de una Obra de Lacan? Fuera de su tesis sobre la psicosis paranoica (*infra*, pág. 33), Jacques Lacan no firmó propiamente ningún libro. En lugar de ese Libro inexistente encontramos dos «bloques»: por un lado los *Escritos* —prolongados a título póstumo en *Autres Écrits*—, por otro *El Seminario*.

Escritos: el título puede ser tomado en su sentido más ambicioso —bíblico, junto a la Ley y los Profetas— o más descriptivo: «Estoy como autor menos implicado en él de lo que se imagina, y mis *Escritos* son un título más irónico de lo que se cree», especificará en 1971 (LIT, AE, 12).

* El francés *entendement* debe ser tomado en la doble vertiente semántica del verbo francés *entendre*: «entender» y «oír». (N. de la T.)

Lo cierto es que el 15 de noviembre de 1966 son entregados para su publicación 34 de sus artículos escritos entre 1946 y 1965 (de un total de 50), que habían salido, por ejemplo, en *La psychanalyse*. Desde 2001 disponemos de una compilación suplementaria efectuada por J.-A. Miller, con el escueto título de *Autres Ecrits*, «Otros Escritos», que abarca el período 1938-1980.

Pero está también y sobre todo *El Seminario*, lugar vivo donde se elabora el «pensamiento-Lacan», esfuerzo continuo entre 1951 y 1979-1980 y que constituye la vertiente oral, o sea, la *palabra* de Lacan. Verdadero taller del que Lacan es el principal obrero pero en el que —no debe olvidarse— participaron sus discípulos e interlocutores. *El Seminario* comienza officiosamente en 1951, oficialmente en 1953, y durará hasta 1980. O sea, veintiséis años de enseñanza, 25 tomos de los que se publicaron 9 entre 1973 y 2001, lo cual representa más de 500 sesiones.

¿Dónde comienza, dónde acaba esta «obra»? ¿Hay una coherencia en su desarrollo temático? *El Seminario*, lejos de ser una colección de temas, es un movimiento de búsqueda transliterado de año en año, lo cual torna inevitable el problema de la transliteración de la expresión «palabra oral».⁴ Estamos apenas comenzando a explotar las riquezas de esta corriente de descubrimientos, aunque estén empezando a forjarse sus ins-

⁴ Sobre esta vasta cuestión, cf. Jacques-Alain Miller, *Entretien sur Le Séminaire avec François Ansermet*, Navarin, 1985, así como *Le transfert dans tous ses errata*, EPEL, 1991.

trumentos críticos.⁵ Ironía de la historia: disponemos del índice de una obra todavía inaccesible en su integridad. . .

El «retorno a Freud»

Aunque la Obra esté repartida, ella anuncia un poderoso factor de unidad. ¿De dónde puede venir la unidad de la obra de Lacan, o más bien su reaprehensión? De la «consigna» que organiza su proyecto, a saber: el «retorno a Freud».

La expresión aparece a mediados de la década de 1950 y da su título a un escrito decisivo que adquiere la dimensión de un manifiesto, *La Cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis*. Ahora bien, «el sentido del retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud» (CF, *E 1*, pág. 388).

Esto supone una transferencia personal sobre el descubrimiento freudiano cuya fórmula presenta Lacan en 1957: «Es una cosa sin duda impactante, sobrecogedora por completo, el que Sigmund Freud, un hombre solo, haya llegado a deslindar cierto número de efectos que jamás habían sido distinguidos antes y a introducirlos en una red coordinada, inventando a la vez una ciencia y

⁵ G. Le Gaufey *et al.*, *Index des noms propres et titres d'ouvrages dans l'ensemble des séminaires de Jacques Lacan*, EPEL, 1998; Henry Krutzen, *Jacques Lacan, Séminaire 1952-1980. Index référentiel*, Anthropos, 2000; Denis Lécure, *Thésaurus Lacan*, vol. I: *Citations d'auteurs et de publications dans l'ensemble de l'œuvre écrite*, EPEL, 1994.

el ámbito de aplicación de esta ciencia». Por consiguiente: «Con respecto a esa obra genial que fue la de Freud y que atraviesa su siglo como un reguero de fuego», hay que suscitar «un ejército de obreros para la siega» (*Les Entretiens de l'Express*, 31 de mayo de 1957). El propio Lacan asumirá esa soledad en 1964: «Yo fundo, tan solo como he estado siempre en mi relación con la causa psicoanalítica». Al recoger la causa de Freud, Lacan habría hecho suya la soledad del investigador. . .

¿Debe juzgarse entonces modesta o presuntuosa la manera como Lacan, en 1966, se presenta ante Pierre Daix, cuando dice: «Yo soy el que ha leído a Freud»? Lacan sería ni más ni menos que eso, el lector de Freud, pero en un sentido literal se presenta como *el* lector de Freud; significando así que Freud no ha sido (aún) leído *de veras*.

En esta línea podemos apreciar las palabras citadas en nuestro epígrafe, ya instituido el «lacanismo»: «Ustedes son libres de ser lacanianos, si les place», parece decir Lacan, «en lo que me concierne, yo soy freudiano». Esto convierte el retorno a Freud en imperativo del «ser-laciano», lo que demanda su reencuadre y estimación en el contexto general de la pos-historia del pensamiento de Freud. Puede sospecharse aquí una lógica: si *al menos uno* —llamado Lacan— se esfuerza en ser —rigurosamente— freudiano (todos) los otros pueden, deben ser lacanianos. ¿Cómo hacer rimar entonces esta afirmación con esta otra no menos perentoria, pronunciada por Lacan: «Freud no era laciano» (S XXII, 13 de enero de 1975)?

Lacan entre «freudismo» y posfreudianos

Podríamos situar de entrada el pensamiento de Lacan en la estela del *freudismo*.⁶ El dirá: «Por mi parte he intentado poner de manifiesto la coherencia, la consistencia de lo que fue pensado por Freud —yo soy un epígono—» (2 de noviembre de 1976, *Lettres de l'École freudienne n° 21*). De hecho, Lacan establece una posición singular y hasta de excepción con respecto a los «posfreudianos». La relación de Lacan con los grandes posfreudianos —de Melanie Klein a Donald W. Winnicott, pasando por Michaël Balint y otros, menos notorios, a quienes él recurrió intensamente en su problemática—, es de las más activas. Habrá que situar, pues, la presencia de esas figuras en la construcción de la posición lacaniana, y en puntos clave de esta. Su ambición propia es, sin embargo, dar cabida a la «cosa freudiana», ¡lo cual podría tomarse como jactancia de ser el único freudiano de veras! Aquí se juega más bien la necesidad de no dejar dilapidarse la médula de la aportación freudiana, así fuese introduciendo un lenguaje distinto con función de despertador casi traumático, y de conservar viva su praxis. Esta ambición se juzga, pues, de viso, sin lo cual permanecerá en el orden del prestigio imaginario.

Este compromiso se traduce en una serie de fórmulas-choque —«los aforismos de Lacan»— destinadas, cual apotegmas, a marcar las líneas

⁶ P.-L. Assoun, *Le freudisme*, 2ª ed., PUF, «Quadrige», 2001.

de desenganche pero a las que pudo ser tentador reducir el «lacanismo», desde «el inconsciente estructurado como un lenguaje» hasta «el inconsciente como discurso del Otro», fórmulas brillantes y enigmáticas. Nos será preciso determinar lo que significan realmente, considerándolas como esas fulguraciones significantes que vienen a emblematizar un movimiento de búsqueda y a dejar impronta en su memoria. El retorno a Freud equivale de hecho a asumir el *acto analítico* en el presente. Esto supone (re)leer a Freud y hacer fulgurar —con el soplo de la recurrencia— su «reguero de fuego», reavivando las brasas de sus textos.

El estilo: un gongorismo cristalino

Pero he aquí el segundo conocido obstáculo: Lacan realiza esta operación valiéndose de un estilo distintivo y hermético. El mismo ironiza sobre este punto al presentarse como «el Góngora del psicoanálisis, según dicen, para servirles» (SPFP, *E 1*, pág. 448). Preciosismo, oscuridad, enrevesamientos, antífrasis y oximorones, neologismos o palabras-valija: ¿no es este el precio que se debe pagar, a imagen de Luis de Góngora, el poeta español del siglo XVII, por el «eufuismo», es decir, literalmente, el «bien decir»? En suma, «no hay más salida que entrar», hasta el punto de recurrir para ello al «bachiller» (*AE*, pág. 284).

De hecho, se trata de un trabajo sobre la letra. Lacan mismo expresa irónicamente que lo que

hoy parece apenas inteligible será a la larga claro como el cristal: «Bastan diez años, dice en 1974, para que lo que escribo se vuelva claro para todos. . .» (TEL, AE, pág. 544). Al menos diez años después, desaparecido el autor, su estilo ha adquirido derecho de ciudadanía. Freud mismo se excusaba por el carácter inevitablemente iniciático del acceso al psicoanálisis.⁷ Lacan parece, en efecto, «recargar las cosas», pero podría ser que con este estilo intentase proteger el «agalma» del saber freudiano (véase *infra*, pág. 119), el objeto precioso que resiste a la vulgarización. Una manera de recordar que el objeto freudiano repele la trivialidad, pero que supone también, para decirlo rápido, la necesidad de aprender a «hablar en lacaniano». Lacan inventa términos* que sólo existen en la lengua lacaniana, subsistema a su vez de la lengua analítica: por ejemplo «*hainamoration*»,** «*sinthome*». . .*** Lacan impone a ciertos términos conocidos una grafía especial que los convierte en neologismos: por ejemplo, «*dit-men-*

⁷ S. Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, GW, XV, pág. 76. Citaremos en adelante los textos de Freud según las *Gesammelte Werke* (GW), retraduciendo los pasajes correspondientes. Cf. P.-L. Assoun, *Psychanalyse*, PUF, «Premier cycle», 1997, pág. 14.

* En principio, los neologismos lacanianos no serán traducidos. Llegado el caso, se dará una explicación sumaria en nota al pie. (*N. de la T.*)

** *Hainamoration*: Condensación de *haine*, «odio», y *amoration*, neologismo a su vez que correspondería a «enamoramamiento». (*N. de la T.*)

*** *Sinthome*: neologismo fundado en diversas homofonías: *symptôme*, «síntoma», *saint homme*, «hombre santo», etcétera. (*N. de la T.*)

sion»,* «*disque-ourcourant*».** Se suma a ello el recurso a lenguajes científicos idiomáticos, desde la topología hasta la lógica fregeana, que parecen requerir el dominio de estos «metalenguajes» que no lo son. . .

La paradoja es que este discurso cuya originalidad llega al hermetismo ha sido objeto, como lo señala el propio Lacan, de «pastiche» y de «plagio» (*Allocution sur l'enseignement*, AE, pág. 304). Como si, no pudiendo comprender a Lacan, se lo hubiera imitado. . . Hay un aparente contraste entre la lengua soberbiamente clarificadora de Freud, que ponía el idioma de Goethe al servicio del psicoanálisis (y que de hecho fue recompensado al final de su obra con el Premio Goethe) y la lengua sofisticada de Lacan. Pero el propósito de esta verba compleja es que se pueda captar, por contragolpe, la verdadera complejidad de la lengua de Freud. ¡«Traducir» a Lacan obliga a releer a Freud! Una manera de mostrar que Freud *dice* más de lo que *escribe*. A modo de resarcimiento, «los aforismos de Lacan» (MSSS, AE, pág. 333), esas fórmulas que se desprenden del texto, parecen destinados a ofrecer la sustancia de ese pensamiento en una forma a la vez literal y encriptada. Debemos tener en cuenta ese arte del «conchetto» por desconfianza hacia la «captación

* *Dit-mension* modifica a *dimension*, «dimensión». En la nueva forma, equivaldría a «dicho-mansión», por «residencia, morada del dicho». (*N. de la T.*)

** *Disque-ourcourant*, modificación/condensación de *discours courant*, «discurso corriente», para resaltar, con *disque*, «disco», el carácter circularmente repetitivo de tal discurso. (*N. de la T.*)

conceptual» (S V, 27 de noviembre de 1957), combinado con un encarnizado esfuerzo de rigurosidad de pensamiento.

La palabra hablada y lo escrito

¿Cómo concebir la relación entre la palabra hablada y lo escrito en la economía de la obra lacaniana?

Por un lado, lo medular del aporte de Lacan reside en su palabra hablada: para él, lo escrito es tan sólo un desecho. Reaparece aquí la homofonía tomada de Joyce: *a letter* y *a liter* (LIT, AE, pág. 11). Por otro lado, la palabra hablada no se reduce a la enseñanza: «Desde luego, forma parte de mis principios el no esperar nada de que mi discurso sea tomado como enseñanza», declara en 1970 (*Allocution sur l'enseignement*, 19 de abril de 1970, AE, pág. 298). Lacan dice cabalmente «mi enseñanza», pero afirma también, respecto de la enseñanza en general, que «podría estar hecha para poner una barrera al saber». Un paso más y se comprenderá a dónde conduce esto: «Yo no puedo ser enseñado sino en la medida de mi saber, y enseñante, todos saben desde hace rato que es para instruirme» (*op. cit.*, pág. 299).

De hecho, cuando Lacan inicia el Seminario, que es *su* enseñanza, acaba de entrar en la cincuentena. Se compromete en esta enseñanza hasta el punto de situarse como analizante de su propio destinatario: «Al brindarse a la enseñanza, el discurso psicoanalítico lleva al psicoanalista a la

posición del psicoanalizante, es decir, a no producir nada manejable, pese a la apariencia, salvo a título de síntoma» (*Allocution sur l'enseignement*, AE, pág. 304).

Comprometer así su síntoma en la palabra enseñante es lo que el investigador Lacan hace y lo que produce al investigador Lacan. Ello se resume en un dispositivo: este «enseñante» habla y escribe (en el pizarrón) *fórmulas* que sostienen su *palabra hablada*; hasta el punto de llegar a pensarse que el «escritorio» adquiere cada vez más importancia frente a la «palabra hablada». Queda quizá lo esencial: Lacan es una voz.

Work in progress: la lógica de una búsqueda

El «pensamiento-Lacan» tropieza por último con una dificultad por lo menos tan radical como la de su estilo, o sea, una escritura que constituye a la vez un «idiolecto» y un modo de transmisión. Por un lado, hay en Lacan afición al descubrimiento o al «hallazgo»; por el otro, hay una pasión por la formalización y por la teorización llevada al extremo.

Es sabido que Lacan recurre a letras y grafos que parecen imponer un aprendizaje. Iniciales —R/S/I, S, a, A, pero también S1, S2. . .—, signos encriptados en los que es preciso iniciarse. En realidad, conviene tomar como referencia la operación del «pensamiento-Lacan» para comprender por qué se necesitan tales elementos para escribir ese real que él designa en esta forma. «Ins-

tancia de la letra» en el saber lacaniano. Lo que Lacan dice a propósito de Freud se aplica *a fortiori* a él mismo: no se debe empezar por comprenderlo para traducirlo, sino que se lo «comprende» traduciéndolo. . .

Conviene familiarizarse con esos «juegos de lenguaje», sus reglas y elementos, para percibir su fecundidad en el desciframiento de lo real clínico. ¿Cómo exponerlos, entonces, al ser Lacan reacio a un cierre semejante? Exponer a Lacan es reconstruir el movimiento por el cual se constituyen sus avanzadas. Como Freud, pero siguiendo una línea completamente distinta, Lacan retorna sin cesar sobre sus «adquisiciones» para volver a decirlas de otro modo y mejor. Allí donde Freud baliza el descubrimiento, Lacan formaliza sus aportes y procede a una *reescritura de Freud que se convierte en reescritura de él mismo*. Es, pues, primordial captar la significación de estas avanzadas en su diacronía, pero hay sin duda, en uno y otro caso, una génesis determinante. Freud recomendaba prestar «mucha atención a la fecha de composición» de los «trabajos analíticos». ⁸ El principio se aplica con similar carácter imperioso, *mutatis mutandis*, a Lacan. Como él lo advierte en 1967: «No crean que mientras yo viva podrán tomar ninguna de mis fórmulas como definitiva» (*Petit discours aux psychiatres*). Tomar sus fórmulas como definitivas es darlo por muerto. ¿Cuándo aparecen las temáticas y las palabras clave? Fechar la aparición de las nociones clave

⁸ Freud a Smiley Blanton, 20 de marzo de 1934, en S. Blanton, *Journal de mon analyse avec Freud*, PUF, 1973, págs. 51-2.

es un medio para apreciar su alcance, aun si se las reproduce en su dinámica.

Hay en cierto sentido, efectivamente, un «primer Lacan», luego un segundo, un tercero: no es inútil intentar «periodizar» la obra (cf. *infra*, págs. 38-41), aunque de entrada nos percatemos de que, parafraseando a Heidegger, Lacan no busca sino decir la misma cosa (*das Selbe*), que no es como decir lo mismo (*das Gleiche*). Es legítimo, pues, tomar en cuenta el aporte del conjunto de la construcción, pero integrando a cada una de las dimensiones su dinámica interna.

Por otra parte, debe tomarse a la letra la idea de «retorno a Freud», idea que supone situar, como contrapunto a cada una de las avanzadas lacanianas, *desde dónde* recoge la cuestión freudiana, y esto sin dejar de pensar su originalidad propia. En otros términos, es imposible dar cabida al proyecto de Lacan sin situarlo en relación con Freud, aun cuando se localicen los puntos de «desenganche» que le permiten promover cada vez un significante nuevo. Así pues, cada una de las avanzadas lacanianas deberá ser establecida determinando en qué punto representa un desplazamiento y hasta un desvío especificador con respecto a la metapsicología freudiana.⁹

Por último, asunto capital para la transmisión lacanianas: mientras que hay sin duda en Freud «conceptos fundamentales» (*Grundbegriffen*) metapsicológicos, existe en Lacan lo que podemos llamar *significantes teóricos* fundamentales, cuyo

⁹ P.-L. Assoun, *Introduction à la métapsychologie freudienne*, PUF, «Quadrige», 1993; *La métapsychologie*, PUF, «Que sais-je?», 2000.

uso varía, pero de forma rigurosa; y sabemos que ninguno de esos términos (simbólico, significante, deseo) «podrá servir jamás. . . a nadie de “amuleto”, de “criterio” intelectual» (S VII, 25 de mayo de 1960).

Nuestro afán es caracterizar el aporte de Lacan en su conjunto según sus grandes dimensiones: en consecuencia, los capítulos correspondientes integrarán toda la corriente de aporte respectivo pero incluyendo los saltos «históricos» y los resurgimientos torrenciales. El lector ha de poder juzgar el conjunto del aporte en cada capítulo correspondiente a una de sus dimensiones, pero percibiendo a la vez la dinámica de los reacomodamientos. Aquel que quiera penetrar en el laberinto por una de sus entradas, ha de poder juzgar los reenvíos al conjunto de la red.¹⁰

Cartografía de un trayecto

– Conviene evaluar en una primera parte, tras un prólogo que instale sinópticamente el trayecto de Jacques Lacan, los fundamentos de su propio modo de relectura. Es imposible penetrar en el modo de pensar que lo caracteriza sin introducir el estadio del espejo, *terminus a quo* de su trayecto; esto conducirá a una teoría estructural de lo especular (cap. 1) por una parte, y por la otra, a la

¹⁰ Por eso nos valdremos sistemáticamente de remisiones (*supra, infra*) para que obren como hilo de Ariadna en la exploración.

teoría del significante, que definirá el ser de lenguaje del inconsciente (cap. 2). Imagen y significante, tales son los dos polos que van a definir el columpio teórico de Lacan.

Correlativamente, se despeja la categoría de lo simbólico y su correlato, la del Nombre del Padre (cap. 3). Esta da acceso a la roca de lo real, sobre la cual se anuda la trilogía fundadora en la que se asienta el «entendimiento lacaniano»: la de lo imaginario, lo simbólico y lo real (cap. 4).

– Una vez adquirida esta especie de marco experiencial, más que trascendental, se hace posible desplegar en una segunda parte la dramaturgia de la teoría lacaniana, ordenada alrededor de la teoría del deseo en sus tres dimensiones: la del Otro (cap. 5), la del objeto (cap. 6) y la del sujeto (cap. 7). Debemos comprender por qué emergen estas nociones de aspecto metafísico: en particular la referencia al Otro, a la vez necesaria y de geometría en apariencia variable. El lector puede preguntarse legítimamente: «El Otro, *¿qué es* en Lacan?», y sentirse desorientado al ver aplicado el término a significantes distintos e incluso heterogéneos. Pero, *¿cómo* abordar al Otro sin implicar lo simbólico y el Nombre del Padre, cómo hablar del sujeto sin confrontarlo con lo imaginario y con lo simbólico, cómo considerar el objeto sin implicar lo real y el goce? Lo primordial es asegurarse de la coherencia de la red y de sus remisiones, a la vez múltiples y rigurosas.

– Por último, esto abre la senda, en una tercera parte, a la psicopatología estructural que permite ordenar neurosis, psicosis y perversión (cap. 8), y al acto analítico reconsiderado desde el doble

polo de la transferencia y del «deseo del analista» (cap. 9).

Se hará posible así justipreciar la ambición lacaniana propiamente dicha, la de una escritura del psicoanálisis, sustitución de la metapsicología por el matema (cap. 10).

Habrà de tenerse presente, a través de este denso viaje relámpago por el universo del pensamiento de Lacan, que él partió de un hecho clínico capital: el encuentro con la *psicosis*; y que se presentó ni más ni menos que como un analista que teoriza su acto: «¿Qué soy yo para atreverme a semejante elaboración? La respuesta es simple: un psicoanalista» (MSSS, *AE*, pág. 338). De ese modo, «el analista que tiene efectos» es al mismo tiempo «el analista que teoriza esos efectos» (*S XXII*, 10 de diciembre de 1974). Los instrumentos puestos a punto, los préstamos múltiples tomados de los discursos de la filosofía y de la ciencia, están destinados a afilar el instrumento analítico sobre ese «objeto-problema».

Dentro de los límites especiales de este objeto discursivo denominado *¿Qué sé yo?*, ¿es una apuesta declarada de antemano sostener el aporte de Lacan en su extensión y con una ambición semejante? El propio Lacan recordaba que una lengua, en su complejidad infinita, podía sostenerse sin embargo sobre un espacio mínimo que concentrara su matriz fonemática. Esto podría valer para la lengua lacaniana. Nos imponemos el rigor, pues, no de una exposición introductoria (más) a los aportes de Lacan, sino del esfuerzo por cerrar el puño sobre su pródigo pensamiento, aunque la búsqueda deberá abrir luego la mano

para explorar cada una de las direcciones. Lo que nos autoriza para ello es una indagación y una enseñanza personales de largo aliento atentas a determinar la genealogía de Freud a Lacan: en esta obra queremos presentar su quintaesencia, sin perjuicio de fijar fechas en el despliegue de cada una de las dimensiones situadas.¹¹ Una manera de hacer entrar al lector neófito en el universo de Lacan sin reducir su complejidad, y de poner simultáneamente a disposición del investigador un «orden de marcha» para la exploración del conjunto de sus dimensiones; ello, aun juzgando las ganancias y pérdidas de la operación del paso de Freud a Lacan, a menudo evocado pero rara vez situado y analizado. Así pues, antes que una introducción más al pequeño neceser del pensar lacaniano, quisiéramos intentar una introducción a (en) la *cosa*-misma a la que Jacques Lacan asoció su *nombre*, permaneciendo apegados a su *texto*, que cobra sentido por su movimiento.

¹¹ P.-L. Assoun, *Leçons psychanalytiques*, Anthropos/Economica, 1995-2001.

Prólogo

Lacan, la vida y la obra

«Un grano de entusiasmo es en un escrito el rastro más seguro que pueda dejarse para que revele su época, en el sentido lamentable».

(Del sujeto por fin cuestionado, E 1, pág. 219.)

Puesto que, en efecto, el *nombre* está ligado a la *cosa*, debemos formarnos una visión de conjunto de la vida y la obra de Lacan. Excluyendo todo punto de vista psicobiográfico, debemos formarnos aquí una visión de conjunto lo menos reductora posible, con el solo propósito de situar la dinámica de una obra que habrá de examinarse en diacronía antes de reconstruirla en sincronía: único punto de vista valedero para apreciar su magnitud.

En la vida de Jacques-Marie Lacan, nacido el 13 de abril de 1901 y muerto el 9 de septiembre de 1981, aparecen algunas fechas clave que señalan otras tantas cesuras significantes.

¿Cómo no asumir esta intención en exterioridad, pero declinando a la vez los elementos biográficos en los que su proyecto se cartografía? Lo cual puede escribirse entonces: hijo de Alfred Lacan, proveniente de una familia de vinagreros de Orleans, alumno del colegio jesuítico Stanislas. Cabe evocar aquí el destino familiar: Jacques habría podido suceder a su padre Alfred en el comercio de mostazas. Su trayecto se organiza a partir de su ruptura con el catolicismo, en tanto que su hermano Marc-François, siete años menor que él, fue monje benedictino en

Hautecombe hasta su muerte, acaecida en 1994. Apasionado por la literatura y la filosofía, sabemos que leyó a Spinoza y a Nietzsche desde la adolescencia y que tomó clases particulares de filosofía en 1933-1934, según lo testimonia Pierre Verret (*Littoral*, 27/28, 1989). Inicia estudios de medicina y psiquiatría, que abarcan del externado en los hospitales de París al internado en los hospitales psiquiátricos. Comienza incluso en esa época trabajos de neurología (sobre el «síndrome de Parinaud»). Sigue los cursos de Caullery en la facultad de ciencias, de Etienne Gilson y Léon Robin en la de letras. Frecuenta la librería de Adrienne Monnier y los surrealistas en la década de 1920, antes de publicar en *Le Minotaure*; asiste a la lectura pública del *Ulises* de Joyce, escribe él mismo: ¡como lo confirma un poema de vena simbolista publicado en *Le Phare de Neuilly* con el título de «Hiatus irrationalis»! (1929). ¿Debemos ver en estos poemas de inspiración simbolista los primeros signos de su pasión por el verbo y por la forma? ¿No hay que tomar en cuenta ese «amor por la lengua» que se manifiesta en la afinidad con Edouard Pichon, autor, junto con Jules Damourette, de una notable gramática francesa titulada *Des mots à la pensée*, y además simpatizante de Charles Maurras?

Tras una serie de artículos psiquiátricos fechados entre 1926 y 1931, Lacan publica su tesis de doctorado en medicina, sobre la paranoia. La enviará a Freud, quien le responderá con una simple esquela: «Gracias por el envío de su tesis» (*Dank für ihre Zusendung Ihrer Dissertation*), firmada «Freud» (*Ornicar?*, n.º 29, verano de 1984). Tal es el único «contacto» entre Freud y Lacan; este último no aprovechará el paso de Freud por París camino del exilio, en 1938, para encontrarse con él, pues sus relaciones con Marie Bonaparte eran difíciles. Casado en 1934 con Marie-Louise Blondin, rehará su vida con Sylvia Mablès-Bataille, a quien conoce en 1937 y con quien contraerá matrimonio en 1953. Alumno de Henri Claude en la clínica de enfermedades mentales y del encéfalo de Sainte-Anne, trabaja sobre la esquizofasia y la paranoia. Aquí traba conocimiento con Henri Ey, asiste a las clases

de Georges Heuyer, Georges Dumas y, sobre todo, de Gaëtan Gatian de Clérambault, su «único maestro en psiquiatría», como proclama en *De nuestros antecedentes* (E 1, pág. 59), cuya teoría del «automatismo mental» encierra las premisas de un «análisis estructural» clínico. Su paso por el Hospital Henri-Rousselle, después de la Enfermería especial de la Prefectura de policía, tendrá particular incidencia en su aprendizaje de la clínica. Participa desde 1928 en el grupo de *Evolution psychiatrique*, foco de renovación de la psiquiatría, donde publica en 1936 su primer artículo, «Más allá del “principio de realidad”».

Lacan se une al grupo de *Recherches philosophiques* en 1933-1934 y participa en las actividades del Collège de Sociologie, fundado por Georges Bataille, Michel Leiris y Roger Caillois en noviembre de 1937, y que funcionará hasta julio de 1939. Sobre todo, Lacan conoce en la Ecole Pratique des Hautes Etudes la enseñanza de Alexandre Kojève (alias Kojevnikov, 1902-1968), en 1934-1936. Durante un tiempo, este pensador (del que Lacan llegó a decir: «Kojève, a quien considero mi maestro por haberme introducido en Hegel» [ET, AE, pág. 453]) cumplirá un papel en su teoría del deseo, e incluso proyectaron ambos un trabajo en común (*Hegel et Freud, essai d'une confrontation interprétative*). La lectura de Alexandre Koyré fue asimismo decisiva, en el plano epistemológico y como mediación filosófica. Más tarde, en 1955, se produce el encuentro con el pensamiento de Heidegger, de quien Lacan traduce incluso un texto —«Logos», comentario de fragmentos de Heráclito y Parménides (con otras dos secciones, Moira y Alétheia)— en 1956. La amistad filosófica culmina en Lacan con Maurice Merleau-Ponty.

1932 es la primera fecha clave: publica su tesis, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité* (ed. Le François; traducida al español con el título *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*) y comienza en junio un «análisis didáctico» con Rudolph Löwenstein que durará hasta fines de 1938,

sobre un fondo de profundo «desentendimiento». Fracaso que no impide al doctor Lacan —así se presentará de buena gana— hacerse miembro titular de la Société Psychanalytique de Paris (SPP), fundada en 1926, con el apoyo de Edouard Pichon (1938).

Segunda fecha importante: **1936**, año de su primer acto, consistente en una intervención en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Marienbad, sobre el estadio del espejo (*infra*, pág. 57 y sig.), y que resulta un fiasco: ese 3 de agosto de 1936, Lacan no pudo hablar más de diez minutos —de 15h 30 a 15h 40!—, pues el presidente de la sesión, Ernest Jones, lo interrumpió al parecer sin miramientos (ACP, *E 1*, pág. 174). El *Urtekst* del pensamiento-Lacan desaparecerá. Este es el año en que comienza a ejercer como analista.

Después de la guerra, en la que fue movilizado al Val-de-Grâce hasta 1940, y después de un viaje a Londres del que regresa con un artículo elogioso sobre «La psychiatrie anglaise et la guerre» (1945), referido a la experiencia realizada en el hospital de Northfield, cerca de Birmingham, por Wilfred Bion y John Rickman con grupos de soldados «afectados», retoma su atención de consultorio en Sainte-Anne. . . mientras sigue cursos de chino en el departamento universitario de Lenguas orientales, con Demiéville, quien lo iniciará en «la letra». En 1949 conoce a Claude Lévi-Strauss. Lacan lanza su Seminario en su salón del n° 3 de la calle de Lille, en 1951. Lo continuará en Sainte-Anne, en el servicio de Jean Delay, de 1953 a 1963, luego en la Ecole Normale Supérieure de 1964 a 1969 y en la facultad de derecho de 1969 a 1979, con un retorno a la capilla Sainte-Anne en 1972 (cf. *El saber del psicoanalista*). Obsérvese el contraste entre la continuidad del Seminario y la diversidad de lugares impuesta por esta migración: Lacan aparece como un enseñante-investigador itinerante. Se trata de algo necesario: «Fue preciso que la insuficiencia de la enseñanza psicoanalítica saltara a plena luz para que nos implicáramos en su tarea», como dirá en 1966 (*AE*, pág. 216).

1953: en esta fecha, Lacan, que acaba de ser elegido presidente de la Société Psychanalytique de Paris, produce una secesión a raíz del problema de la formación de los analistas —tras la creación de un Institut de Psychanalyse por Sacha Nacht— y de la duración de las sesiones. Producida la partida de D. Lagache, F. Dolto y J. Favre, Lacan se une a ellos (en compañía de Blanche Reverchon-Jouve) y asume la conducción de su propia asociación, la Société Psychanalytique de France (SPF). Promulga en algunos escritos decisivos su retorno a Freud con el texto-manifiesto *Función y campo de la palabra y del lenguaje* y con el «Discurso de Roma», pronunciado en septiembre de 1953 y publicado luego en *La Psychanalyse*, revista creada bajo su égida en 1956. El Congreso de Bonneval, realizado en 1960, señala en cierto modo el momento cumbre en la actividad de esta nueva comunidad de investigación. Pero, a partir del 26 de julio de 1955, la Société Psychanalytique de France queda al margen de la International Psychoanalytical Association (IPA).

1963-1964: excluido de la IPA en noviembre de 1963 tras un largo período de negociaciones conducidas por S. Leclaire, W. Granoff y F. Perrier, Lacan pierde su condición de didacta a raíz del informe desfavorable redactado por la comisión Turquet. Crea la Ecole Française de Psychanalyse mediante el Acta de Fundación fechada el 21 de junio de 1964, institución que pasará a ser la Ecole Freudienne de Paris en septiembre de ese mismo año; entre tanto, se constituye la Association Psychanalytique de France (APF), reconocida por la IPA. Esta vez, el «lacanismo» se inscribe en la experiencia del exilio en el seno del mundo analítico. Lacan se definirá como aquel que, a semejanza del «héroe», puede ser «impunemente traicionado»...

El año **1966** sella con *Ecrits*, publicado por ediciones Le Seuil el 15 de noviembre, el pasaje de Lacan al texto y su resonancia en el pensamiento francés. En esta época, Lacan es director de conferencias en la Ecole Pratique des Hautes Etudes (EPHE) (sección VI) y hace oír su voz

en la Ecole Normale Supérieure (ENS) de la calle de Ulm, donde imparte su enseñanza gracias a Louis Althusser (por lo que podemos contar con las reseñas de los seminarios dictados en el período 1964-1968). Es aquí donde tiene lugar, en enero de 1964, el encuentro de Jacques-Alain Miller con Lacan. Miller se convertirá en el «transcriptor» de los Seminarios a partir de 1973. El «lacanismo» pasa de la palabra hablada al escrito; ello, aun cuando todo proceso de «publicación» sea remitido, como lo hace vigorosamente Lacan, al efecto de «*poubellification*» social o de amnesia: «*poublier*» para «*oublier*» lo que fue proferido. . . * Es en octubre de 1967 cuando emite su famosa Proposición sobre «el pase». La revista *Scilicet* se publica entre 1968 y 1976, y se interrumpe en el n° 6/7. Su característica es reunir textos no firmados, con excepción de los del propio Lacan. En 1967, este último aprovecha una conferencia en la Universidad de Roma para pronunciar lo que puede considerarse como «el segundo Discurso de Roma», con el título paradójico de *El psicoanálisis. Razón de un fracaso*.

El posmayo de 1968 es la hora de las escisiones internas: en 1969 se forma el «*Quatrième groupe*» junto a la SPP, la APF y la EFP, a raíz de los debates sobre el «pase» (*infra*, pág. 151 y sig.). El psicoanálisis francés adquiere su configuración. Es el momento elegido para elaborar la teoría de los discursos, y luego el gran viraje topologista del Seminario de la década de 1970 (*infra*, pág. 159), en el que cumple un papel catalizador el encuentro con el matemático Pierre Soury.

1980 señala la disolución de la EFP —*Delenda*— en la carta del 5 de enero y la creación de la «Cause freudienne», que reemplaza a la «Ecole». Como si Lacan, alcanzado por la enfermedad, hubiese necesitado destruir la Cartago de la Ecole freudienne. «Disolución»: tal es el título del último Seminario de 1979-1980, signo de que La-

* *Poubellification*: juego de palabras entre *publier*, «publicar», y *poubelle*, «cesto de la basura». *Poublier*, otro juego entre *publier* y *oublier*, «olvidar». (*N. de la T.*)

can corta el nudo gordiano de su institución. . . Momento crítico y controvertido que anuncia el estallido del movimiento lacaniano tras la muerte de Lacan.

- Se desprende de este itinerario un efecto capital: por un lado, hay en Lacan una palabra interrumpida, en el origen y de manera recurrente, y por lo menos en cuatro oportunidades. Una y otra vez, le da ocasión para radicalizar sus manifestaciones. He aquí la saga de Lacan, y el «mito individual» articulado a la historia del psicoanálisis: en Marienbad, en marzo de 1936, lo que inaugura su «travesía del desierto» hasta 1946; el momento de la escisión de la SPP, en junio de 1953, lo cual da lugar a la invención del Seminario; el de la separación de la IPA, en el invierno de 1963, cuando pierde su habilitación como formador, lo que da lugar a la ampliación del público del Seminario; el de la exclusión de la ENS, en junio de 1969 —¡por «oscurantismo»!—, y que inaugura un viraje. Al reanudarse el ciclo de enseñanza de ese año tras las vacaciones de verano, se abre el departamento de psicoanálisis de Vincennes, creado bajo la égida de Lacan y cuya responsabilidad es asignada a Serge Leclaire y luego a Jacques-Alain Miller: momento de encuentro entre Lacan y la Universidad (cf. los *Impromptus* de Vincennes). Falta añadir aún la «autoexclusión» de enero de 1980, respecto de su propia escuela, último avatar de una soledad originaria que Lacan no cesa de recordar. . .

- En el dispositivo profundamente original llamado *El Seminario*, «el pensamiento-Lacan» se da cuerpo y continuidad.

Según su propia definición, se trata inicialmente de un «seminario crítico fundado en la disciplina del comentario aplicada a los textos de Freud». Lacan «expone aquí —doctrina y ejercicios— los principios implícitos de una práctica que, si no se los deslinda, se oscurece, no sin efectos deletéreos» (currículum para la candidatura a la EPHE). El Seminario es más que un dispositivo de transmisión e investigación: es el lugar donde se elabora, en libertad y rigor, el descubrimiento. Nos encontramos también aquí con «el hallazgo del día» (la fecha de la sesión

vale en este sentido). La paradoja es que el Seminario no existe como texto publicado unificado, lo cual permite escapar en cierto modo al destino de «*poubellification*», unos veinte años después de desaparecido su autor. . .

En cada corte, e incluso en cada trauma, los hilos de la indagación se vuelven a entretrejer, no sin radicalizarse. Es necesario apresar el *movimiento general* del Seminario, el lugar de constitución del objeto del pensamiento-Lacan, para situar sus emergencias. Al compás de la percepción de estas emergencias se dibuja la enorme arborescencia de sus desarrollos.

No es casual que cada uno de los virajes precedentes inscriba allí su marca. Podemos distinguir entonces:

- el período I, desde el origen (1951-1953) hasta el Seminario interrumpido (1963). Lacan se dirige preferentemente a los analistas;
- el período II, de 1964 a 1968-1969. Ahora, Lacan decide dirigirse a «todos»;
- el período III, de 1970 a 1979. Pudiera ser que en esta etapa se dirija a «quien comprenda». . . o al «Otro».

• En el primer período, Lacan instala el acto analítico, y ello a través de un *primer desarrollo* sobre la praxis: *Los escritos técnicos de Freud** y *El yo en la teoría de Freud y la técnica del psicoanálisis* (1953-1955), lo cual se actualiza, en la cuestión de las *psicosis*, en el seminario-pivote (1955-1956). Luego viene el viraje por el lado de la teoría con el examen de *La relación de objeto* (1956-1957), que abre la senda al estudio de *Las formaciones del inconsciente* y *El deseo y su interpretación* (1957-1959). En el curso de estos dos Seminarios, Lacan elabora y comenta su «grafo del deseo» (*infra*, págs. 158-9), en el que se condensa su *primer modelo teórico* formalizado. Esto abre el camino a un *segundo desarrollo fundamen-*

* La traducción de los títulos de los Seminarios es nuestra. Cuando, como en el caso presente, el título se construye sobre un juego de homofonías del francés, dejamos el título sin traducir y aportamos alguna aclaración en nota. (*N. de la T.*)

tal sobre el acto analítico, en relación con *La ética del psicoanálisis* y con la *transferencia* (1959-1961). Ello inaugura un *segundo desarrollo teórico* fundamental, cuyos dos temas capitales son *la identificación* y *la angustia* (1961-1963). En este momento aparece el recurso a la topología (*infra*, pág. 159 y sig.).

- Tras el corte histórico (1963) aparece, con el segundo período, un nuevo proyecto didáctico, según lo indican los títulos: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, *Problemas cruciales para el psicoanálisis* y *El objeto del psicoanálisis* (1964-1966). Esta reflexión sobre *el campo freudiano* —con su texto-manifiesto, los *Escritos*, publicados en este momento— relanza un desarrollo teórico-práctico sobre *La lógica del fantasma* (1966-1967) y *El acto psicoanalítico* (1967-1968), doble vertiente que desemboca en el nuevo corte con *De un Otro al otro* (1968-1969).

- Después del segundo corte se abre, con el tercer período, la era de una formalización del *discurso* del psicoanálisis inaugurada por *El revés del psicoanálisis* (1969-1970) y que continúa con *De un discurso que no sería del semblante* (1970-1971) y . . . *Ou pire* (1971-1972),* donde aparece la noción de *matema* (*infra*, pág. 163). Luego se delinea una formalización de la *sexuación*, en *Encore*** (1971-1972), y ello en forma paralela con *L'étourdit****

* El sintagma «. . .ou pire» toma un segmento del verbo *soupirer*, «suspirar», para generar un supuesto verbo vinculado al elemento sémico correspondiente al adverbio *pire*, en español «peor». (*N. de la T.*)

** El español «aún» traduce tan sólo una de las vertientes de sentido del término *encore*. De hecho, en este Seminario Lacan pone en juego otras: por un lado, homofonía con *en corps*, «en cuerpo», y por otro, la de «más. . .», «otra vez. . .», exclamaciones de la mujer asociables a su goce en el momento del acto sexual. (*N. de la T.*)

*** Neologismo que asocia diversos vocablos y sintagmas: «*le tour dit*», «la vuelta (o «giro», o «torsión») dice», o bien «el giro dicho»; «*l'étourdi*», «el atolondrado, el distraído»; «*étourdir*», «aturdir»; etcétera. (*N. de la T.*)

De *Les non-dupes errent** (1973-1974) a *RSI* (1974-1975), se va afinando la lectura topológica con su correlato en *Le sinthome*** (1975-1976), última fulguración teórica. Así llega *El momento de concluir. . .* (1977-1978) y, tras un último rodeo por *La topología y el tiempo* (1978-1979), el de disolver (*Disolución*) (1980).

Debe destacarse que, en esa época, Lacan proporciona un compendio regular de su impacto, en una trilogía de textos dialogados: *Radiofonía* (1970), *L'étourdit* (1973), *Televisión* (1974) (reproducidos en *AE*).

El «pensamiento-Lacan», atento al rigor en su formalismo y desplegado sobre el doblete *Escritos/Seminario*—lo cual hace de él la «Obra clara» (J.-C. Milner)— es también un *work in progress*: la expresión joyceana es aplicable de manera eminente a Lacan. *El Seminario* es el órgano de este movimiento. Así como Freud invitaba con insistencia a sus lectores a registrar la fecha de cada uno de sus escritos para situarlo según su pensamiento de la época, también es esencial tomar nota del *momento* al que corresponde el *enunciado* respectivo. Tal es la exigencia mínima y decisiva de toda investigación (*Forschung*). En el curso del texto que sigue, el lector se remitirá, pues, al cuadro (págs. 42-9) con cada alusión a la teoría o a alguna de sus afirmaciones, con el fin de visualizar el *momento* en que la cuestión aparece, sea en el Seminario o en los «escritos troncales». En Lacan, el escrito tiene la función de presentar como texto, en desarrollo continuo, un momento de su reflexión, como manifiesto o desarrollo temático, lo que corresponde a un extracto de su Seminario o del contenido de este. Pero también hay casos en que concreta una avanzada del pensamiento que el Seminario no incluye. Se prestará, pues, atención al cuadro de correspondencias entre la fecha del *Escrito* conside-

* El sintagma «*les noms du père*», «los nombres del padre», es homófono de «*les non dupes errent*», aproximadamente «los no incautos yerran». (*N. de la T.*)

** [Véase la nota de la traductora sobre «*sinthome*», en «Introducción», pág. 21.]

rado y el Seminario contemporáneo. Dicho cuadro revela que el único seminario para el que Lacan consideró la posibilidad de hacer un libro fue «La ética del psicoanálisis», y que renunció a ello (S XX).

De un año al otro, Lacan indica el tema que va a tratar. El cuadro temático no revela ningún programa de la investigación, hasta tal punto esta se encuentra presidida por la *Tyché*, el azar del encuentro. No es casual que Lacan haya comparado su posición en el Seminario con la del analizante, consagrado al poder de enunciación del significante radical en la «asociación libre». Sin embargo, es posible detectar la coherencia y la ambición del Seminario mediante el revelamiento de las condiciones del *acto analítico*, en sus dos facetas: las de *episteme* y *praxis*, las del saber y la acción.

Ahora podemos presentar el cuadro de materias del Seminario, que hará las veces de «tablero de mandos». Se lo citará en lo sucesivo con la sigla S, seguida del tomo y de la fecha de sesión. Cada avanzada guardará correspondencia con la datación del Seminario y de los Escritos. Junto a cada escrito hemos dejado constancia del número del Seminario dictado en la misma época a fin de hacer patente el nexo entre el escrito y el seminario contemporáneo.

J. Lacan, *El Seminario*, libros I a XXVII.

- S I *Los escritos técnicos de Freud*, 1953-1954 (ed. fr.: *Les écrits techniques de Freud*, 1975; ed. cast.: Paidós, 1981; título original: *De la technique psychanalytique*)
- S II *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, 1954-1955 (ed. fr.: *Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse*, Le Seuil, 1978; ed. cast.: Paidós, 1983)
- S III *Las psicosis*, 1955-1956 (ed. fr.: *Les psychoses*, Le Seuil, 1981; ed. cast.: Paidós, 1984; título original: *Les structures freudiennes dans les psychoses*)
- S IV *La relación de objeto*, 1956-1957 (ed. fr.: *La relation d'objet*, Le Seuil, 1994; ed. cast.: Paidós, 1994; título original: *La relation d'objet et les structures freudiennes*)
- S V *Las formaciones del inconsciente*, 1957-1958 (ed. fr.: *Les formations de l'inconscient*, Le Seuil, 1998; ed. cast.: Paidós, 1999)
- S VI *El deseo y su interpretación*, 1958-1959 (inédito; título en francés: *Le désir et son interprétation*)
- S VII *La ética del psicoanálisis*, 1959-1960 (ed. fr.: *L'éthique de la psychanalyse*, Le Seuil, 1986; ed. cast.: Paidós, 1988)

- S VIII *La transferencia*, 1960-1961 (ed. fr.: *Le transfert*, Le Seuil, 1986 y 2001; ed. cast.: Paidós, 2003; título original: *Le transfert dans sa disparité subjective, sa prétendue situation, ses excursions techniques*)
- S IX *La identificación*, 1961-1962 (inédito; título en francés: *L'identification*)
- S X *La angustia*, 1962-1963 (inédito; título en francés: *L'angoisse*)
Los Nombres del Padre, 21 de noviembre de 1963 (inédito; título en francés: *Les Noms du Père*)
- S XI *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, 1964 (ed. fr.: *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Le Seuil, 1973; ed. cast.: Paidós, 1987; título original: *Les fondements de la psychanalyse*)
- S XII *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, 1964-1965 (inédito; título en francés: *Problèmes cruciaux pour la psychanalyse*)
- S XIII *El objeto del psicoanálisis*, 1965-1966 (inédito; título en francés: *L'objet de la psychanalyse*)
- S XIV *La lógica del fantasma*, 1966-1967 (inédito; título en francés: *La logique du fantasme*)
- S XV *El acto psicoanalítico*, 1967-1968 (inédito; título en francés: *L'acte psychanalytique*)
- S XVI *De un Otro al otro*, 1968-1969 (inédito; título en francés: *D'un Autre à l'autre*)
- S XVII *El reverso del psicoanálisis*, 1969-1970 (ed. fr.: *L'envers de la psychanalyse*, Le Seuil, 1991; ed. cast.: Paidós, 1992; título original: *La psychanalyse à l'envers*).
- S XVIII *De un discurso que no sería del semblante*, 1971 (inédito; título en francés: *D'un discours qui ne serait pas du semblant*)
- S XIX *...Ou pire*, 1971-1972 (inédito); *El saber del psicoanalista* (título en francés: *Le savoir du psychanalyste*)

- S XX *Encore*, 1972-1973 (ed. fr.: Le Seuil, 1975; ed. cast.: Aun, Paidós, 1981)
- S XXI *Les non-dupes errent*, 1973-1974 (inédito)
- S XXII *R.S.I.*, 1974-1975 (inédito) (*Ornicar?*, n^{os} 2, 3, 4, 5)
- S XXIII *Le sinthome*, 1975-1976 (inédito) (*Ornicar?*, n^{os} 6, 7, 8, 9, 10, 11)
- S XXIV *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, 1976-1977 (inédito) (*Ornicar?*, n^{os} 12/13, 14, 15, 16, 17/18)
- S XXV *El momento de concluir*, 1977-1978 (inédito; título en francés: *Le moment de conclure*)
- S XXVI *La topología y el tiempo*, 1978-1979 (inédito; título en francés: *La topologie et le temps*)
- S XXVII *Disolución*, 1980 (inédito; título en francés: *Dissolution*) (*Ornicar?*, n^{os} 20/21, 22/23)

Se hallarán seguidamente los escritos que pueden ser juzgados determinantes en el trayecto de constitución del «pensamiento-Lacan» o «escritos troncales». En adelante, se los citará con la sigla abreviada correspondiente y remitiendo a las compilaciones, con indicación de los seminarios contemporáneos:

J. Lacan, ESCRITOS TRONCALES

- E* *Ecrits*, Le Seuil, 1966 (ed. cast.: *Escritos 1 y 2*, Siglo Veintiuno, 1975)
- AE* *Autres Ecrits*, Le Seuil, 2001.
- MPR* Más allá del «principio de realidad», 1936 (título en francés: Au-delà du «principe de réalité»; ed. fr.: *E*, págs. 73-92; ed. cast.: *E 1*, págs. 67-85)
- CFFI* Los complejos familiares en la formación del individuo, 1938 (título en francés: Les complexes familiaux dans la formation de l'individu; ed. fr.: *AE*, págs. 23-84)
- ACP* Acerca de la causalidad psíquica, 1946 (título en francés: Propos sur la causalité psychique; ed. fr.: *E*, págs. 151-96; ed. cast.: *E 1*, págs. 142-83)
- AP* La agresividad en psicoanálisis, 1948 (título en francés: L'agressivité en psychanalyse; ed. fr.: *E*, págs. 101-24; ed. cast.: *E 1*, págs. 94-116)
- EEFFY* El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*], 1949 (título en francés: Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je; ed. fr.: *E*, págs. 93-100; ed. cast.: *E 1*, págs. 86-93)
- IT* Intervención sobre la transferencia, 1951 (título en francés: Intervention sur le transfert; ed. fr.: *E*, págs. 215-28; ed. cast.: *E 1*, págs. 204-15)

- DR Discurso de Roma, 1953 (título en francés: Discours de Rome; ed. fr.: *AE*, págs. 133-64) (S I)
- FCPL Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, 1953 (título en francés: Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse; ed. fr.: *E*, págs. 237-322; ed. cast.: *E 1*, págs. 227-310)
- MIN El mito individual del neurótico (título en francés: Le mythe individuel du névrosé; ed. fr.: *Ornicar?*, nº 17-18, págs. 289-307)
- ICJH/RCJH Introducción y Respuesta al Comentario de Jean Hyppolite sobre la «Verneinung» de Freud, 1954 (título en francés: Introduction et Réponse au Commentaire de Jean Hyppolite sur la «Verneinung» de Freud; ed. fr.: *E*, págs. 369-400; ed. cast.: *E 1*, págs. 354-83) (S I, 10 de febrero de 1954)
- VCT Variantes de la cura tipo, 1955 (título en francés: Variantes de la cure type; ed. fr.: *E*, págs. 323-62; ed. cast.: *E 1*, págs. 311-48)
- SCR Seminario sobre «La carta robada», 1955 (título en francés: Séminaire sur «La lettre volée»; ed. fr.: *E*, págs. 11-64; ed. cast.: *E 1*, págs. 5-55) (S III)
- CF La cosa freudiana o Sentido del retorno a Freud, 1955 (título en francés: La chose freudienne ou sens du retour à Freud; ed. fr.: *E*, págs. 401-36; ed. cast.: *E 1*, págs. 384-418) (S III)
- PE El psicoanálisis y su enseñanza, 1957 (título en francés: La psychanalyse et son enseignement; ed. fr.: *E*, págs. 437-58; ed. cast.: *E 1*, págs. 419-40) (S IV)
- SPFP Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956, 1956 (título en francés: Situation de la psychanalyse et forma-

- tion du psychanalyste en 1956; ed. fr.: *E*, págs. 459-92; ed. cast.: *E 1*, págs. 441-72) (S IV)
- ILI La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud, 1957 (título en francés: *L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud*; ed. fr.: *E*, págs. 493-530; ed. cast.: *E 1*, págs. 473-509) (S IV)
- CPTPP De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, 1957-1958 (título en francés: *D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose*; ed. fr.: *E*, págs. 531-84; ed. cast.: *E 2*, págs. 513-64) (S V)
- SF La significación del falo, 1958 (título en francés: *La signification du phallus*; ed. fr.: *E*, págs. 685-96; ed. cast.: *E 2*, págs. 665-75) (S V)
- DC La dirección de la cura y los principios de su poder, 1958 (título en francés: *La direction de la cure et les principes de son pouvoir*; ed. fr.: *E*, págs. 585-646; ed. cast.: *E 2*, págs. 565-626) (S V)
- PVF El psicoanálisis verdadero, y el falso, 1958 (título en francés: *La psychanalyse vraie, et la fausse*; ed. fr.: *AE*, págs. 165-174) (S VI)
- OIDL Observación sobre el informe de Daniel Lagache, 1960 (título en francés: *Remarque sur le rapport de Daniel Lagache*; ed. fr.: *E*, págs. 647-84; ed. cast.: *E 2*, págs. 627-64) (S VIII)
- SSDDIF Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, 1960 (título en francés: *Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien*; ed. fr.: *E*, págs. 793-828; ed. cast.: *E 2*, págs. 773-807) (S VIII)

- PI Posición del inconsciente, 1960 (título en francés: Position de l'inconscient; ed. fr.: *E*, págs. 829-50; ed. cast.: *E 2*, págs. 808-29) (S VIII)
- STS En memoria de Ernest Jones: Sobre su teoría del simbolismo (título en francés: Sur la théorie du symbolisme d'Ernest Jones; ed. fr.: *E*, págs. 697-717; ed. cast.: *E 2*, págs. 676-95) (S VIII)
- KS Kant con Sade, 1962-1963 (título en francés: Kant avec Sade; ed. fr.: *E*, págs. 765-92; ed. cast.: *E 2*, págs. 744-70) (S X)
- TFDP Del «*Trieb*» de Freud y del deseo del psicoanalista, 1964 (título en francés: Du «*Trieb*» de Freud et du désir du psychanalyste; ed. fr.: *E*, págs. 851-54; ed. cast.: *E 2*, págs. 830-33) (S XI)
- CV La ciencia y la verdad, 1965 (título en francés: La science et la vérité; ed. fr.: *E*, págs. 855-78; ed. cast.: *E 2*, págs. 834-56) (S XII)
- A, SAP De nuestros antecedentes (título en francés: De nos antécédents; ed. fr.: *E*, págs. 65-72; ed. cast.: *E 1*, págs. 59-66), De un silabario a posteriori (título en francés: D'un syllabaire après-coup; ed. fr.: *E*, págs. 717-24; ed. cast.: *E 2*, págs. 696-703)
- ESSS La equivocación del sujeto supuesto saber, 1967 (título en francés: La méprise du sujet supposé savoir; ed. fr.: *AE*, págs. 329-40) (S XV)
- PRF El psicoanálisis. Razón de un fracaso, 1967 (título en francés: La psychanalyse. Raison d'un échec; ed. fr.: *AE*, págs. 341-50) (S XV)
- RAD Radiofonía, 1970 (título en francés: Radiophonie; ed. fr.: *AE*, págs. 403-48) (S XVII)
- LIT Lituraterre, 1971 (ed. fr.: *AE*, págs. 11-22) (S XVIII, 12 de mayo de 1971)

- ET L'étourdit, 1973 (ed. fr.: *AE*, págs. 449-96)
(S XX)
- TEL Televisión, 1974 (título en francés: Télévi-
sion; ed. fr.: *AE*, págs. 509-46) (S XXI, 18
de diciembre de 1973)
- TER La tercera, 1974 (título en francés: La troi-
sième; ed. fr.: *Petits écrits et conférences*)



Primera parte



Fundamentos. Imaginario, simbólico, real

Con ayuda de esta trilogía, Lacan cierra el puño, en cierto modo, sobre la materia analítica. Dicha trilogía funciona como una «nasa» que él fabrica para atrapar al «pez» (freudiano) o, más exactamente, para hacerlo nadar en su elemento propio y conservarlo vivo. Será también su brújula, que sin embargo él tendrá que «regular» una y otra vez para que confirme su capacidad de orientación en la «cosa freudiana». Podemos situar su surgimiento preciso en la conferencia del 8 de julio de 1953 que la entroniza: «Lo simbólico, lo imaginario y lo real»; en oportunidad, pues, de la primera cesura (*supra*, págs. 35, 38) (texto que, lo recordamos, no se publicó en su momento). Pero no se trata de una «grilla» aplicable al material, sino de un «vademécum» (SAP, E 2, pág. 699) surgido de las coordenadas de la *experiencia* analítica. Además, aunque hoy estemos familiarizados con este trío, debemos percatarnos de que introducir dicha trilogía en el desciframiento del inconsciente freudiano fue un acto, al fin de cuentas, violento, toda vez que ella es ajena al vocabulario metapsicológico. Lacan compromete en ello su nombre propio: «Enuncié lo simbólico, lo imaginario y lo real en 1954 al titular una conferencia inaugural con esos tres nombres que, en su-

ma, pasaron a ser, por mí, lo que Frege llama *nombre propio*. Fundar un nombre propio es una cosa que hace elevarse un poquito el vuestro (. . .) La extensión de Lacan a lo simbólico, lo imaginario y lo real es lo que permite a estos tres términos consistir» (*S XXIV*, diciembre de 1977).

Puede decirse que sus tres componentes fueron hallados y teorizados sucesivamente según esta secuencia: imaginario —gracias a la experiencia del espejo—, simbólico —gracias al nombre-del-padre (aunque ya podremos observar el complejo cruce entre ambos)—, mientras que lo real aparecerá en último término pero para adquirir una importancia creciente. Esta representación no es inexacta y dictará nuestra propia progresión, aunque debemos aclarar que tal «trinidad» estructural no es sólo la adición y síntesis de esas dimensiones sino una estructura trina. Con la relectura topológica (*infra*, pág. 159 y sig.), el nudo *RSI* va a revelar su alcance estructural.

Lacan, al final de su vida, lo dirá de manera simple aludiendo a la trilogía freudiana de las instancias de la segunda tópica: «Aquí tienen: mis tres no son los suyos. Mis tres son lo real, lo simbólico y lo imaginario. Yo llego a situarlos mediante una topología, la del nudo, llamado borromeo» (Caracas, en *L'Ane*, n° 1).

Sin embargo, debemos comprender una por una estas dimensiones que corresponden a otros tantos aportes fundamentales, para ver cómo nace su sinergia. Ello equivale a aprehender ese ternario en tanto apropiado para pensar el deseo. ¿En qué orden? Siguiendo la génesis, debemos

partir de lo imaginario, puesto al descubierto al comienzo, para pasar a lo simbólico y luego a lo real (ISR), aunque sea preciso aclarar que, habida cuenta de su antecendencia estructural, una vez instalada la «lógica trinitaria» sobre su verdadera base, estará más justificado plantear la preeminencia de lo simbólico sobre lo imaginario (SIR); que, por último, la formalización topológica establecerá la primacía de lo real imponiendo la escritura *RSI*, escritura que, ya veremos, liquidará cualquier tentación de presentación fenomenológica. Esto se funda en la versión que da al respecto Lacan: «Comencé por lo imaginario, tuve que machacar después con el asunto de lo simbólico. . . y terminé por sacarles ese famoso real bajo la forma misma del nudo». Todo ello debería esclarecerse mediante el examen de cada una de estas «dicho-mansiones».*

* [Cf. la nota de la traductora en «Introducción», pág. 22.]



1. Del estadio del espejo a lo imaginario

«¡Vaya! —se suele decir—, esto hace pensar en la famosa historia de Lacan, el estadio del espejo. ¿Qué decía, exactamente?».

(ACP, E 1, pág. 176.)

Treinta años después de introducir el estadio del espejo, Lacan lo caracterizará como «la escobilla con la cual (él) entró en el psicoanálisis» (S XV, 10 de enero de 1968). El estadio del espejo sería, pues, esa pequeña escoba teórica empleada a partir de 1936 para limpiar el suelo de la morada psicoanalítica, a fin de hacerse un lugar en ella, y que en 1949 fue fuertemente «relooké» para que produjera todos sus efectos. Llegó a ser el artículo más famoso, «la historia de Lacan», como él mismo ironiza en 1946. No es más que eso —invitación a no exagerar el carácter fundador de la noción—, pero tampoco menos.¹ De hecho, antes de «limpiar los establos de Augias», había que hacer la labor doméstica de este lado para poner al descubierto la *estructura en espejo* del yo y desmontar el «espejismo» del «yo autónomo».

¹ G. Le Gaufey, *Le lasso spéculaire*, EPEL, 1997.

¿Qué dice, exactamente, «esa famosa historia de Lacan»?

1. Experiencia y estadio del espejo. Todo parte, en efecto, de aquella comunicación al Congreso de Marienbad, *The Looking-glass Phase*, que, como hemos visto, quedó interrumpida (*supra*, pág. 34). Si el texto primitivo se perdió, «Más allá del “principio de realidad”» (1936) y «Los complejos familiares» (1938) permiten juzgar las innovaciones de esa primera versión antes de que Lacan publicara la segunda, «El estadio del espejo como formador de la función del “yo [je]”»* tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica» (contribución al XVIº Congreso Internacional de Zurich en 1949).

En apariencia, se trata de una contribución de índole psicogenética sobre el desarrollo del niño, tendiente a subrayar la importancia de este momento de la maduración, situado entre los seis y los dieciocho meses, y que se llama «estadio del espejo». Se trata del encuentro del niño, todavía inmaduro en el plano motor, con su imagen: momento «en el que el niño reconoce (. . .) su imagen en el espejo», aunque no estén reunidas todavía las condiciones de su unidad neurológica y motriz. De hecho, después de la introducción de una teoría del espejo (con Baldwin), los trabajos de Elsa Köhler sobre la forma total del cuerpo y los de Charlotte Bühler sobre el transativismo infantil, en los años 1926-1927, así como los estudios

* Así se hará constar cada vez que en el original se trate del «yo» correspondiente al francés *je*. (*N. de la T.*)

de Henri Wallon (*Les origines du caractère chez l'enfant*, 1934-1943), habían hecho constar la importancia de este momento: esquema entre «interoceptividad», «propioceptividad» y «exteroceptividad».

En realidad, lo que Lacan describe es la cristalización originaria de la «imagen especular», «forma intuitiva por la cual el sujeto efectúa la búsqueda de su unidad». Esto supone una anticipación de dicha unidad: «El niño anticipa en el plano mental la conquista de la unidad funcional de su propio cuerpo, aún inacabada en ese momento sobre el plano de la motricidad voluntaria». De ahí el júbilo: «Lo que el sujeto saluda en ella es la unidad mental que le es inherente».

Lacan adhiere al pensamiento de Ludwig Bolk² sobre la filogénesis de la especie humana. Admitida la idea de una «prematuración específica del nacimiento en el hombre» (EEFFY, *E 1*, pág. 89; ACP, *E 1*, pág. 176), es como si la «cría humana» compensara en el plano de la (re)presentación imaginaria el retraso de esa unidad que le es aún rehusada en el plano psicomotor. Así pues, el «estadio del espejo» es «un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación». Pueden adivinarse las consecuencias de esta dimensión precoz de la *imagen* en la vida psíquica ulterior. La asunción jubilosa es signo de una *identificación*, o sea, esa «transformación producida en el sujeto cuando asume una ima-

² L. Bolk, *Le problème de l'histoire du devenir de l'homme*, 1927, trad. fr. Louis Bolk, «La genèse de l'homme», *Arguments*, 4º año, nº 18, 2º trimestre de 1960, págs. 3-13, y *Littoral*, nº 27-28, abril de 1989, págs. 177-95.

gen». Se trata del *Aha-Erlebnis*, o «mímica jubilosa» que signa tal identificación imaginaria de origen, germen de las «primeras elecciones identificatorias del niño, elecciones “inocentes”» (ACP, *E 1*, pág. 177). Tomarse por sí mismo: esto es lo que marcará con su sello indeleble el devenir entero. Instaurada esta «imagen troncal», se constituye el soporte especular: el «yo» ha nacido. . .

2. Del espejo a lo imaginario: lo especular.

Cabe entonces advertir que la experiencia del espejo es otra cosa y mucho más que un momento de la maduración, o sea, la puesta en evidencia del papel decisivo de lo imaginario en la constitución yoica. El espejo remite al *espejismo*: «Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen» (EEFFY, *E 1*, pág. 87).

Un «efecto perverso» de la experiencia del espejo sería acreditar la idea de cierto «imaginario puro». Resulta así que el «yo está constituido de arriba abajo por identificaciones». El sujeto se constituirá por capas o «pellejos» de identificaciones en torno del núcleo, cosa que moverá a Lacan a comparar el yo, más trivialmente, con una «cebolla».

Correlativamente, aparece la dimensión de la relación con la «imago del doble». Este conduce a examinar el vínculo con la agresividad: el texto sobre «La agresividad en psicoanálisis» (1948) forma un díptico con el de 1949. En efecto, esta concentración imaginaria redundaba en una de-

marcación respecto del no-yo que inscribe la agresividad en el reverso de lo especular, «como imagen de dislocación corporal» (AP, *E 1*, pág. 96), tal como lo indican «las *imagos del cuerpo fragmentado*» (*E 1*, pág. 97). En síntesis, «la agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista» (*E 1*, pág. 102). Así se forma «la agresividad como tensión correlativa de la estructura narcisista en el devenir del sujeto» y signo de «una dehiscencia vital constitutiva del hombre» (AP, *E 1*, págs. 108, 107), auténtica «hiancia biológica» (*S II*, 29 de junio de 1955).

El estadio del espejo conecta con la noción de imaginario, pero para teorizarla habrá que esperar a los años 1953-1954 y sobre todo al «esquema óptico». La expresará el esquema L (*infra*, pág. 156). Habrá que pensar en un «trenzado» del estadio del espejo en los registros imaginario y simbólico (*S X*).

3. El yo, función de desconocimiento. Entre 1936 y 1949, Lacan apreció, en efecto, la magnitud de esa experiencia, o sea, «las luces que aporta sobre la función del yo [*je*] en la “experiencia” que de él nos da el psicoanálisis» (EEFFY, *E 1*, pág. 86): no se trata solamente de un momento estructurante y genético de la personalidad sino, como consta en el título, de un momento «formador» de la función del «Yo [*Je*]» que de este modo él revela. El testimonio del origen del «yo» en su «captura imaginaria» lo proporciona «la función de desconocimiento» (*E 1*, pág. 92) situable en su fundamento. Esto coloca al yo en una «línea de

ficción» (*E 1*, pág. 87) contra toda «ilusión de autonomía» (*E 1*, pág. 92). El «Discurso de Roma» destaca las «funciones irrealizantes» del yo, o sea, «espejismo y desconocimiento» (*AE*, pág. 143).

Lacan pondrá en escena esa «función de desconocimiento» como efecto del «ramo invertido» (OIDL, *E 2*, págs. 652-5), una vez establecida la distinción entre «yo ideal» (imaginario) e «ideal del yo» (que remite a lo simbólico). Lo cual fundará el tajante distingo entre *yo* y *sujeto* (*infra*, pág. 122 y sig.). Lacan evoca así «la relación especular con el otro por la cual quisimos primeramente en efecto volver a dar su posición dominante en la función del yo a la teoría, crucial en Freud, del narcisismo. . .» (*SCR, E 1*, pág. 47).

Aquí es donde podemos situar el *primer efecto del «retorno a Freud»*.^{*} En el lugar del *narcisismo* freudiano Lacan sitúa lo especular, o sea «esta relación erótica en que el individuo humano se fija en una imagen que lo aliena* a sí mismo», energía y forma «en donde toma su origen esa organización pasional a la que llamará su *yo*» (*AP, E 1*, pág. 106). Al principio, Lacan señala la insufi-

^{*} *Nota liminar*. De aquí en adelante haremos figurar en «recuadros» los «atajos» de Freud a Lacan, según las apuestas indicadas *supra* («Introducción», pág. 26) que orientan el conjunto de la presentación. Esto obliga a contrastar las avanzadas de la metapsicología freudiana con la *mátesis* lacaniana, poniendo a la vez en evidencia la «penetración» de esta con relación a aquella. La lectura cruzada del presente *Lacan* con *La métapsychologie* («Que sais-je?», 2000) permite juzgar ese efecto de «rebote» de Freud a Lacan.

^{*} Al transcribir citas de los *Escritos* de Lacan, sustituimos los vocablos «enajenación», «enajenar», por los que ha impuesto el uso en el área hispanohablante: «alienación», «alienar». (*N. de la T.*)

ciencia del narcisismo, pero lo inscribe en una teoría de las formas, ausente como tal en Freud, y habla de «los efectos formativos» de la *Gestalt* (*E 1*, pág. 88): «dinamismo afectivo» mediante el cual «el sujeto se identifica primordialmente con la *Gestalt* visual de su propio cuerpo» (*E 1*, pág. 105). Obsérvese que Freud considera la «identificación narcisista» como la puesta en forma del yo (*Ichgestaltung*) y define la identificación como «la forma más originaria de ligazón de sentimiento» (*Psicología de las masas y análisis del yo*, cap. VII, GW XIII, pág. 115).

Lo cierto es que, en Freud, el yo designa una serie de funciones que por lo demás no están unificadas (P.-L. Assoun, *Introduction à la métapsychologie freudienne; La métapsychologie*, «Que sais-je?», págs. 66-8).

El modo en que la experiencia especular concierne al narcisismo se traduce en el afecto de júbilo que sucede al descubrimiento de la imagen de sí; de lo cual ofrece un emblema mitológico la escena primitiva de Narciso. Hallamos aquí el núcleo del *goce*, imaginario (*infra*, pág. 119).

4. La relación con el semejante: el *infans* y el «pequeño otro».* En su primer texto sobre los complejos familiares, Lacan menciona un «complejo de intrusión». Esto organiza una dialéctica imaginaria de la relación con el otro.

Lacan encuentra al respecto la fórmula emblemática en un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín, que reaparecerá una y otra vez en su texto, como un hilo rojo, de 1938 a 1978:³ «Vi con

* En francés, es habitual denominar la letra mayúscula por el adjetivo «*grand*», «grande», y la minúscula por «*petit*», «pequeño». Por razones de economía textual, decidimos traducirlos aquí literalmente, de modo que se leerá «pequeño otro», «gran Otro», así como, llegado el momento, «pequeño *a*». (*N. de la T.*)

³ E. Porge, «Un écran à l'envie», *Revue du Littoral*, n° 30, octubre de 1990, págs. 11-30. Lo volvemos a encontrar

mis propios ojos y conocí bien a un pequeñuelo presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada, a su hermano de leche». ¿Qué se describe aquí? Es la prueba de que «en el fondo los celos representan no una rivalidad vital, sino una identificación mental». El encuentro de un niño recientemente destetado con el espectáculo del goce de su «hermano de leche» es el detonante del «odio celoso» —el que brota de la *jalouissance*,* el que *s'imageaillisse*** «con la mirada»; palabras-valija que enfatizan la dimensión imaginaria (S XX, 20 de marzo de 1973). Tal confrontación mortificante con el otro revela la importancia de la identificación —en su dimensión imaginaria—, la cual revela simultáneamente, con respecto al «pequeño otro» encarnado esta vez por su *alter ego*, que él tiene algo que perder. Se trata del *infans*, de aquel que todavía no habla: este encuentra aquí la primera figura del otro (distinta de su propia imagen), pero, según vemos, preñada de imaginario.

5. Del yo al sujeto: imaginario y lenguaje.

Esta captura en el orden imaginario funda «la

en «Acerca de la causalidad psíquica», «La agresividad en psicoanálisis» (1948), «Algunas reflexiones sobre el ego» (1951). Aparece en los *Seminarios* VI, IX, XI y XX (1959, 1961, 1964, 1973) y, por último, en «Apertura del seminario de Deniker en Sainte-Anne» (10 de noviembre de 1978).

* Neologismo formado por condensación de *jalousie*, «celos», y *jouissance*, «goce». (N. de la T.)

** Neologismo formado por condensación de *image*, «imagen», y *jaillir*, «brotar, saltar». (N. de la T.)

estructura paranoica del yo» (AP, *E 1*, pág. 106), como lo ilustra la paradoja siguiente: «Si un hombre cualquiera que se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey» (ACP, *E 1*, pág. 161). El efecto de «*déjà vu*» ilustra, por otra parte, el momento sobrecogedor de captación imaginaria en que el yo, al reconocerse en una situación, y por un efecto de «desandadura» de lo real, cree revivir en lo actual una experiencia anterior.

En esta «situación ejemplar» de la experiencia especular, Lacan despeja «la matriz simbólica en la que el yo [*je*] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto» (*E 1*, pág. 87). Hay que ir, pues, más allá, pues «toda dilación sobre la génesis del yo participa en la “vanidad de lo imaginario”» (A, *E 1*, pág. 64). Sin perjuicio de pensar ahora el *cuero*, más allá de lo orgánico, en su dimensión especular.⁴

En este «nudo de servidumbre imaginaria» (*E 1*, pág. 93) se origina el sujeto amante y hablante. Es fundamental indicar este efecto: «La intuición del yo, en tanto centrada sobre una experiencia de conciencia, conserva un carácter cautivante del que es preciso desprenderse para acceder a nuestra concepción del sujeto» (S II).

Ahora bien, si el yo es *imaginario*, el sujeto es *hablante*: «En lo inconsciente excluido del sistema del yo, el sujeto habla». Y esto requiere la teoría del significante y de lo simbólico.

⁴ Paul-Laurent Assoun, *Leçons psychanalytiques sur corps et symptôme*, Anthropos/Economica, 2 vols., 1997.

2. La teoría del significante

«Un buen día me di cuenta de que era difícil no entrar en la lingüística a partir del momento en que se había descubierto el inconsciente».

Con esta fórmula retrospectiva, en los umbrales del Seminario *Encore* (19 de diciembre de 1972), Lacan resume lo que está en juego. La teoría lacaniana hace del lenguaje el presupuesto del psicoanálisis: «Es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente» (ILI, *E 1*, págs. 474-5). Se trata de radicalizar la comprobación elemental y fundamental de que el análisis es experiencia de palabra: la palabra no es solamente el medio sino, en rigor, el fundamento. Se trata de un punto —esa «pasión del significante» (SF, *E 2*, pág. 668)— respecto del cual el pensamiento de Lacan mantuvo una fidelidad incommovible, pero en una gradación por la que este enunciado se radicaliza.

La fórmula según la cual «el inconsciente está estructurado como un lenguaje» —que aparece en 1960, durante el congreso de Bonneval (PI)— merece figurar como epígrafe de su teoría. Aun-

que esto evoque aquel «Al principio era el Verbo. . .» del «cuarto Evangelio» (juánico) (DR, *AE*, pág. 135), la operación se apoya sobre una referencia a la lingüística (de Saussure a Jakobson) como estricto correlato del «descubrimiento del inconsciente», que implica la existencia de un discurso articulado del síntoma (*infra*, pág. 136).

1. Saussure con Freud: el algoritmo lacaniano. Esa fórmula se inscribe, en efecto, con referencia a la lingüística saussureana.

Lacan la toma de su empleo por Ferdinand de Saussure (1857-1913) en su *Curso de lingüística general*, nacido de las lecciones dictadas entre 1906 y 1911 en la Universidad de Ginebra.¹

Para juzgar este préstamo, debe recordarse que la lingüística rompe con el axioma de la filosofía del lenguaje, el que pone en relación la palabra o signo con cierta realidad, lo cual plantea el problema de la «mentalización» de esta última. Saussure parte del «signo lingüístico», unidad de base de la *lingua* como sistema, que enlaza no un contenido psíquico a un referente material —puesto que ambas caras son psíquicas—, sino un «concepto» o idea (significado) y una «imagen acústica» (significante). Significante y significado son *relata*, y los une una relación puramente arbitraria: dicho de otra manera, no hay ninguna semejanza necesaria entre significante y significado. Además, los signos lingüísticos se enlazan entre sí según dos ejes, el «sintagmático», por conexión con los otros «significantes», y el «paradig-

¹ F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, Payot, 1972.

mático», por analogías de significados. De esto resulta que la lengua es un sistema diferencial donde cada «unidad» se define *por* distinguirse de las demás (como «valor lingüístico»).

Lacan, fundándose en la revolución saussureana de la que el pensamiento francés acusa recibo a comienzos de la década de 1950, radicaliza la teoría del significante. Esta apelación a la lingüística, cuyo propósito es pensar el deseo en su dimensión inconsciente, implica una revisión de la concepción saussureana del «signo lingüístico» (emprendida en *S I*, 23 de junio de 1954).

En primer lugar, Lacan lo sitúa en posición dominante con relación al significado, o sea *S/s*, presentado como «algoritmo» (*ILI, E 1*, pág. 476). Es posible verificarlo observando que una palabra se descifra no tanto por su relación con su significado como por su remisión a otras palabras. El «efecto de sentido» es el rebote de un significante sobre el otro, lo cual inaugura la idea de *cadena significante*. Lo que merece reflexión es, por lo tanto, la autonomía del significante y su valor como pura diferencia y no como diferencia cualitativa, al definirse cada significante por ser lo que el otro significante no es. Mejor dicho: «el significante, cuanto más significa “nada”, más indestructible es» (*S III*, 11 de abril de 1956).

En segundo lugar, Lacan pone de este modo el acento en la *barra* de separación. Significante y significado no sólo son distinguidos sino también separados.

En tercer lugar, introduce la noción de «punto de almohadillado» [o de «basta»], operación por la cual «el significante detiene el deslizamiento, in-

definido o no, de la significación», y que encuentra su modelo diacrónico en la frase y su puntuación (SSDDIF, *E 2*, pág. 785).

2. El significante o la letra del deseo: praxis del significante y significante fálico. Estas modificaciones se justifican por el hecho de que Lacan remite el significante al deseo. Y esto es lo que justifica el préstamo tomado de la lingüística. El examen de *La carta robada* de Edgar Poe da ocasión, en el Seminario del 26 de abril de 1955, para poner en evidencia esa dominación ejercida por el significante sobre el sujeto, y la aptitud de tal significante para organizar una interacción, rigurosa y ciega a la vez, entre los sujetos. Juego de incautos y de verdad en el que esa carta escondida está ante la vista de todos (el rey, la reina, el ministro), y donde el arte de Dupin consiste en saber arreglárselas con el significante. Lacan lo compara con la lotería, donde el desorden y la desorganización de los elementos mezclados se conjuga con una «organización de estructura», con «el orden más indestructible» (OIDL, *E 2*, pág. 638).

Todo lo cual justifica «casar» a Saussure con Freud, esos contemporáneos que parecen haberse esmerado en ignorarse.² Matrimonio de circunstancias, no lo olvidemos, destinado a pensar la lógica del deseo como inconsciente, unión inverosímil que la exigencia psicoanalítica vuelve necesaria: «Un psicoanalista debe fácilmente intro-

² P.-L. Assoun, *Introduction à la métapsychologie freudienne*, cap. IV, págs. 78-80.

ducirse por allí hasta la distinción fundamental del significado y del significante, y empezar a ejercitarse con las dos redes que estos organizan de relaciones que no se recubren» (CF, *E 1*, pág. 397).

La teoría del significante es el correlato de la idea de que «no hay metalenguaje». Dicho de otra manera, el lenguaje no encuentra su clave en ninguna exterioridad. Genera su propia verdad.

Por todo esto, la necesidad de tomar en cuenta las psicosis exige reconocer «el papel mediador primordial del significante» (S III, 2 de mayo de 1956). Correlativamente, se desprende «la significación del falo», o sea, su función de «significante fundamental». Ya en el origen de su teoría del significante, Lacan indica la relación de este con la castración. Afirma, pues, de manera lógica, que «el falo es un significante» (SF, *E 2*, pág. 669). Se trata del «significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo» (SF, *E 2*, pág. 672). El falo es «el signo en el que el logos marca la vida con su impronta» (PVF, *AE*, pág. 171). En otros términos: «El falo tiene la función de significante de la falta para ser determinada en el sujeto por su relación con el significante» (STS, *E*, pág. 710).* Al hacer esto, Lacan supera la concepción del falo como «objeto parcial» y distingue de *phi* —el aspecto imaginario— el falo significante, que él escribe PHI. El hombre «habla», pues, alrededor del falo. Lacan

* La cita del original francés no responde exactamente al texto de los *Écrits*, y lo mismo podemos decir de su traducción castellana (en *E 2*, pág. 688). La versión que aquí consta es nuestra. (*N. de la T.*)

llegó incluso a sugerir que el origen del lenguaje estaría ligado a la experiencia de la detumescencia, pues el hombre se habría vuelto «*parlêtre*», «hablaser», por haber tropezado con el enigma del goce fálico.

3. Lógica del significante y retórica del inconsciente. El recurso a la teoría del significante permite sustituir la representación «física» freudiana por una representación «lingüística», aun cuando deba aclararse que, en uno y otro caso, sólo se trata de pensar los procesos inconscientes que subyacen en el sujeto.

Las consecuencias en cadena se vuelven entonces legibles.

En primer lugar, las «formaciones *del* inconsciente» se dejan descifrar según la lógica del lenguaje. Esto permite considerar el deseo como algo más que como el objeto de la interpretación, esto es, como su principio operador. Sueño, síntoma, chiste se muestran en tanto procesos de metáfora y metonimia que Freud registra como «condensación» y «desplazamiento». Lacan moviliza a Jakobson³ para pensar el eje metafórico (de sustitución) y el eje metonímico (de combinación); lo cual pone al descubierto una retórica del inconsciente (S III, 2 y 9 de mayo de 1956). El análisis reiterado del ejemplo de la «gavilla de Booz», tomado de

³ R. Jakobson, «Two aspects of language and two types of aphasia disturbances», en *Fundamentals of Language*, La Haya: Mouton, 1956. Véase también E. Benveniste, «Remarques sur la fonction du langage dans la découverte freudienne», en *Eléments de linguistique générale*, Gallimard, 1966.

Victor Hugo, es la ilustración de que «en la elaboración de los efectos del lenguaje», «puede construirse (. . .) una poética que no debe nada a la referencia al espíritu del poeta, como tampoco a su encarnación» (CV, E 2, pág. 839). Esta sobre-determinación articula entre sí *significante* y *simbólico* (*infra*, pág. 83).

En segundo lugar, se impone entonces una mutación en la concepción del sujeto (*infra*, pág. 124). La teoría del *significante*, que había sido presentada en la década de 1950, cobra un aliento nuevo a comienzos de la siguiente con la definición del sujeto como *significante* representado por otro *significante* (que apreciaremos *infra*, págs. 124-7). El sujeto se muestra ahora dividido por el *significante*. Un *significante* dado (S1) es lo que representa a este sujeto dividido por otro *significante* (S2). A diferencia del *signo*, que «representa algo para alguien», un *significante* «representa a un sujeto para otro *significante*» (S IX, 6 de diciembre de 1961): no hay de él otra definición, apunta Lacan.

Puede decirse que se pasa aquí de una referencia lingüística a una matematización del *significante*, que abrirá la senda del discurso con numeración de este (S1, S2). En síntesis, «el inconsciente procede de lo lógico puro, dicho en otras palabras, del *significante*», como lo indica la contrapata de los *Escritos*.^{*} Esto hará posible luego su utilización en la teoría de los discursos, a comienzos de la década de 1970 (*infra*, págs. 111, 165).

* Traducimos conforme al original «lo lógico puro» («*du logique pur*»). (N. de la T.)

«La *Verdichtung*, condensación, es la estructura de sobreimposición de los significantes donde toma su campo la metáfora (. . .) La *Verschiebung* o desplazamiento es (. . .) ese viraje de la significación que la metonimia demuestra» (ILI, *E 1*, pág. 491). Metáfora y metonimia lacanianas parecen homologarse así a la *condensación* y el *desplazamiento* freudianos (. . .) Aunque debe apreciarse la puntualización, muy posterior, sin duda, de Lacan: «Yo no metaforizo la metáfora ni metonimizo la metonimia para decir que equivalen a la condensación y al viraje en el inconsciente. Pero me desplazo con el desplazamiento de lo real en lo simbólico, y me condenso para dar peso a mis símbolos en lo real, como conviene si se sigue el inconsciente a la letra» (RAD, *AE*, pág. 420). De manera correlativa, el significante toma el lugar del «representante-representación» de la pulsión, lo cual implica un desplazamiento de la función de representancia, de la metapsicología freudiana a la teoría lacaniana del significante. Esto no anula en absoluto la referencia a la pulsión (véase *infra*, pág. 116), sino que redefine su economía en función de tal registro del significante.

4. De la instancia de la letra a la «dichomansión». «Hay que tomar el deseo a la letra» (DC, *E 2*, pág. 600): este adagio nos introduce en una dimensión diferente y complementaria del significante. «Hay cabalmente una instancia de la letra en el inconsciente», como lo anuncia el escrito epónimo.

En sentido propio, el francés *lettre* designa a la vez la carta y la materialidad tipográfica. Es «ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje» (ILI, *E 1*, pág. 475). Pero decir que hay una «instancia de la letra» es destacar que la letra está allí de entrada y no como efecto de la transcripción.

Si *La carta robada* (1953) introducía los *Escritos*, es justo que *Lituraterre* (1971) introduzca los *Autres Ecrits*, «Otros Escritos»: Lacan teoriza la letra en los dos extremos de su trayecto. En este último texto realiza una doble operación: por un lado, recusa la idea de un carácter originario de la escritura —acreditado por la «gramatología» derrideana y sus variantes—⁴ al reafirmar la primacía del significante; por el otro, resitúa la originariedad de la letra como instancia. «No es cuestión de acreditar una “primariedad” de la letra con respecto al significante, sino que, entre el goce y el saber, la letra constituiría el litoral. . .» (S XVIII, 12 de mayo de 1971; LIT, AE, pág. 14).

Lacan introduce en *L'étourdit** la «dit-mension», «dicho-mansión».** Una manera de reafirmar que el enunciado (el «dicho») remite al Otro como lugar de lenguaje (*infra*, pág. 102). Esto supone el decir del sujeto sin que el sujeto pueda ser considerado como el autor de su dicho. Se trata de «decir lo que hay». Por eso, imaginario, simbólico y real aparecen como «dicho-mansiones», ortografía con la que se sugiere la domiciliación en el decir y el lenguaje como «hábitat» (cf. el inglés *mansion* = francés «*maison*», español «casa, mansión»).

Es de destacar que, aun no habiendo instancia de la letra en Freud, este percibe cabalmente la noción de una «escritura de las imágenes» (*Bilderschrift*). La fórmula

⁴ J. Derrida, *L'écriture et la différence*, *De la grammatologie*, Editions de Minuit, 1967.

* [Véase nota de la traductora en «Prólogo», pág. 39.]

** [Véase nota de la traductora en «Introducción», pág. 22.]

de modo explícito en relación con el olvido de nombres propios: el examen del ejemplo Signorelli, ¿no revela que el olvido no se refiere ni al «sentido» ni a la «delimitación acústica de las sílabas», sino al enlace nominal? (*Psicopatología de la vida cotidiana*, cap. I, *GW*, IV, pág. 10). Es reveladora la metáfora del «rebus», aplicada aquí lo mismo que al sueño: se trata de un modo de expresión de letras y dibujos combinados. En síntesis, las formaciones inconscientes traducen un efecto «jeroglífico». Lacan no tendrá sino que promover la analogía como *homología*, no sin mutación epistémica.

5. De la «lingüistería» a «lalengua»: el «moterialismo».* Todo este recorrido pone de manifiesto que, lejos de convertir el psicoanálisis en un anexo de la lingüística, Lacan despeja su unicidad. Para evitar una desviación semejante él habla de su «lingüistería» (*S XX*, 19 de diciembre de 1972), sobre la cual parece ironizar (*RSI*, 1975) en una suerte de «autocrítica» retrospectiva.

En una primera etapa, subraya el carácter pleonástico del aforismo inicial: «[El inconsciente] está estructurado como un lenguaje: lo cual es pleonasma necesario para hacerme entender, puesto que lenguaje es la estructura» («Petit discours à l'ORTF», 2 de diciembre de 1966, en *AE*, pág. 223). Esta especie de autocrítica se funda en una comprobación: «Hay algo demasiado general, demasiado lógico en el lenguaje» («Conférences et entretiens», *Scilicet*, 6/7, pág. 47). Tal evolución se señala con la aparición del neologismo «*lalan-gue*», «lalengua», propuesto el 4 de noviembre de

* Neologismo intraducible en el que «*mot*», «palabra», sustituye al segmento «*mat-*» de «materialismo». (*N. de la T.*)

1971 (en *El saber del psicoanalista*) y detallado en la «Conferencia de Ginebra sobre el síntoma». En otros términos: «El lenguaje es lo que intentamos saber sobre la función de la lengua». El inconsciente es «un saber obrar con la lengua» y el lenguaje es «una elucubración de saber sobre la lengua» (S XX, 26 de junio de 1973). Lacan persiste y firma, pero modifica el alcance de su apotegma fundador: «El inconsciente, en tanto que aquí yo lo sostengo de su desciframiento, *no puede sino* estructurarse como un lenguaje, un lenguaje siempre *hipotético* respecto de *aquello que lo sostiene, a saber, la lengua*» (las bastardillas son nuestras).

El neologismo «lalengua», que junta el artículo definido con el sustantivo, está destinado a inscribir más íntimamente el inconsciente en el orden del lenguaje. En última instancia, ya no se trata del concepto de «lo inconsciente» (*das Unbewusste*), sino del hecho primitivo de que se pueda escribir homofónicamente la «*une bévue*»* en el registro de la versión francesa de «lalengua». . . En «lalengua» se puede oír «*lallation*», «balbuceo infantil», o sea, aquellas emisiones vocales de los bebés que ponen de manifiesto la captura primera en la lengua bien llamada «materna»: se trata de la realidad fonológica primitiva por la cual se

* Referencia a conceptos vertidos por Lacan en el Seminario XXIV, titulado «*L'insu que c'est de l'une bévue s'aile à mourre*», en torno de la creación del «neologismo» *une-bévue*, cuyo sentido aproximado en español sería «una-equivocación». Tal «neologismo» surgiría de una operación de transliteración por homofonía entre el alemán *Unbewusst*, «inconsciente», y el sintagma francés *une bévue*. (N. de la T.)

forja la «*jouissance*», el «goce» (como «*j'ouïs sens*»).*

«Lalengua» se manifiesta primero por la homofonía, es decir, la posibilidad —que llega al calambur— de hacer jugar la materialidad fonemática: «En este *moter*ialismo reside la captura del inconsciente» («Conférence à Genève sur le symptôme», *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, n° 5, 1985, pág. 12).

6. Del «hablaser» a los «discursos». Lacan forja la noción de «*parlêtre*», «hablaser». Así como «lalengua» radicaliza la idea del inconsciente-lenguaje, del mismo modo el «hablaser» radicaliza la distinción de una «palabra verdadera» o «vacía», marcada aún por un sello de autenticidad (*supra*, pág. 66, e *infra*, pág. 145). El ser mismo del hombre está en la palabra. El «hablaser» es de tal índole que «toma ser de la palabra» (. . . *Ou pire*, reseña, *AE*, pág. 549). Esta palabra-valija está destinada a subrayar que el hombre no es ni esencia ni existencia, sino que está aprehendido en la sola referencia a su enunciación; lo cual otorga una resonancia nueva a los enunciados «no hay Otro del Otro» y «no hay metalenguaje» (*supra*, pág. 70).

Correlativamente, a comienzos de la década de 1970 Lacan introduce la instancia del *discurso*. Una manera de dar su propia versión de lo que Foucault llamaba el «orden del discurso», vincu-

* Juego de palabras entre *jouissance*, «goce», el pronombre *je*, «yo», el verbo *ouïr*, «oír», y el sustantivo *sens*, «sentido». «*J'ouïs sens*» se entendería entonces como «yo oigo/gozo sentido». (*N. de la T.*)

lándolo a lo que forma *lazo social* entre los «hablaseres». Retendremos aquí de ello, a la espera de definirlos, que los elementos correspondientes son: S1, el significante-amor; S2, el segundo significante identificado con el «saber»; \$, el sujeto barrado (*infra*, pág. 126 y sig.) y el objeto *a* (*infra*, pág. 111 y sig.), y que se trata de *modos de producción* inconscientes. Aparecen así cuatro figuras de discurso: discurso del amor, discurso de la histérica, discurso analítico y discurso universitario (*infra*, cap. 10, pág. 155). Esto corrobora la productividad social del significante, su impacto colectivo y su captura en el goce social.

7. El lenguaje, condición del inconsciente. La insistencia de conjunto sobre esta función que es importante poner en serie —lenguaje, significante, palabra verdadera, instancia de la letra, la lengua, hablaser, discurso— tiene por apuesta capital despejar la dimensión fundamental del inconsciente. Así se confirma que «el lenguaje es la condición del inconsciente» y, de modo correlativo, que «el inconsciente es la condición de la lingüística» (RAD, *AE*, pág. 406). El modelo de la comunicación es radicalmente incapaz de explicar este arraigo del sujeto en la lengua. Este carácter absoluto del significante reaparecerá en la fórmula «*Ya d'Un*», «Hay Uno» (*infra*, págs. 167-8). Lo cual encontrará su eco en la función del Otro: el hablaser está capturado en una relación, más allá del «pequeño otro», con el Otro; lo cual abre la dimensión del malentendido que, como consecuencia, no es accidente de recorrido sino hecho de estructura.

Se puede situar aquí el *segundo desplazamiento* del pensamiento-Lacan: de la teoría pulsional a la teoría del significante. Lacan rompe con cualquier realismo de la «pulsión» que pudiera acreditar en alguna medida un hecho (psico)biológico, demostrado como está que Freud despoja al concepto de esta connotación. Como anunciara Lacan en 1950, ante el Primer Congreso Mundial de Psiquiatría: «No es que la psicología explique el lenguaje, sino que el lenguaje determina a la psicología» (*AE*, pág. 128). Lacan desplaza la cuestión hacia el lado del significante para evitar toda «superstición» de este género.

3. Del nombre del padre a lo simbólico

El aporte lacaniano se manifiesta en la expresión Nombre del padre. Acto ligado al nombre de Lacan por lo mismo que, en Freud, la referencia a las funciones del padre es central y a la vez no unificada. Lacan aborda la cuestión en relación con los «complejos familiares», donde, de entrada, ve comprometida la función del padre. Pero la promoción de un «orden simbólico» reestructura esta problemática.

1. El Nombre del Padre. Debe destacarse que la grafía de la expresión es variable y que se la emplea con mayúsculas o sin ellas, con guión o sin él, en singular o en plural, como si Lacan hubiese sentido la necesidad de dar cabida a esta categoría ajustándola progresivamente a sus empleos. Prueba de que el significante teórico está en proceso de búsqueda: un atento examen de la génesis del concepto¹ muestra que surge ya desde las primeras palabras del Seminario, en 1951, primeramente con relación al Hombre de las Ratas y luego al Hombre de los Lobos (*infra*, pág. 134).

¹ E. Porge, *Les noms du père chez Jacques Lacan*, Erès, 1997.

Con el caso Schreber adquiere su relieve decisivo y su papel de «funtor»: «En el *nombre del padre* es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley» (FCPL, *E 1*, pág. 267). Si el nombre del padre tiene que ver con lo simbólico, este no se reduce a aquel. De hecho, los dos registros comienzan a desarrollarse cada uno por su lado. El anudamiento tiene lugar con ocasión del examen de la psicosis, sobre el caso Schreber: «Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el nombre del Padre,* *verworfen*, forcluido,** es decir, sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto» (CPTPP, *E 2*, pág. 558). Ya veremos la importancia que tiene esto para la teoría lacaniana de la psicosis (*infra*, pág. 140), donde se demuestra, *a contrario*, el papel del significante «ser padre» que, a semejanza de la «carretera principal», estructura el paisaje (psíquico) (*S III*, 20 de junio de 1956); la categoría hace su aparición al final del Seminario sobre *Las psicosis* (27 de junio de 1956).

* Tanto en el original francés de *Ecrits* como en la versión castellana *Escritos 2*, consta aquí «Nombre-del-Padre». (*N. de la T.*)

** En el área psicoanalítica hispanohablante el término «forclusión» se ha impuesto sobre «preclusión». De ahí que al reproducir fragmentos de los *Escritos* optemos por efectuar la sustitución correspondiente. (*N. de la T.*)

Este Nombre del Padre y la función conexas del «padre simbólico» tiene su precursor en el Padre muerto del «mito científico» freudiano, el del asesinato del padre (*Vatermord*) o asesinato originario (*Urmord*) del padre originario (*Urvater*) (*Tótem y tabú*). Pero, precisamente, Lacan postula una función que libera al término de cualquier narratividad mitológica.

2. La metáfora paterna. Se adquiere una de sus dimensiones con «la idea de que el padre es una metáfora». Idea formulada en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en diciembre de 1957 – enero de 1958, y que se desarrolla en *Las formaciones del inconsciente* (15, 22, 29 de enero, 5 de febrero de 1958). La metáfora (*supra*, pág. 71) se caracteriza por aquella sustitución de un significante por otro que hace surgir, partiendo de una significación desconocida, una significación inédita. El «éxito» de la metáfora consiste en esta creación significativa. El punto oscuro es aquí el deseo de la madre: lo encontramos en el núcleo de la metáfora paterna que engendra al Padre como Nombre, partiendo de la palabra de la madre que lo vehicula. Lo cual se escribe:

$$\frac{\text{Nombre-del-Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la madre}}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow \text{Nombre-del-Padre} \frac{(A)}{\text{Falo}}$$

Viene luego una reflexión sobre las funciones del nombre propio, expuesta entre los Seminarios *La identificación* (1961) y *Problemas cruciales del psicoanálisis* (1964-1965). El nombre propio adquiere la función no tanto de designar a un ser singular como de cubrir un agujero: es a un tiem-

po «irreemplazable» y «volador». Remite al «rasgo unario».

Entre tanto, se asiste a una pluralización (*infra*, pág. 87).

Se puede situar aquí el *tercer efecto del retorno a Freud*: allí donde Freud articulaba firmemente las «funciones del padre» —prohibición, idealización, identificación— (cf. nuestro *Psychanalyse, op. cit.*, págs. 225-49), Lacan introduce esta noción inédita que produce una *articulación estructural* de dichas funciones y remite al trabajo de la metáfora.

3. Lo simbólico. Del «orden simbólico», expresión formulada el 9 de junio de 1954 (S I), Lacan dice que «si el hombre llega a pensar(lo), es que primeramente está apresado en él en su ser» (SCR, *E 1*, pág. 46). Es preciso pensar, pues, «la autonomía de lo simbólico» (SCR, *E 1*, pág. 45). Correlativamente: «El descubrimiento de Freud es el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el orden simbólico» (FCPL, *E 1*, pág. 264).

Sería tentador confeccionar sobre esta base un listado empírico, de orden sociológico: el conjunto de las instituciones que preceden al nacimiento del sujeto y lo predeterminan. De hecho, Lacan se apoya en las «estructuras elementales del parentesco» y en la noción de «eficacia simbólica» desarrolladas por la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss, y presenta, valiéndose de la analogía entre chamanismo y psicoanálisis, la idea de que el inconsciente está «vacío» y de que «impone leyes estructurales», en la estela de la escuela sociológica francesa, de Durkheim a

Mauss.² Pero, en rigor, se trata de una referencia a la relación esencialmente lingüística. En efecto, los fundamentos de ese «orden» son la prohibición del incesto y su correlato, el imperativo exogámico. Se comprende que lo simbólico se manifieste bajo la doble forma de la *prohibición* y de la *deuda*: el sujeto está apresado en un orden de intercambios que condiciona su ser. Es toda la dimensión de la «palabra plena» (véase *infra*, pág. 145), como palabra dirigida y palabra dada, la que confiere a lo simbólico su alcance de pacto: el prototipo está en el enunciado «Tú eres mi mujer». Tesis de alcance antropológico: «Esta exterioridad de lo simbólico con relación al hombre es la noción misma del inconsciente» (SPFP, *E 1*, pág. 450). En este punto, lo simbólico se conjuga con el Nombre del Padre por el sesgo de «la Ley primordial que, regulando la alianza, sobrepone el reino de la cultura al reino de la naturaleza, entregado a la ley del apareamiento» (FCPL, *E 1*, pág. 266).

Correlativamente, lo simbólico remite a la falta. Lo que aquí encuentra su lugar es también susceptible de faltar, como un libro en una biblioteca. Lo simbólico hace posible, pues, la ausencia, por lo mismo que hace sitio a la presencia: el «símbolo» se da como «el asesinato de la cosa».

En Freud, avaro del término sustantivado, la «simbólica» remite al fondo de la simbolicidad onírica (*Traumdeutung*). Hallamos además un hápax interesante: lo

² C. Lévi-Strauss, «L'efficacité symbolique», *Revue d'histoire des religions*, 1949, en *Anthropologie structurale*, I, Plon, 1958. Sobre el lazo con Durkheim, cf. Markos Zafiropoulos, *Lacan et les sciences sociales*, PUF, 2001.

simbólico (*Moisés y la religión monoteísta*, GW, XVI, pág. 241), en el que designa la aptitud innata del niño para el lenguaje. Idea que reaparece en Lacan con la categoría del «orden simbólico» y del lenguaje como preexistente a la individualidad.

4. Padre(s) real, imaginario, simbólico.

Un momento importante, y en el fondo inevitable, es aquel en que la categoría del Padre y la trilogía fundadora se articulan, lo cual tiene lugar en el Seminario sobre *La relación de objeto*.

El padre simbólico es «propiamente hablando impensable». Su ser reside en su Nombre, pero su Nombre es impronunciable. El «padre imaginario» es el agente de la privación, que, como veremos, es la falta real de un objeto simbólico. El padre «real», genitor, es el agente de la castración, que, según va a comprenderse, es la falta simbólica de un objeto imaginario (*infra*, pág. 114).

Digámoslo en términos más accesibles. El padre real es el genitor, aquel que está presente en la familia real. El padre imaginario es el que resulta «imaginado» en la identificación primaria, y fantasmaticado luego como padre todopoderoso en la salida del Edipo. El padre real sostiene con su «modesta persona» la función simbólica, por lo cual puede *cumplir función de* padre simbólico, que propiamente hablando no existe; es decir: no de otro modo que como «función», al ser el nombre del padre un «no» al goce de la madre. Además, por lo mismo que, para decirlo en términos crudos, es «el padre que hace trajinar a la madre», él garantiza al hijo un no saber sobre el goce que le permite desprenderse del afán de satisfacer a esta.

5. **El deseo, la Cosa y la Ley.** Se comprende por qué lo simbólico impone una definición del deseo en sus relaciones con la Ley, la cual requiere una mayúscula, de estructura más que de majestad: «Esta ley se da a conocer suficientemente como idéntica a un orden de lenguaje» (FCPL, *E 1*, pág. 266).

En cierto sentido, esta idea va más allá de la que es propia de la estructura trágica en la dialéctica edípica. Y esto se expresa en la problemática de *la Cosa*.

Esta dimensión se despliega con toda su fuerza (*infra*, pág. 148) en el período en que Lacan más acude al registro trágico, a fines de la década de 1950, en el Seminario sobre *La ética del psicoanálisis*. El movimiento ulterior irá más bien en la dirección de enfatizar la vacuidad de aquella instancia del Otro.

La noción de Cosa (*das Ding*) aparece en el *Proyecto de psicología científica* de Freud. Es, en «la experiencia de satisfacción», el encuentro de la fracción inasimilable que se revela tras la intervención del *Nebennensch*, la «persona muy al corriente» (PUF, págs. 376-7). Se desarrolla con la oposición de las «representaciones de cosas» (*Sachevorstellungen*) y de las «representaciones de palabras».

Lacan identifica a la Madre con *das Ding*, o sea el Objeto del goce originario perdido para siempre que «imanta» el deseo, así como el reverso de la Ley. Correlativamente, la sublimación consiste en «elevar el objeto a la *dignidad* de la “Cosa”» (*Ding*) (S VII).

6. De los «nombres del padre» a los «no incautos yerran»:* el «cuarto término». El Nombre del Padre, que organiza un operador capital, padece destinos verificables por su modificación. En cada década se asiste a una reescritura, y en tres oleadas:

- en 1953, el Nombre del Padre sale a la luz;
- a partir de 1963, el nombre del padre se pluraliza. La sesión única del 21 de noviembre del Seminario es titulada *Los nombres del padre*;
- en 1973-1974, aparece la expresión «*Les non dupes errent*», «Los no incautos yerran», traducción paródica de «*les noms du père*», «los nombres del padre». ¿Cómo entender la expresión, que parece una *parodia homofónica* del Nombre del padre inicial? Está destinada a significar que, para vincularse a lo simbólico, conviene ser incauto respecto del significante y/o de lo real, conviene dejarse engañar por ellos: Lacan llama a esto el «buen incauto». Si falta esa «*duperie*», esa «engañifa», es decir, si no se puede ser (útilmente, saludablemente incluso) engañado, el sujeto está condenado a la *errance*, «error» y a la vez «deambulación» (psíquicos), lo cual alude a formas clínicas diversas de desimbolización que culminan en la psicosis: el psicótico sería aquel que no logra (para su desgracia) hacerse incauto del significante. . .

* [Véase la nota de la traductora en «Introducción», pág. 22.]

«Los nombres del padre son eso: lo simbólico, lo imaginario y lo real. Son los nombres primeros. . .» (S XXII, 11 de marzo de 1975). La cuestión del Nombre del Padre se extiende de este modo y se especifica como problemática de la nominación o de la «función nominante»: «El Padre tiene tanto y tanto de ella que no hay Uno que le convenga, salvo el Nombre del Nombre del Nombre» («Préface à *L'Eveil du printemps* de Wedekind», *AE*, pág. 563).

Pero esta no es todavía la última palabra de Lacan: a partir de 1975, en *RSI* y *Le sinthome*, introduce un cuarto término, el síntoma (anotado como letra Sigma), del cual se sostienen los tres nudos (*infra*, pág. 163).

La evolución es de tal índole que el Nombre del padre se define como Efecto de agujero: «Un agujero, eso se arremolina, más bien engulle. Y luego hay momentos en que eso escupe, ¿qué cosa escupe? El nombre, el padre como nombre» (S XXII, 15 de abril de 1975). Ello no impide que «Haya Uno». . . (*infra*, págs. 167-8).

Un extraño silogismo puede servir de conclusión: «La hipótesis del inconsciente, Freud lo señala, no puede consistir sino en suponer el Nombre-del-Padre. Suponer el Nombre-del-Padre, esto es Dios. En lo cual el psicoanálisis, por tener éxito, prueba que del Nombre-del-Padre también se puede prescindir, a condición de servirse de él» (S XXIII, 13 de abril de 1976). Esta es la conclusión: el Nombre del Padre es de tal índole que *es preciso servirse de él. . . para poder prescindir de él. . .*

4. Lo real y sus funciones

El pensamiento analítico toca a lo real. Este enunciado abrupto debe ser considerado en forma escalonada. Significa primero que se trata de un saber del síntoma. Lo real se presenta a través del síntoma: este, indica Lacan, «viene de lo real», «él es lo Real», o al menos se presenta como «efecto de lo simbólico *en lo real*».

Esto sitúa decididamente al psicoanálisis del lado del saber científico, contra todo «idealismo», pero lo separa de él no menos radicalmente toda vez que la ciencia, al circunscribir la *realidad*, niega lo *real*; toda vez incluso en que ella forcluye al sujeto (*infra*, pág. 122).

De hecho, la noción de real es lo que da significación a la trilogía. Freud la toma en cuenta *more metapsychologico* con el nombre de «realidad psíquica»: «El inventó algo que llama realidad psíquica» (*S XXII*, 13 de enero de 1975). Lacan, por su parte, la somete a una teorización topológica: «El hizo el nudo de cuatro con esos tres. . .». En otros términos, en lugar de la «realidad psíquica» freudiana, Lacan postula ese nudo de lo imaginario, lo simbólico y lo real. El lugar del «conjunto» de lo Real se sitúa entre lo imaginario y lo simbólico (*infra*, pág. 158). En la forma topológica acabada, es llamativo que lo real, habiendo sucedido

a lo imaginario y a lo simbólico, aparece a la cabeza (*RSI*). La comunicación de Roma titulada «La tercera» (1° de noviembre de 1974) constituye la promulgación solemne de esta promoción de lo Real.

De lo «real» de la teoría del conocimiento (cf. lo real inasimilable de Emile Meyerson o de Henri Bergson)¹ a lo «super-real» del surrealismo, Lacan reflexionó sobre todo cuanto permite situar lo real como punto límite, como desenganche de la realidad. ¿De qué modo se articula este acento sobre lo real con el acento sobre el lenguaje? Dado que lo real es «lo que padece del significante». He aquí el «dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización» (RCJH, *E 1*, pág. 373). Ausencia de ausencia, en contraste con lo simbólico.

Para comprender esto es importante captar su génesis y sus avatares.

1. Lo real: del «retorno» a lo excluido. Según una primera definición que puede parecer mínima, lo real es «lo que vuelve al mismo lugar» (S VII, 23 de diciembre de 1959). Más radicalmente, lo real es «lo que vuelve siempre al mismo lugar, a ese lugar donde el sujeto en tanto que cogita no lo encuentra» (S IX, 30 de mayo de 1962). Lacan tiene el cuidado de aclarar que el acento ha de ponerse en «vuelve». Así, pues, lo real es ese retorno, esa (re)iteración, como indife-

¹ P.-L. Assoun, «L'inconscient au présent. Bergson avec Freud», en *Analyses et réflexions sur Henri Bergson. «La pensée et le mouvant»*, Ellipses/Édition Marketing, 1998, págs. 108-112.

rente a toda posición subjetiva. Se notifica como repetición insistente. Podríamos decir que lo real se llama «vuelve».

Es necesario justipreciar esto en el plano de la teoría del conocimiento: «Lo real no es de este mundo. No hay ninguna esperanza de alcanzar lo real por medio de la representación». Es, en este sentido, lo «in-mundo». Lo real, al mismo tiempo, no es «universal», en el sentido de que «sus elementos» no pueden «decirse todos» («La troisième», en *Petits écrits et conférences*). Mientras que lo simbólico es «lo que puede cambiar de lugar», lo real es «algo que encontramos siempre en el mismo lugar» (S II, 22 de junio de 1955). «Lo real carece absolutamente de fisura» (S II, 26 de enero de 1955), lo que equivale a decir que «no hay ausencia en lo real» (S II, 29 de junio de 1955). Lo real «no está oculto». Correlativamente, es lo que está excluido de lo simbólico. Encontramos su expresión adecuada en la psicosis (*infra*, pág. 139). Lacan puede apoyarse aquí en la idea freudiana de que «el problema no es el de la pérdida de la realidad, sino del resorte de lo que se sustituye a ella» (CPTPP, E 2, pág. 524). Pero tal fenómeno, a la vez límite y común, puede explicar el siguiente punto. Trátase del fenómeno de «la paz del atardecer», ese momento situado en el límite de la noche en que se acallan las voces y surge lo real, voz muda y «murmullo del exterior» (S III, 8 de febrero de 1956). Se trata de uno de los efectos de «franja» de lo real sobre la realidad. Adecuado para situar lo real en esos momentos de desimbolización: «Lo que no ha llegado a la luz de lo simbólico aparece en lo real» (RCJH, E 1, pág. 373).

2. Lo real como imposible. Digamos sumariamente que, antes del corte de 1964, lo real es el simple correlato de lo imaginario y de lo simbólico. Pero lo real es también lo «impensable», «lo que vuelve siempre al mismo lugar» (DR, *AE*, pág. 160).

En 1964, aparece como un registro propio. Lo real se muestra entonces caracterizable como lo «imposible», y esto se produce en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ya en el Seminario sobre *La relación de objeto* se había aludido a los vínculos entre real e imposible, por referencia a los desarrollos de Alexandre Koyré sobre el estatuto de la realidad según el principio de inercia de Galileo: el movimiento perpetuo es, en efecto, «imposible», y sin embargo él funda la física moderna. Lacan ve aquí el signo de un viraje radical: lo real como la propia figura de lo imposible. Esta «modalidad lógica» procede de su carácter «in-mundo», irrepresentable y no totalizador.

Lo real remite al encuentro fallido, entre el sueño y el despertar, como en el sueño donde el niño muerto dirige la palabra a su padre y lo despierta; y el padre comprueba entonces que el niño está ardiendo de veras («Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?»).²

3. Lo real de la *tyché* y el significante. Se trata, en otros términos, de la *tyché*, del azar en el

² S. Freud, *La interpretación de los sueños*, cap. VII, *GW*, II-III, págs. 513-5.

sentido de Aristóteles, al fundarse Lacan en una dualidad de conceptos aristotélica. En el libro II de la *Física* de Aristóteles encontramos esa oposición entre dos formas de azar, aquella por la que la acción alcanza una finalidad distinta de la prevista (*tyché*) y la acción que se produce mecánicamente (*automaton*). Lacan sitúa lo real del lado del azar puro (*tyché*), y refiere el significante al *automaton* (S XI, 12 de febrero de 1964). Para decirlo de otra manera, lo real es el trauma.

4. La lógica o la ciencia de lo real. El psicoanálisis es, en consecuencia, más allá del enunciado hegeliano «lo real es lo racional», «ciencia de lo real» como imposible: «Es por la lógica como este discurso atañe a lo real encontrándolo como imposible, en lo cual sólo este discurso la lleva a su potencia última: ciencia, he dicho, de lo real» (ET, AE, pág. 449).

La noción de «nudo borromeo», adquirida en 1972, permitirá pensar la conjunción de lo simbólico, lo imaginario y lo real, pero de ese modo el lenguaje se presenta «formando agujero», como «función de agujero» por la cual «el lenguaje opera su captura sobre lo Real» (S XXII).

5. Real y semblante. Lo real aparece finalmente como «el sentido blanco»; queremos decir que surge cual un «meteorito» en los «blancos» del sentido (S XXII, 11 de marzo de 1975; S XXIV, 10 de mayo de 1977). Dicho de otra manera: «La idea misma de real comporta la exclusión de todo sentido. Si podemos aprehender un poco lo real, es en la medida en que está vaciado de todo sentido». O

incluso: «No hay verdad posible como tal sino vaciando lo real».

6. La función de real. Vemos que estos «flashes» sobre lo real permiten asignarle su función central en el acto y en el saber analíticos.

Por una parte, lo real adquirirá su sentido clínico (*infra*, págs. 135-6) cuando se advierta, como lo dice Lacan en Roma en 1974, que «el análisis se ocupa muy especialmente de lo que no anda. . . , lo Real» (*Lettres de l'École freudienne de Paris*, nº 16, 1975, pág. 11). Resonancia de la idea según la cual «no hay causa sino de lo que cojea». Esto sitúa a lo real del lado del «*troumatisme*».* Sin perjuicio de comprobarse que el síntoma es «lo más real que tiene la gente». . . .

Por otra parte, lo real como lo imposible se enuncia también: «No hay relación sexual» (ET, AE, págs. 454-5).

Lo real cumple una función de atolladero, que Lacan expresa al mencionar el «cuestionamiento del ideal de salvación (. . .) en nombre del amor del Otro». Esto conduce, en efecto, a un atolladero: «Cuando se llega al extremo, es el extremo. . . , y esto es justamente lo interesante: . . . porque es ahí donde está lo real». Lo real es ese campo en el que «no se puede decir nada sin contradecirse» (S XXII, diciembre de 1974). Pero es también lo que no cesa de (no) escribirse. . . .

* Juego de palabras intraducible en el que se reemplaza el *trau-* de *traumatisme*, «traumatismo, trauma», por *trou*, «agujero». (N. de la T.)

Se puede situar aquí el *cuarto efecto de Lacan*: sustitución de la «realidad psíquica» por lo «real». ¡El mismo lo evoca humorísticamente como una «cáscara de banana» deslizada bajo los pies de Freud! Podemos decir que, con el sueño de la inyección de Irma (*La interpretación de los sueños*, cap. II), Freud localizaba el fondo de real (el fondo de la garganta). En la otra punta, Lacan declara que «lo real será siempre “incognoscible”» («*unerkenbar*») (*Esquema del psicoanálisis*, cap. 8, *GW*, XVII, pág. 127). Obsérvese que se emplea el término real (*das Reale*) y no el término realidad (*Realität*). Pero el esfuerzo de Lacan es liberarse de toda hipoteca dualista psique/realidad. Así pues, la «ganancia» de la trilogía está sin duda en que permite pensar una función *sui generis* de lo real.

Segunda parte



La matesis lacaniana. Otro, objeto, sujeto

Lo que distingue al pensamiento lacaniano del inconsciente es descifrarlo por medio de una notación literal: operadores del *objeto*, del *Otro* y del *sujeto*.

Si la trilogía SRI/RSI constituye la base geométrica (topológica) del «pensamiento-Lacan», Lacan elabora su álgebra por medio de S/A/a.* Ambas se entrecruzan, indudablemente, de modo que no es posible utilizarlas sino por los atajos de un plano al otro. De ahí que sea primordial fijar la significación de estos operadores que remiten, en su articulación, a la teoría del *deseo* cuya emergencia hemos apreciado. Esto equivale a aprender a escribir y dominar el juego con la letra: no se habla de *la misma cosa* según que se emplee la mayúscula o la minúscula. En la escritura lacaniana es decisivo distinguir el «pequeño otro (*autre*)» del «gran Otro (*Autre*)», dado el riesgo de confusión o de «anfibología», es decir, de mezcla de registros («dislexia» que produce efectos funestos en el acto analítico mismo). Y, precisamente para corregir ciertas confusiones posfreudianas, se requiere la escritura. La necesidad de di-

* S: sujeto; A: Otro (en francés, *Autre*); a: otro (en francés, *autre*). (N. de la T.)

ferenciar las letras por su tamaño es señal de una distinción imprescindible.

El esquema L habrá permitido posicionar al sujeto (barrado), al Otro y al pequeño otro según el desdoblamiento impuesto por lo imaginario (*ala'*) (*infra*, pág. 156).

Cabe preguntarse además en qué orden debe desenvolverse esta secuencia: ¿debe irse del sujeto al Otro (*via* el objeto), puesto que el sujeto es el primer eslabón? ¿O del Otro al sujeto (*via* el objeto), puesto que el Otro precede al sujeto?

Es verdad que, cronológicamente, Lacan se ocupó de precisar la función del Otro antes de especificar al sujeto como «dividido» y de poner al descubierto —*last but not least*— el objeto («a»).

De hecho, parece lógico partir del Otro, por cuanto es desde este lugar, y a fin de ordenar sus funciones, desde donde Lacan rompe con la ilusión psicológica, incluso en su variante intersubjetiva. Luego podrá ponerse al descubierto el objeto en su posición central, ya que Lacan sitúa aquí su aporte propiamente dicho. Por último, el sujeto es el punto donde la modificación antropológica se notifica en última instancia: es, pues, este *otro pensamiento* del sujeto el que merece concluir el despliegue de la mimesis lacaniana.

5. Figuras del Otro

Lacan introduce este término dotado de una mayúscula que notifica su función. La palabra, que no está ausente en Freud, adquiere en Lacan un relieve decisivo. Denominarlo así lo expone a introducir una función enigmática, metafísica y hasta teológica. De hecho, el término forma parte del régimen conceptual vigente en el uso ontológico-metafísico, y ello de Sartre a Levinas.¹ Además, se lo emplea para designar figuras diversas y hasta heterogéneas, de modo que es legítimo preguntarse: ¿qué es el Otro?

Lacan encontró en el referente hegeliano un recurso decisivo para fundar esta aprehensión del sujeto en la referencia al otro: sabemos, en efecto, que en la *Fenomenología del espíritu* el sujeto se constituye por referencia dialéctica con el otro, lo cual culmina en la dialéctica de la «conciencia de sí» y del «reconocimiento». Este momento determinante para el establecimiento de la intersubjetivación— en la década de 1950— va a ser superado empero por una concepción del Otro como antídoto al intersubjetivismo. Lacan,

¹ P.-L. Assoun, «Le sujet et l'Autre chez Lacan et Levinas. Ethique et inconscient», en *Rue Descartes*, n° 7, Albin Michel, 1993, págs. 123-45.

quien esgrime la intersubjetividad contra el objetivismo de la «relación de objeto», termina sometiendo la intersubjetividad misma a una seria impugnación: el eje es sin duda la relación del sujeto con el Otro, antes que la relación de sujeto a sujeto (aunque más tarde vayamos a encontrar esta cuestión a propósito del amor, *infra*, pág. 120).

1. La función de alteridad. Podemos fechar la introducción del «gran Otro» en el Seminario del 25 de mayo de 1955 (S II). Con el Otro según Lacan, se trata de algo muy diferente de un principio, se trata de un *lugar* o de una *localidad*: *die Idee einer anderer Lokalität* (Fechner) (S XI).

Por un lado, la referencia al Otro designa una simple «localidad» destinada justamente a evitar cualquier concepción «onto-teológica» o existencial del Otro (el prójimo). Tampoco es un «trascendental»; desde el momento en que el interrogante princeps de Lacan es «*desde dónde* eso habla», se impone la referencia al Otro como nombre de ese «lugar». Se trata del «lugar de despliegue de la palabra» («la otra escena», *eine andere Schauplatz. . .*) (DC, E 2, pág. 608; PVF, AE, pág. 167). Dicho de otra manera: «Ello habla en el Otro. . . designando por el Otro el lugar mismo que evoca el recurso a la palabra en toda relación en la que interviene» (SF, E 2, pág. 669). Por otro lado, hay que sostener la polisemia de la noción en su diversidad de coyunturas, aun cuando, para comprender su impacto, sea preciso poner cuidadosamente en serie sus «versiones».

Antes de detallar y ordenar las correspondientes figuras es preciso advertir, como mínimo, que

el Otro designa negativamente el principio de alteridad, o sea, todo aquello que no es reductible a la identidad o, mejor dicho, a la «mismidad». Lacan introduce, pues, al Otro cada vez que se trata de recordar que el sujeto no es su propio origen, o que no hay que dejarse polarizar y extraviar por el objeto, como Melanie Klein, la «tripera genial». Digamos que antes de que el sujeto sienta algo o entre en relación con un objeto, el Otro es *Lo que ya está ahí*. Se comprende también que el «encuentro» del Otro vaya a tener lugar en las oportunidades diversas en que el sujeto se sienta desestabilizado en su ipseidad.

La problemática del Otro está ligada a la del significante (en el sentido *supra*, pág. 66 y sig.). Introducir el Otro es, por lo tanto, recusar la autonomía de lo imaginario puro o, en otros términos, recordar la determinación de lo imaginario (*supra*, pág. 60) por lo simbólico (*supra*, pág. 83): el Otro es el lugar de origen del significante, aquello sin lo cual la imagen del cuerpo se queda sin significación.

Podemos fijar esta distinción de manera muy elemental destacando que si el registro del *significante* es el de la *enunciación*, el registro del *Otro* es el de la *invocación*. El inconsciente no es pensable sin esta *función invocante*.

La necesidad de esta referencia al Otro se notifica mejor gracias a esa especie de tautología negativa emitida por Lacan con una fórmula casi de encantamiento: «No hay Otro del Otro». Esta fórmula hace eco a: «No hay metalenguaje», en la vertiente del significante (*supra*, pág. 70). Otra manera de decirlo es: «Un significante falta en el

Otro». Lacan lo designa incluso como «el gran secreto del psicoanálisis» (S VI, 8 de abril de 1959). Idea retomada en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* (E 2), en 1975 (S XXII, 18 de marzo de 1975) y hasta el final: «De allí mis matemas, procedentes de que lo simbólico es el lugar del Otro, pero de que no hay Otro del Otro» (*Le Séminaire de Caracas*, en *L'Ane*, nº 1, 1981, pág. 31).

Todos los grafos (*infra*, pág. 156) harán figurar este Otro (A) en relación con el sujeto (S), lo cual define al inconsciente (en el esquema L); o sea, como A afectado por una barra (\overline{A}), como en el grafo del deseo, de lo que resulta el algoritmo S (\overline{A}).

2. Otro, deseo y simbólico: cuerpo y angustia. El Otro debe ser referido por principio al registro de lo simbólico: «El Otro, distinguido por una A mayúscula, bajo cuyo nombre designamos un lugar esencial a la estructura de lo simbólico», dice Lacan (PE, E 1, pág. 435). Ha de observarse no obstante que, en su relectura de la experiencia del espejo (*supra*, pág. 58), Lacan llega a señalar la importancia primordial de la referencia al Otro, o sea, a la «mirada del Otro» que el niño ante el espejo toma por testigo, signo del «asentimiento del Otro» (parental) (S VIII, 7 de junio de 1961). De la «relación con el Otro» el sujeto «recibe el “primer *seing* [«firma»], *signum*”» (S VI, 11 de noviembre de 1958).

El Otro designa el lugar de la palabra, solidario por esta razón de la categoría de lo simbólico (*supra*, págs. 83-5). Debe comprenderse que este tercero testigo de la verdad es el lugar referente de la verdad de la palabra entre dos sujetos: «El

Otro es el lugar donde se constituye el yo [je] que habla con el que escucha» (CF, *E 1*, pág. 413). Podría verse aquí, pues, la designación del *código*, si estuviésemos en una simple teoría de la comunicación. Pero en realidad se trata del «tesoro de los significantes, saber supuesto de la multiplicidad de combinaciones significantes».

La mayúscula designa fundamentalmente esa dimensión simbólica, mientras que el otro con minúscula, el «pequeño otro», remite a lo imaginario (*supra*, pág. 60): *De un Otro al otro*, según el título del Seminario de 1968-1969. En frente, el Otro con mayúscula, como lo aclara este seminario a él consagrado, es asimilable al «conjunto vacío», matemático, cuya enunciación hace posible toda enunciación acerca de un conjunto y que incluso hace posible un «cálculo» en el sentido de la «teoría de los juegos».

Pero, en el otro extremo, el Otro llega a ser identificado con el *cuerpo*. El afecto más apto para hacer surgir al Otro es la angustia, caracterizada como «la sensación del deseo del Otro».² Esto es lo que se produce cuando «falta la falta» o, en otras palabras, cuando el sujeto se encuentra en la imposibilidad puntual de «apoyarse sobre la falta». Hay que reconocer «la angustia que el Otro (con A mayúscula) inspira por no ser un semejante» (DC, *E 2*, pág. 595); lo cual hace posible una nueva lectura de la serie dialéctica freudiana inhibición/síntoma/angustia.

² P.-L. Assoun, *Leçons psychanalytiques sur l'angoisse*, Anthropos/Economica, 2002, pág. 81 y sig.

3. Necesidad, demanda y deseo. La necesidad, la demanda y el deseo son considerados, pues, desde el Otro. La demanda muestra la sujeción de la necesidad a ella, su alienación intrínseca. Lo que instituye al Otro es la relación con la demanda de amor. Y sólo por el paso de la demanda al deseo se constituye el deseo del Otro. Esta relación no es posible sino por mediación del *falo*, significante del deseo (*supra*, pág. 70).

De ahí la fórmula gnómica: «El deseo del sujeto es el deseo del Otro». Tesis que debe entenderse en su radicalidad antropológica: «el deseo del hombre» no es otro que «el deseo del Otro».

Es preciso examinar de cerca esta dialéctica ternaria. La necesidad es definida y material, perteneciente al plano biológico. La demanda, que surge en el momento de satisfacción de la necesidad, se dirige al Otro y revela ser indefinida: es propiamente «sin fondo», como el tonel de las Danaides, puesto que el sujeto demanda más allá de la satisfacción de la necesidad. Ella procede de «una desviación de las necesidades del hombre por el hecho de que habla, en el sentido de que en la medida en que sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él alienadas» (SF, *E 2*, pág. 670). El deseo se introduce como más allá de la demanda: de hecho, el deseo «no se demanda». Aunque capturado en ella, se revela como relación con una falta calificada: «A lo incondicionado de la demanda, el deseo sustituye la condición “absoluta”» (SF, *E 2*, pág. 671).

La dialéctica de la demanda y del deseo —en su tensión neurótica (*infra*, pág. 138)— hallará

una figuración topológica con la figura del toro (*infra*, pág. 161).

4. La identificación: Otro y «rasgo unario». Lo que inscribe al Otro simbólico en la imagen es localizable por la *identificación*. Es preciso volver a la experiencia del espejo para destacar la importancia de la referencia a la mirada de (desde) el Otro. Este Otro se introyecta por un «rasgo unario» (*einzigiger Zug*) que Freud determina como una característica de la operación identificatoria.

Freud indicaba que «en las identificaciones, el yo copia una vez a la persona no amada, la otra vez, por el contrario, a la persona amada». «Tampoco debe escapársenos que la identificación es, las dos veces, parcial, extremadamente limitada o toma tan sólo un rasgo de la persona-objeto» (*Psicoanálisis de las masas y análisis del yo*, cap. VII, GW, XIII, pág. 117). Pero se comprende de qué modo, al reemplazar «único» por «unario», Lacan realiza un pasaje al límite de la idea freudiana mediante una acentuación «estructural».

Obsérvese que, en el comienzo de este ensayo, Freud emplea el término «el otro» (*der Andere*), y no simplemente eso otro (*das Andere*), que remitiría a ese «pedazo extraño en nosotros» que es el inconsciente. El contexto lo constituye su propia «psicología social»: el «Otro» designa la figura de idealización y de identificación: «En la vida psíquica del individuo, el otro (*der Andere*) viene regularmente a la consideración como modelo, como objeto, como ayuda y como adversario» (GW, XIII, pág. 73).¹ Se trata, pues, del punto de articulación entre lo individual y lo colectivo.

¹ P.-L. Assoun, *Freud et les sciences sociales. Psychanalyse et théorie de la culture*, Armand Colin, «Cursus», 1993.

Lacan ve, por su parte, «la figura develada. . . de la identificación» (S IX, 13 de diciembre de 1961). De manera explícita toma el rasgo unario de la teoría matemática de conjuntos (S IX, 6 de diciembre de 1961): «No hay necesidad de todo un campo de organización y de una introyección masiva. Este punto del rasgo único, este signo del asentimiento del Otro, basta que el sujeto vaya a coincidir con él en su relación con el Otro para que ese pequeño signo, ese *einzigiger Zug* esté a su disposición» (S VIII, 7 de junio de 1961). Esto aclara sobre todo la función del *nombre propio* (*supra*, pág. 88).

Podemos distinguir entonces la «introyección simbólica» —del lado del *ideal del yo*— de la «proyección imaginaria» —del lado del *yo ideal*—, distinción a la que Freud da un valor menos inequívoco o más fluctuante.³

5. Sujeto y Otro: «¿Qué quiere (de mí) el Otro?». La introducción de la noción de Otro tiene el propósito de «disipar definitivamente el malentendido del lenguaje-signo» (FCPL, *E 1*, pág. 285). La concepción de la comunicación se ve invertida, hay que decirlo, por su definición humorística: «El lenguaje humano constituiría pues una comunicación donde el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida» (FCPL, *E 1*, pág. 287). Esto merece figurar en posición liminar en los *Escritos*: «En el lenguaje, nuestro mensaje nos viene del Otro. . . bajo una

³ P.-L. Assoun, *L'entendement freudien*, Gallimard, 1984, cap. V, «La fonction d'idéal», págs. 183-230.

forma invertida» («Obertura de esta recopilación», *E 1*, pág. 3). En otros términos: «El sujeto recibe del Otro su propio mensaje invertido».

Esto constituye al sujeto en *Che vuoi?*, «¿Qué quieres?». Sabemos que Lacan encuentra en *El diablo enamorado*, relato de Jacques Cazotte (1772), aquel significante que viene a resumir toda la tensión existencial deseante: el sujeto inconsciente se organiza alrededor de esta perplejidad radical: «¿Qué quiere el Otro de mí?». Mencionado por primera vez el 6 de febrero de 1957 (*S IV*), será examinado y cuestionado hasta el final de la obra.

6. El Otro como goce: cuerpo y Femenino.

Lacan termina por postular, en 1967, que «ese lugar del Otro no debe ser tomado en otra parte que en el cuerpo» (*S XIV*, reseña del Seminario, *AE*, pág. 327).

Correlativamente se dibuja la idea de un «gocce del Otro» o de «Otro goce», alternativo al goce en cierto modo común, «fálico». Gocce suplementario (y no complementario) de la mujer (véase *infra*, pág. 115): «El goce del Otro está fuera del lenguaje, fuera de lo simbólico» (*La tercera*).

Ahora bien, esto implica un más allá o un más acá del Nombre del Padre: «Cómo saber si. . . el Padre mismo, el padre eterno de todos nosotros, no es sino Nombre, entre otros, de la Diosa blanca, aquella que se pierde en la noche de los tiempos, por ser la Diferente, lo Otro para siempre en su goce. . .» (Prólogo a *L'Eveil du printemps*, 1974, *AE*, pág. 563).

Así se confirma la polisemia rigurosa: del Otro simbólico al Otro Goce, pasando por el Otro materno.

6. Potencias del objeto

Lacan hace surgir un objeto inédito que él llama «a» (pronúnciese, en francés, «petit *a*»): «La indicación del objeto *a* mediante un signo algebraico apunta a la posibilidad de emprender construcciones y de sugerir investigaciones» («Intervention dans le Congrès d'Aix-en-Provence», 1972, *Lettres de l'AFP*, vol. 13). Este concepto heurístico —a construir—, que es cualquier cosa menos empírico, hace al principio de la *empereia* analítica: «El objeto *a* está presente por doquier en la práctica del analista, pero nadie (puede) verlo» (*S XIII*, 5 de enero de 1966). El «objeto *a*», pues, no se «ve», pero está copresente en la praxis analítica. El propio Lacan va a decirlo y compromete en ello su acto mismo. Ahora bien, ¿cómo «definirlo»? «Si fuera tan fácil hablar de él —dice Lacan— lo llamaríamos de otro modo que objeto *a*» (*AE*, pág. 366). Al menos podemos y debemos aproximarnos a él con el movimiento que le impone a su «inventor».

1. La invención lacaniana. Con la noción del «objeto *a*» tocamos, según su propio decir, el propio núcleo del aporte lacaniano. Es en 1966, al principio de su Seminario sobre *La lógica del fantasma*, cuando Lacan afirma solemnemente ha-

ber inventado el objeto *a* y dice que constituye su aporte fundamental a la teoría analítica (16 de noviembre de 1966). Esto sería, pues, lo que él «inventó». Parece llegado entonces el momento de reivindicar la originalidad, el punto de impacto propiamente lacaniano. Todo lo demás —no desdenable, de lo especular al Nombre del Padre e incluso a lo real— debería ceder la precedencia a esta avanzada. Estamos así en el epicentro del terremoto que Lacan desata en el mundo analítico.

Pero, para caracterizarlo, hay que volver a la andadura que condujo a tal penetración en la cuestión del objeto. Lacan dice también, con exactitud: «El objeto *a* es mi elaboración, mi *construcción*» (1972). «Hay objeto (*a*). El *ex-siste* ahora, puesto que lo he construido» (*Note italienne*, 1973, *AE*, pág. 309). ¿Cómo llegó Lacan a hacerlo «existir»?

Por un lado, Lacan va a disputar largamente con las versiones anteriores del objeto. Es sabido que, en Freud, el objeto es en primer lugar el de la pulsión. En Melanie Klein, el «objeto parcial» (K. Abraham) adquiere todo su relieve en el marco de las «posiciones» y de las fantasías correlativas. En cuanto al «objeto transicional» de Winnicott, Lacan reconoce en 1968: «Fue partiendo de él como formulamos primeramente el objeto *a*» (*S XV*, reseña, *AE*, pág. 379).

Por otro lado, sabemos que la cuestión de lo imaginario impuso esa idea de un «pequeño otro», o sea, lo que se forma en el espejo como «precipitado» especular (*supra*, pág. 60). El cambio decisivo está en considerar que, más allá de este objeto imaginario, hay un «objeto de deseo». Este último

es incluso «inespecularizable». En otros términos: «El mosaico de los objetos *a* resultó impropio para cualquier yoización» (S X, 9 de abril de 1963).

Es esencial comprender que este objeto es en realidad objeto *para* el deseo: el «objeto *a*» expresa el *objeto-causa* del deseo. Esto va a aparecer en 1958-1959 en *El deseo y su interpretación*, antes de ser nombrado en 1960. El propio Lacan sitúa el surgimiento del «objeto *a*», simbólicamente, al final de los *Escritos*, como si fuese el punto omega de estos.

2. La «relación de objeto» a prueba: frustración, privación, castración. Para comprender esta avanzada, conviene remontarse al origen. Lacan abre la senda a su concepción del objeto a través de una acerada crítica de la «relación de objeto», concretada en el Seminario epónimo de 1956-1957, pero iniciada ya en los comienzos mismos de su enseñanza (S I, mayo-junio de 1954). Se produce en el momento cuando «relación de objeto» ha pasado a ser una «rúbrica», bajo sus formas diversas, de M. Balint a M. Bouvet, antes de que R. Fairbairn la sistematizara. Al margen de su diversidad, para estas teorías se trata de concebir el objeto como integrado y finalizado por el amor genital (Bouvet). De modo inverso, se llegará a separar el objeto de la libido, de modo que lo esencial sería mantener la relación con el objeto y no la satisfacción pulsional (Fairbairn).

Sabemos que Freud hace del término *Objekt-beziehung* un uso parsimonioso y que, en su caso, se trata ante todo del objeto de la pérdida (melan-

cólica). Lacan va a radicalizar esto como objeto de la falta: el ego es «frustración de un objeto donde su deseo está alienado» (FCPL, *E 1*, págs. 239-40). Tal «teoría de la falta de objeto» se articula mediante la distinción entre la *modalidad* de la falta y la naturaleza del *objeto* de la falta, distinción fundamental para evitar confusiones, pues un efecto de ellas es que se descalifique el eje de la castración en provecho del objeto oral, a causa de la tendencia del psicoanálisis posfreudiano a poner las relaciones del sujeto y del objeto «bajo la insignia de la Leche Buena». . .

Emergen de este modo tres figuras: la *frustración*, falta imaginaria de un objeto real; la *privación*, falta real de un objeto simbólico, y la *castración*, falta simbólica de un objeto imaginario.

La clave de esta distinción es no mezclar las «faltas», mezcla que conduce sobre todo a meter la frustración en todos lados y a eludir la castración: carencia primordial, según la vara de la clínica freudiana. El efecto de este distingo es sin duda centrar la cuestión en la castración. De este examen resulta con claridad que el falo es significativo del deseo, tema que será desarrollado paso tras paso en los años 1957-1959.

Por último, se torna de este modo posible establecer correspondencias entre las modalidades de la falta y los «otros» como «operadores»: así, pues, el agente de la frustración es «la madre simbólica», por cuanto su organizadora es la madre en su ir y venir, en la pulsación de su presencia/ausencia; el agente de la privación es «el padre imaginario»; el agente de la castración es «el padre real» (categorías definidas *supra*, pág. 85).

3. Destinos del objeto *a*: entre Otro y falo.

Una vez que hizo saltar el «tapón» de la «relación de objeto», Lacan queda en condiciones de poner nombre a «su» objeto, «*a*».

Esto supone en el principio una operación compleja y a continuación una serie de consecuencias de no menor riqueza. La dialéctica de la *separación* y de la *alienación* permite dar cuenta de esta doble relación. Como vimos, hay alienación desde el momento en que el sujeto está representado en el significante (*supra*, págs. 71-2, e *infra*, págs. 124-5); pero, puesto que sólo puede constituirse como sujeto desprendiéndose del Otro, hay separación.

El papel decisivo de acelerador lo desempeñó la cuestión del *fantasma*, como se presiente ya en *Las formaciones del inconsciente*. Debe advertirse que «el sujeto es esos objetos (pecho, excremento, falo) según el lugar donde funcionan en su fantasma fundamental»* (DC, E 2, pág. 594). Correlativamente, aparece la dialectización del objeto *a* con el falo, como lo revela *El deseo y su interpretación*. Si el intercambiador de los objetos es cabalmente el objeto fálico, «el pequeño *a* es el A menos *phi*» (22 de marzo de 1961); en este carácter, resultado de una resta. Lo cual se especifica con el «agalma» que provee el precursor del objeto *a*, en lo que atañe a la transferencia.

* Al transcribir las citas de los *Escritos* de Lacan, sustituimos la palabra «fantasía» —cuando es traducción de *fantasme*— por «fantasma», más o menos impuesta por el uso en el área hispanohablante. Esta sustitución no debe ser considerada como una toma de posición respecto de la traducción de dicho término francés. (*N. de la T.*)

En realidad, el «objeto a » no carece de relación con el «objeto parcial», e incluso la confrontación con el kleinismo posibilitó la maduración de la teoría del objeto: de hecho, mientras se lo compara con lo «incorporal» de los estoicos, por otra parte es puesto en relación con los «apéndices del cuerpo» y con los «orificios corporales»: «En cuanto seleccionado en los apéndices del cuerpo como índice del deseo, es ya el exponente de una función, la de índice levantado hacia una ausencia. . .» (OIDL, *E 2*, págs. 661-2). La primera lista de los objetos a —«pezón, escíballo, falo (objeto imaginario), flujo urinario»— confirma que el objeto a «es el hecho de un corte favorecido por el rasgo anatómico de un margen o de un borde: labios, “cercado de los dientes”, margen del ano, surco peniano, vagina, hendidura palpebral, incluso cornete de la oreja». Pero a esto hay que añadirle «el fonema, la mirada, la voz» e incluso. . . «el nada» (SSDDIF, *E 2*, págs. 797-8).

El pasaje al límite decisivo es aquel en que el «objeto a » se ve reconocido, más allá del «objeto parcial», como objeto no representable e inespecularizable.

4. El objeto de la pulsión. Desde aquí podemos volver al objeto de la pulsión. Como hemos visto, la *Trieblehre* freudiana resulta de algún modo desestimada por la teoría del significante y relevada por el «objeto a », pero esto no implica en absoluto que Lacan renuncie a utilizar la idea de pulsión. La teoría del objeto adquiere una dimensión nueva merced a su articulación con la dualidad de la demanda y el deseo. Esta sistematiza-

ción aparece en *El objeto del psicoanálisis*: el objeto oral es el objeto de la *demanda al Otro*, mientras que el objeto anal es el objeto de la *demanda del Otro*. De manera simétrica, el objeto escópico es el objeto del *deseo hacia el Otro*, mientras que el objeto vocal es el objeto del *deseo del Otro*. Dos objetos aptos para emblematizar esta función: el objeto de la *mirada* y el objeto de la *voz*.¹

De la pulsión, concepto fundamental de la metapsicología, Lacan hace un uso particular por el que se describe un circuito: la pulsión alcanza la meta (*goal*) de satisfacción dando una vuelta alrededor de ella. Su trayecto (*aim*) consiste, pues, en rodear el agujero. He aquí una manera de sistematizar y radicalizar lo que Freud señalaba, esto es: que parece haber en la pulsión (sexual) algo «no favorable a la satisfacción».

«Sabemos para qué sirve, dice Lacan de su objeto (*a*), el envolverse de la pulsión por la cual cada uno se apunta al corazón y sólo lo alcanza de un tiro que lo marra» (*Note italienne, AE*, pág. 310).

Correlativamente, la libido es homologada a la «laminilla», «parte faltante», órgano «irreal» (S XI). El objeto *a* conoce así una renovación. La fenomenología de Merleau-Ponty, cuya importancia ya hemos mencionado (*supra*, pág. 33), permitirá despejar ese papel del objeto *a* como ausencia, entre visible e invisible. Significante y objeto *a* consagran la ruptura con el modelo biologista de la pulsión: «Las pulsiones son el eco en el cuer-

¹ P.-L. Assoun, *Le regard et la voix. Leçons de psychanalyse*, 2ª ed., 2001.

po del hecho de que hay un decir» (S XXIV). Pensemos también en la «heterología» de Georges Bataille, cuando despeja aquel objeto puro del «gasto», «parte maldita» del deseo humano.

5. El objeto del deseo y sus figuras. Al situar el objeto *a* del lado del deseo, de la falta y de lo real —radicalizando así la concepción freudiana de la pérdida de objeto (*Duelo y melancolía*)—, Lacan reafirma el foco inicial de su teoría. Rompe sin embargo con su concepción trágica del deseo, que en 1959-1960 había culminado en *La ética del psicoanálisis*.

Aquí aparece un aspecto numerológico: el objeto *a* «porta, en efecto, el número consigo como una cualidad» (S IX, 20 de junio de 1962). El sentido de esto lo da un ejemplo clínico: el número de los lobos en los que culmina el sueño-fantasma del Hombre de los Lobos. He aquí la «cifra»: Lacan llegará a identificarlo con el «número de oro», por lo mismo que este lleva a la expresión cifrada cierto inconmensurable (S XIV, 1967).

Pero la esencia paradójica del objeto *a* se revela cuando se lo identifica con el «rien» [«nada»]. Es sabido que el término viene de *rem* («algo»): es, a un tiempo, «el objeto que falla» (*E 2*, pág. 837)* y *el* «algo». . . Así, pues, lo más definido que se puede decir del «objeto *a*» es que es. . . (el) nada. Pero Lacan habla también de «cierta inmunidad a la negación» del objeto *a*: «Lo que conduce a la instauración del acto analítico» es «lo que hay de innegable en este objeto *a*» (S XV, 20 de marzo de

* Traducción modificada por nosotros. (*N. de la T.*)

1968). Debe tomarse esto a la letra, como la ironía del deseo humano, legible en sus destinos, de la *identificación al fantasma*, pasando por la *angustia* y el *masoquismo*.

6. Objeto *a* y «plus de goce»: goce, deseo, amor. Encontramos el *goce* como reverso del objeto, «única óptica confesable por nosotros» (S XIV).

El recurso al *agalma* en el Seminario sobre *La transferencia*, sesión del 1º de febrero de 1961, consagra este encuentro del objeto *a* y el goce. El *agalma* —ese objeto precioso y brillante— es, en efecto, el objeto-*causa* del deseo, el tesoro que Sócrates «contiene». La referencia a la «plusvalía» (*Mehrwert*) marxiana² lo especifica a partir de 1968 como «plus de goce» (S XVI).

Puede decirse que la categoría de goce encuentra aquí su fundamento. La noción misma estará sujeta a reacomodamientos que es importante precisar.

La noción aparece en el Seminario sobre *Las formaciones del inconsciente*, el 5 de marzo de 1958, aunque hayamos detectado su existencia en la experiencia especular (*supra*, págs. 62-3). El término, que remite a un régimen complejo de lo hedónico, resulta especificado por Lacan con referencia a Hegel: fue este quien introdujo la noción de goce a través de la oposición de los dos goces, el del amo y el del esclavo (S XIV, 31 de mayo de 1967). Pero de ese modo se instala la dualidad del

² P.-L. Assoun, «Marx, clinicien de l'histoire», prólogo a *Marx et la répétition historique*, PUF, 1999.

deseo, relación con el otro, y del *goce*, relación con el objeto.

Correlativamente, el goce se instituye en una doble referencia al *lenguaje* y al *cuerpo*. El ser hablante está separado del goce del cuerpo por el hecho mismo de hablar, pero al hacerlo goza del sentido, de tal modo que una parte de este goce pasa a las palabras y a la «*parlure*».* Otra manera de decirlo es que el sujeto está apresado entre el Otro del goce —el Cuerpo— y el Otro del lenguaje, goce del «hablaser». El goce está ligado a la «operación de cifrado» (S XXI, 20 de noviembre de 1973).

Lo cierto es que el goce se escinde entre goce fálico —propriadamente «fuera del cuerpo»— y goce del Otro u Otro goce, lo cual cobrará sentido en la mimesis de la relación sexual (*infra*, pág. 166). Ahora bien, el objeto *a* es el que separa el goce del cuerpo o goce del Otro, del goce fálico: «La cosa más sorprendente es que este objeto, el “a”, separa ese goce del cuerpo (“goce de la vida”) del “goce fálico”» (TER, 1974). Entendamos que participa a la vez del «fuera del cuerpo» y del Cuerpo.

Podemos apreciar sus efectos. Por un lado, el síntoma es a la vez formación significativa y enquistamiento de un goce. Por el otro, «el amor que consiste en dar lo que no se tiene a alguien que no lo quiere» (S XII, 17 de mayo de 1965) es también «lo que permite al goce condescender al deseo» (S X, 13 de marzo de 1963). De ahí la su-

* Término intraducible que designa hablas particulares, sea de determinadas áreas francófonas, sea de sectores socioculturales específicos. (*N. de la T.*)

prema paradoja de la fórmula del amor como destinación al otro: «Te pido que rechaces lo que te ofrezco, porque no es eso. . . o sea el “objeto a ”» (S XIX). La demanda es inconmensurable a la oferta y vuelve hacia el otro como demanda. . . de rechazo, que designa al «objeto a » como lo que sostiene el más allá de la demanda, o sea el deseo. Es, en este carácter, el ausente irremplazable. . .

7. Funciones del sujeto

Esta noción, refutada durante mucho tiempo por el pensamiento estructural, que se consideraba «sin sujeto», es recurrente en Lacan. Con la articulación imaginario/simbólico, Lacan mostró que «el Yo no es una vez más sino la mitad del sujeto» (VCT, *E 1*, pág. 333). De este modo emerge «el sujeto verdadero, es decir, el sujeto del inconsciente» (ICJH, *E 1*, pág. 357). Llegará a promulgar el «ser del sujeto» como «puesto en el centro» del programa del Seminario (*S XII*, 5 de marzo de 1965, *AE*, pág. 199).

Se trata, en el sentido más radical, de una «hipótesis», es decir, no de una simple conjetura sino de lo que debe ser puesto (tesis) bajo (hipo-) el inconsciente o el deseo: queremos decir, en su base estructural. El análisis no se sostiene sino de esta hipótesis radical del sujeto. Ahora bien, si no puede pasarlo por alto, paga caro su mantenimiento.

Considerada a la luz de la metapsicología freudiana, esta noción de sujeto se revela a la vez discreta y necesaria. Freud habla primero en términos de objetividad: la consideración del narcisismo y de los destinos de las pulsiones y, más radicalmente, el problema de la «escisión del yo» (*Ichspaltung*) coinciden, no de manera fortuita, con el ascenso de una «función de sujeto».

1. Sujeto y ciencia del inconsciente. Un hito decisivo es el momento en que Lacan, tras haber subrayado que la experiencia del espejo «nos opone a toda filosofía derivada directamente del *Cogito*» (EEFFY, *E 1*, pág. 86), afirma que el sujeto del psicoanálisis es «el sujeto de la ciencia», lo cual reaviva el postulado cartesiano: «Su praxis —señala, a propósito del analista— no implica otro sujeto que el de la ciencia» (CV, *E 2*, pág. 842).

Allí donde, en el debate sobre la locura y el *Cogito*,¹ Foucault presentaba la instauración de la razón cartesiana como excluyente de la locura, Derrida recuerda que el «yo pienso» era el presupuesto de la locura. Lacan confirma este punto pero inscribiendo aquí el pensamiento de la división (*infra*, pág. 127). Ese sujeto, en su relación con el objeto del deseo y con el Otro, debe ser concebido como radicalmente dividido: «El drama del sujeto en el verbo es que hace en él la experiencia de su falta-para-ser. . .» (OIDL, *E 2*, pág. 635).* El debate con Jean Hyppolite (febrero de 1954, I/RCJH) da ocasión a Lacan para sostener que en el fenómeno de la *Verneinung* se revela del modo más patente la posición del sujeto. Ella impone una revisión de la teoría del juicio. Debemos circunscribir, pues, las figuras del sujeto en la dinámica de la subjetivación.

En efecto, al examinar la «paradoja de los prisioneros» en *El tiempo lógico y el aserto de certi-*

¹ M. Foucault, *L'histoire de la folie*, Postface; Jacques Derrida, «*Cogito et histoire de la folie*», en *L'écriture et la différence*, Le Seuil, 1967.

* Traducción modificada por nosotros. (*N. de la T.*)

dumbre anticipada (1945), Lacan pone al descubierto la dialéctica temporal de la subjetivación en sus tres tiempos: «instante de la mirada», «tiempo para comprender», «momento de concluir». Resultan de ello tres figuras: «La forma general del sujeto noético», que se expresa en el «se» de «se sabe que»; «la forma personal del sujeto del conocimiento», que se expresa como *aserto subjetivo*, «forma lógica esencial del yo [je] psicológico»; por último, el *acto* por el cual se manifiesta lo que resultará ser el sujeto inconsciente propiamente dicho (*E 1*, págs. 197-8), sujeto en acto. . .

2. Sujeto y significante. Uno de los efectos de la teoría del significante (*supra*, págs. 71-2) es considerar ahora al sujeto como «efecto del significante», de modo que: «El significante determina al sujeto» (*S IX*, 30 de mayo de 1962). Lacan introduce la fórmula clave en el coloquio de Royau-mont sobre la «dialéctica» (septiembre de 1960): «El sujeto es representado por un significante para otro significante» (*SSDDIF, E 2*, pág. 799), que desarrollará en el seminario sobre *La identificación* (*S, IX*, 6 de diciembre de 1961). Esta función sujeto separa al *signo* —que «representa algo para alguien»— del *significante*, que «representa al sujeto para otro significante» (*S IX*, 24 de enero de 1962).

Esto quiere decir que el *sujeto de la enunciación* no es el *sujeto del enunciado*: este último es caracterizable como intención de significar (algo). El sujeto de la enunciación, en cambio, está alienado en el registro del significante y es reenviado sin cesar a otro significante (en el sentido descrip-

to *supra*, págs. 67-8), de modo que resulta proferido por el lenguaje. Es homologable al «*shifter*» o «indicativo que en el sujeto del enunciado designa al sujeto en cuanto que habla actualmente» (SSDDIF, *E 2*, pág. 779). De esta manera, en la fórmula «expletiva» —«temo que él *no* vaya a venir»—, se traiciona en cierto modo, en el corazón mismo del enunciado, el sujeto de la enunciación en su «discordancia».

En otros términos: «El efecto de lenguaje es la causa introducida en el sujeto (. . .) su causa es el significante sin el cual no habría ningún sujeto en lo real. Pero ese sujeto es lo que el significante representa, y no podría representar nada sino para otro significante». Dicho de otra manera: «Al sujeto (. . .) no se le habla. “Ello” habla de él. . .» (PI, *E 2*, pág. 814).

Recordemos que el principio de la «asociación libre» freudiana es encomendarse a la «batería de significantes» del sujeto locutor para recibir de ella efectos de revelación de su propio deseo insabido. Esto significa que «el significante es exigido como sintaxis anterior al sujeto para el advenimiento del sujeto. . .» (*Maurice Merleau-Ponty*, 1961, *AE*, pág. 182).

Se advierten las consecuencias: el sujeto no es tal que «use el lenguaje», sino que «surge de él» (S XII, 10 de marzo de 1965). Pero, como contrapartida, no hay mística del Significante (como podría darlo a entender cierto uso del «lacanismo»), toda vez que sus destinos se disponen según un sujeto, «efecto de lo dicho» (ET, *AE*, pág. 472). El inconsciente anuda el sujeto al lenguaje: «La cuestión

que nos plantea el inconsciente es un punto que toca lo más sensible de la naturaleza del lenguaje, es decir, la cuestión del sujeto» (*De la structure en tant qu'immixtion d'un Autre préalable à tout sujet possible*).

3. El sujeto barrado, el Otro y el objeto: el fantasma. El sujeto y el Otro entran en relación según dos operaciones que imponen un vínculo correlativo con el objeto: la alienación y la separación (*supra*, pág. 115). Para ex-sistir, el sujeto debe tanto alienarse en el objeto como desprenderse del Otro.

Esto es lo que organiza todo el proceder analítico como señalamiento de la dialéctica subjetiva. Pero se revela eminentemente a través del estatuto del fantasma.

El sujeto se presenta en su relación con el Otro $S(\bar{A})$ y con el objeto, practicada de modo electivo en el fantasma, bajo la escritura $S \diamond a$, que se leerá «S barrado punzón a ». Con el reenvío a la función objeto (*supra*, pág. 116), se destacará lo que el fantasma enseña sobre el sujeto: este interviene como «barrado», es decir, dividido «frente al» objeto a , objeto de la falta.

El «punzón» cumple aquí un papel decisivo. Este signo \diamond inventado por Lacan y utilizado constantemente, desde *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* hasta *La lógica del fantasma*, o sea de 1960 a 1966, designa a la vez la disyunción / conjunción (el *vel* de la alienación) y la relación «mayor / menor». El «pequeño a » aparece a la vez como resto, como soporte en el *fading* del sujeto y correlativamente con el desfallecimiento

del Otro. En efecto, el fantasma pone coto al «desvalimiento» frente a la vacuidad del Otro.

4. El sujeto dividido: función sujeto e inconsciente. Decir que hay una «función sujeto» es indagar en las modalidades de la «defensa» de otro modo que como mecanismos de defensa: *Verdrängung*, *Verneinung*, *Verwerfung*, *Verleugnung* son posturas diversas de la subjetividad inconsciente. De esto resulta el ser dividido del sujeto. El sujeto lacaniano lleva, pues, «barra oblicua de noble bastardía» (DC, *E 2*, pág. 614). Se alcanza aquí la tesis más elocuente para el uso de la teoría: «Esa *Spaltung* última por donde el sujeto se articula al Logos» (DC, *E 2*, pág. 622), «esquizia» que se revelará como efecto del objeto *a*.

Lacan podía apoyarse con toda amplitud en el concepto freudiano de «escisión del yo» (*Ichspaltung*). De hecho, el yo es susceptible de mantener una escisión en virtud de una posición doble, de reconocimiento y renegación de la castración (*La escisión del yo en el proceso defensivo*, 1937), pero a costa de *se fendre* [«hendirse»] (*Einriss*). Lo cual certifica que la función de síntesis del yo, para decirlo con un eufemismo, no cae por su peso. . . Lo caracteriza una «*refente*» [«rehendidura»] (para emplear la ligera sobretraducción lacaniana).* El objeto *a* es susceptible de «alojarse» en esa hendidura, lo que deja suponer un objeto que «atraviesa» al sujeto.

Contrariamente a la idea establecida, hay sin duda en Freud una noción de sujeto, pero su aparición tuvo que pagar un alto costo. Cf. sobre este punto nuestra *Introduction à la métapsychologie freudienne* (op. cit., cap. X, págs. 239-64): el examen exhaustivo del conjunto de sus

* El sustantivo *refente* no existe como tal en francés. (*N. de la T.*)

ocurrencias muestra que, superfluo en la teoría de la libido, se introduce con el narcisismo: el «sujeto narcisista» aparece en *Pulsiones y destinos de pulsión*. Sobre todo, la noción de escisión del yo trae de nuevo el término *Subjekt*, sin que Freud dé el paso de nombrar un sujeto escindido, aunque lo «piense».

Obsérvese que los «discursos» (*supra*, pág. 77, e *infra*, pág. 165) se determinan por medio del sujeto barrado, articulado al objeto *a* y a los significantes S1 y S2.

Esta nueva manera de pensar el sujeto permite medir su alcance a la vez con respecto a Freud y en el contexto de la problemática filosófica pertinente. Bajo el efecto de la experiencia freudiana, Lacan establece una posición disidente y original respecto de la alternativa entre las filosofías del sujeto y los filósofos «anti-sujeto». No es verdad que el sujeto, ilusión metafísica, sea superfluo:² es perfectamente legítimo plantear un sujeto del inconsciente. El pensamiento del sujeto es requerido por principio en calidad de antídoto contra toda imaginarización: la admisión de lo simbólico destituye la primacía del yo. No es casual que la referencia al sujeto de la ciencia se vea afirmada en el Acto/a de fundación del «campo freudiano». Lo cierto es que tal sujeto —inconsciente—, lejos de ser autónomo, se concibe como alienado en la cadena significante, capturado en una relación barrada con el Otro. Por último, este sólo es pensable en tanto dividido por el objeto del deseo y de la castración. Así el rizo, no pudiendo ser cerrado, se riza. . .

² P.-L. Assoun, *Freud et Nietzsche*, 1980; PUF, «Quadrige», 1998.

Tercera parte

El acto analítico y el matema. Estructura y síntoma

En la interacción del saber y la praxis se pone en juego lo que Lacan define como el «campo» propiamente «freudiano» (S XI, 15 de enero de 1964).

La clínica es la sustancia misma de la cosa analítica. Esto vale de un modo igualmente radical para Lacan. Es verdad que la teoría, con su formalidad, parece ocupar el primer plano en su palabra. Es verdad también que Lacan alude a su propia clínica con la mayor de las parsimonias. Sin embargo, él lleva al síntoma a la condición de instancia misma de lo «real». «Sólo lo Real permite desanudar efectivamente aquello en lo que el síntoma consiste, a saber, un nudo de significantes» (1973). En la *neurosis*, la *psicosis* y la *perversión* los síntomas se organizan como *estructuras*.

En segundo lugar, hay en Lacan una reflexión sobre el *acto* analítico alimentada en un compromiso por el lado de la formación de los analistas, compromiso que tanta importancia tuvo, como hemos visto, en su propio destino dentro del movimiento analítico (*supra*, pág. 35). El acto es primero: «Una práctica no tiene necesidad de ser esclarecida para operar» (TEL, AE, pág. 513).

Por último, lejos de ser una ficción pragmática, la teoría es *escritura* del acto, y tal escritura encuentra su forma en la producción de los *matemas*.

Podemos redondear entonces la cuestión haciendo oír el enunciado lacaniano: «Creo demostrar la estricta equivalencia de *estructura* y *topología*» (S XX).

8. Neurosis, psicosis, perversión

El aporte lacaniano a la clínica analítica es propiamente estructural. Es sin duda necesario pensar la secuencia: el *síntoma* está referido al orden del *significante*, y este impone la referencia a la *estructura*.

La tesis lacaniana dice, en efecto, que la relación del sujeto con el síntoma se articula en una escritura fundamental, lo cual determina a su vez su alcance de psicopatología fundamental. Aquello que se estableció en el plano de la teoría *RSI* por un lado, y de los parámetros del deseo por el otro, hallará, pues, su consecuencia en el desciframiento estructural de lo real clínico. La topología es teoría de la estructura (*infra*, págs. 136-7).

Por una parte, el síntoma es el único índice confiable; por la otra, es efectivamente posible y necesario distinguir ecuaciones de base partiendo de la posición del Otro y de la relación correlativa entre el sujeto y el objeto.

1. Lacan clínico. La clínica tiene en Lacan un estatuto paradójico, pues se encuentra omnipresente en sus palabras, pero a la vez es discreta en su discurso.

Contrariamente a Freud, quien no cesa de apoyar sus palabras en sus casos, Lacan habla

muy poco de su propia práctica. Pero, por un lado, recoge de los *Cinco psicoanálisis* de Freud el modelo de utilización de la clínica y somete estos casos a una lectura que les da nueva vida. Dora muestra la dialéctica histórica del «alma bella»; el Hombre de las Ratas, el «mito individual del neurótico»; el Hombre de los Lobos, la estructura del fantasma; Schreber, el drama de la forclusión; el pequeño Hans, el «cristal de la fobia» (al que está consagrada buena parte del Seminario sobre *La relación de objeto*). A los que se añade la historia de «la joven homosexual». Estas figuras habitan el texto de Lacan: «Yo no prodigo los ejemplos —dice con malicia—, pero cuando me meto con ellos los constituyo en paradigma» (*AE*, pág. 557).

Por otro lado, Lacan se consagra a la relectura crítica de algunos grandes casos posfreudianos paradigmáticos: el del «hombre de los sesos frescos» de Ernst Kris, el de «perversión transitoria» de Ruth Lebovici, el del «hombre-gallina» de Helene Deutsch, la neurosis obsesiva femenina de Maurice Bouvet, instaurándose a sí mismo, en cierto modo, como «control» *a posteriori*, o apoyando alguna elaboración propia en tal o cual caso, como el de Robert, «el niño lobo» de Rosine Lefort.

Por último, desde el comienzo de su formación Lacan no cesó de dedicarse a las *presentaciones de enfermos*. El paradigma de tales presentaciones es la época de su desempeño en el servicio de G. Daumezon, del hospital Henri-Rouselle (*supra*, pág. 33) (al que rinde homenaje en *L'étourdit*, uno de sus últimos textos capitales). Produce así una reunión de las prácticas clínicas.

Por una parte, la que él comenta es la clínica del otro; por la otra, su clínica propia nutre de modo permanente sus propios enunciados y «matemas». La apuesta de todo el esfuerzo de Lacan es romper con una clínica «lista para usar», a la que abuchea en una fórmula célebre: «El almacén de los accesorios está en el interior, y se los va sacando según las necesidades» (CPTPP, *E 2*, pág. 524). Se trata de romper con esta concepción de la clínica como «almacén de accesorios». Por eso, en ningún momento debe perderse de vista que estas categorías se prueban por lo real clínico que a su vez ellas son capaces de esclarecer.

2. Una clínica estructural. Debemos recordar que Lacan, autor en 1931 de una contribución titulada «Estructura de las psicosis paranoides», se integra en la reflexión psiquiátrica fundamental que, desde la década de 1920, busca un eje de desciframiento diferencial de la patología. Al hacerlo, podía contar con una prehistoria psiquiátrica de la *noción* de estructura que iba de la *Gestalttheorie* (Teoría de la forma) —que permitía superar la clasificación de las especies mórbidas (de Kraepelin)— al «organodinamismo»¹ (de H. Ey). Si el inconsciente, que subvierte la teoría del conocimiento, no es una noción, «la estructura, en cambio, lo es» (RAD, *AE*, pág. 433). He aquí una noción operatoria del saber de lo real-síntoma, en tanto que la teoría freudiana del deseo es útil para la detección de las estructuras (llamadas «freudianas»).

¹ G. Lanteri-Laura, *Sur les paradigmes de la psychiatrie moderne*, Editions du Temps, 1998.

Así, pues, la referencia a la estructura es para Lacan un *imperativo*: está destinada a poder prescindir de una teoría de la «personalidad». La etiqueta de «estructuralismo» es aquí equívoca, e incluso ridícula. Como lo dice Lacan en 1966: «El estructuralismo durará lo que duran las rosas. . . una estación literaria. . . La estructura, en cambio, no está próxima a pasar porque se inscribe en lo real. . .» (*Petit discours à l'ORTF*). Además, ella se articula al sujeto. El «real-lalismo» de la estructura coincide con el «*moterialismo*»* (del significante) (*supra*, pág. 77).

En este sentido, neurosis, psicosis —cumbre de la intervención lacaniana— y perversión son caracterizables como estructuras. Esto significa que remiten a una ecuación fundamental del deseo que las hace irreductibles entre sí. Caracterizar la estructura correspondiente es, por lo tanto, localizar las «aristas» del sujeto en su real inconsciente.

3. Estructura y síntoma. No hay estructura sin síntoma. Lo propio del gesto freudiano es haber efectuado «la promoción del síntoma». En un primer tiempo, como veíamos (*supra*, págs. 71-2), el síntoma es definido como efecto del significante, y en este carácter «significación, es verdad (. . .) puesta en forma»; de lo cual da testimonio «la envoltura formal del síntoma» hacia la cual Lacan exhibe su «fidelidad» después de Clérambault. En este sentido, «el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje (. . .) él es

* [Véase nota de la traductora, en cap. 2, pág. 75.]

lenguaje cuya palabra debe ser librada» (FCPL, *E 1*, pág. 258). En otros términos: «Si el síntoma puede leerse, es porque él mismo está ya inscripto en un proceso de escritura. En cuanto formación particular del inconsciente, no es una significación, sino su relación con una estructura significativa que lo determina» (PE, *E 1*, págs. 444-5). Incluso el *síntoma somático* es descifrable como solidificación del significante y efecto de *holofrase*.²

Este primer tiempo es fundamental para distinguir la teoría lacaniana del síntoma de toda hermenéutica o teoría comprensiva, de tipo jaspersiano: «¡Cuídense de comprender!», advierte Lacan (SPFP, *E 1*, pág. 453). «Comprender» impide escuchar y sobre todo dispensa de leer. Esto rompe con una psicología clínica del signo y de la singularidad, así como con toda hermenéutica, que Lacan llega hasta a calificar de «obscenidad universitaria».

Pero, en una segunda avanzada, lo que se aísla es la vertiente de real del síntoma, es decir, la vertiente de goce. El síntoma no es sólo formación significativa, es lo real que permite anudar el sujeto a su falta. Lacan podrá afirmar, en una síntesis, que «el síntoma es la estructura».

En Freud, el síntoma aparece como una formación de compromiso entre una pulsión reprimida y una prohibición, al mismo tiempo que como una formación reactiva y un *Ersatz* de satisfacción. En consecuencia, Freud tiene en cuenta esa función de «sentido del síntoma» y de

² P.-L. Assoun, *Leçons psychanalytiques sur corps et symptôme*, op. cit., vol. 2.

Befriedigung, de satisfacción, que lo vuelve por eso mismo «resistente» («beneficio primario») (cf. nuestro *Psychoanalyse, op. cit.*, págs. 184-5). Lacan redistribuye estas dos funciones en una lógica del significante y del goce.

4. La neurosis: demanda y deseo del Otro.

El atolladero neurótico se define como desintrincación de la demanda y del deseo. El neurótico está «en la hora del Otro» e «imagina que el Otro demanda su castración». Debe, pues, mostrar incansablemente que no tiene el falo, mediante una lógica sacrificial de cuyos efectos perjudiciales para su propio deseo no cesa al mismo tiempo de quejarse. En términos más directos: la neurosis es cobardía para con el propio deseo.

La histeria demuestra la captura del deseo del Otro o deseo de tener un deseo. . . *insatisfecho*. El «sueño del caviar» ilustra esto a la perfección.³ «Incansablemente en busca de lo que es ser una mujer, no puede sino engañar a su deseo, puesto que ese deseo es el deseo del otro. . .» (PE, *E 1*, pág. 434). La neurosis obsesiva, que demuestra la misma alienación, certifica una dependencia: se trata de sostener sin cesar la demanda del Otro (e imaginarla con ese fin), queriendo al mismo tiempo destruir a ese Otro. El sujeto se siente como ajeno a su deseo: de ahí la figura del *deseo imposible*, sostenido por la prohibición. La fobia añade a ello la figura del *deseo prevenido*, «placa giratoria» entre neurosis y perversión.⁴

³ S. Freud, *La interpretación de los sueños y nuestro Freud et la femme, op. cit.*

⁴ P.-L. Assoun, *Leçons psychanalytiques sur les phobies*, Anthropos/Economica, 2000.

La neurosis encontrará su representación topológica, en esta relación de la demanda con el deseo, bajo la forma del «toro» (*infra*, pág. 161).

5. Psicosis y forclusión. La psicosis es el *objeto* sobre el cual Lacan forjó su instrumental teórico entero. «La psicosis es aquello ante lo cual un analista no debe retroceder en ningún caso». Este enunciado solemne de la «Ouverture de la section clinique» alcanza aquí toda su dimensión (*Ornicar?*, 1977, n° 9, pág. 12). Lacan se distingue así explícitamente de Freud, quien partió, en cambio, de la histeria. No es casual entonces que hayamos visto notables hallazgos teóricos —el Nombre del Padre y lo real— ilustrados de manera privilegiada y hasta generados por el examen de la psicosis.

Es sabido que Lacan hace su entrada clínica con el caso Aimée.⁵ Describe aquí el trayecto de esta paranoia femenina que culmina en un pasaje al acto. Llamada en verdad Marguerite Anzieu, nacida Pantaine, la paciente, proveniente de una familia de campesinos, presenta síntomas persecutorios durante su primer embarazo de un niño que nació muerto. Un delirio religioso se sistematiza. Tras el nacimiento de su primer hijo, Didier (posteriormente analizado con Lacan), vuelve a ser presa de ideas persecutorias y queda internada en 1924. Se consagra a la escritura literaria, que la atraía desde muy joven, y escribe dos nove-

⁵ J. Lacan, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, 1932; reed. Seuil, 1975.

las. Al serle rechazado uno de sus manuscritos, comete una agresión contra el encargado de comunicarle este rechazo. El 18 de abril de 1931 espera a la salida del teatro a la actriz Huguette Duflos, a la que acusa de perseguirla, y la hiere de un cuchillazo. Hospitalizada en Sainte-Anne el 3 de junio de 1931 —tiene entonces 38 años—, Lacan asume su tratamiento en forma de entrevistas. Es ella quien proporcionará el caso princeps de su tesis, que Lacan termina en septiembre de 1932. Lacan encuentra aquí una forma de paranoia autopunitiva que se vale del «perchero del autocastigo» (Alexander, Staub) (A, *E 1*, pág. 60). En esta primera etapa se interesa por los «escritos inspirados» —«esquizografía» (1931)— y por el crimen de las hermanas Papin (1934).

Pero la relectura del caso Schreber le permite producir su relectura estructural. «La *Verwerfung* será (. . .) considerada por nosotros como forclusión del significante» (*E 2*, pág. 540). Lo paradójico es que Freud emplee este término, que significa «rechazo», a propósito del Hombre de los Lobos. El término «forclusión» aparece con relación a lo simbólico: «Es en un accidente de este registro y de lo que en él se cumple, a saber la forclusión del Nombre-del-Padre en el lugar del Otro, y en el fracaso de la metáfora paterna, donde designamos el efecto que da a la psicosis su condición esencial, con *la estructura que la separa de la neurosis*» (las bastardillas son nuestras) (CPTPP, *E 2*, pág. 556). Lacan «firma», pues, la estructura psicótica: «Para que la psicosis se desencadene, es necesario que el Nombre-del-Padre, *verworfen*, forcluido, es decir, sin haber lle-

gado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto» (*E 2*, pág. 558). Correlativamente, «lo que fue forcluido de lo simbólico reaparece en lo real», abriendo esto último el camino a la alucinación y al delirio: entonces, «lo real causa solo».

Encontramos en germen esta idea en la descripción que hace Freud del delirio de Schreber como «tentativa de curación»: «El proceso de curación es el que deshace la represión y lleva de nuevo la libido hacia las personas abandonadas por ella. Se efectúa en la paranoia por la vía de la proyección (. . .) lo que fue interiormente suprimido retorna del exterior» (*Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*, *GW*, VIII, pág. 308). Vemos que Lacan parece «traducir» lo que dice Freud, pero de hecho reinscribe la economía narcisista-libidinal en un registro que supera el dualismo «interior/exterior», «introyección/proyección». Observemos empero la marcada inflexión que Lacan imprime en el diagnóstico freudiano: Lacan sustituye la supresión [*répression*] de la pulsión homosexual, convertida en delirio persecutorio, por el mecanismo forclusivo, que toca a la filiación simbólica.

¿Cuál es el estatuto del Otro en la psicosis? Cabe apuntar que, en un primer momento, la psicosis es concebida como imaginarización del Otro (SSDD), mientras que, en un segundo tiempo, el Otro del psicótico es tenido por «íntegro»: en contraste con la neurosis, que implica la integración de una falta en el Otro, el Otro del psicótico está «completo». Al revés que el neurótico, el psicótico no padece de falta de objeto: él tiene su pequeño α , recuerda Lacan, son especialmente sus «voces» (*Petit discours aux psychiatres*, 1967).

6. **La perversión o la ley de goce.** La perversión es la tercera estructura. Al adoptar este enfoque, Lacan rompe con la anexión de las perversiones efectuada por la *scientia sexualis*.

El perverso, lejos de estar fuera de la ley, intenta consumir la transgresión desafiando a la Ley pura, aunque poniéndose al servicio del Otro del goce. Esto legitima la confrontación paradójica de Sade con Kant (KS): «El perverso se imagina ser el Otro para asegurar su goce» (SSDDIF, E 2, pág. 805). Por otro lado, el «fetiche» es apropiado para figurar el objeto como «causa absoluta del deseo».⁶

7. **El «*sinthome*».** En 1975, Lacan introduce este neologismo* apoyado en la ortografía antigua de la palabra *symptôme*, «síntoma», así como en la homofonía con «*saint homme*», que remite a Joyce. Esta noción, que implica un cuarto término en la trilogía *RSI* (*infra*, pág. 163), posee una significación clínica. A través de él se revela el ser del síntoma, que es de *anudamiento*. El *sinthome* puede venir a suplir la carencia del Nombre del Padre, ventajosamente, por decirlo así, como lo indican sus efectos de «creación», que desbaratan el movimiento de de-simbolización. Vemos de qué modo, en Joyce, ser «desabonado del inconsciente» equivale a un «empuje-a-la-creación».

Con el «*sinthome*» se consuma el movimiento de desmedicalización del «síntoma», por donde se

⁶ P.-L. Assoun, *Le fétichisme*, PUF, «Que sais-je?», 1994; 2ª ed., 2002.

* [Véase nota de la traductora en «Introducción», pág. 21.]

convierte en una cuestión *topológica* (*infra*, pág. 159 y sig.). Esta innovación, suerte de «*sinthome* teórico» del propio Lacan, podría estar señalando su ambición de reinventar en cierto modo el «síntoma». . .

9. Fines del análisis y «deseo del analista»

«Que se diga queda olvidado detrás de lo que se dice en lo que se oye».

Con esta densa y vertiginosa fórmula (ET, *AE*, pág. 449), Lacan define la dimensión radical del análisis como acto de lenguaje. Lo dijimos al principio (*supra*, pág. 41): la reflexión de Lacan tiene por objeto apuntar al *acto analítico*, título del Seminario de 1967-1968 que vale genéricamente. Esto no se disocia jamás de un cuestionamiento del saber. Encontraremos de nuevo, pues, en este plano las adquisiciones presentadas hasta este momento, pero, a la inversa, vamos a reexperimentar en el plano del análisis las verdaderas apuestas de la teoría. Hay sin duda un acto del analista, hasta el punto de que este puede sentir «vergüenza» de él. «El análisis tiene horror de su acto», declara Lacan abruptamente en su Carta al diario *Le Monde* (en el momento de la «disolución», 24 de enero de 1980). Pues este acto, el analista «lo niega, lo deniega, lo reniega». Dicha «acción», pues, en la medida en que «se dirige al corazón del ser» (*Kern unseres Wesens*) (Freud) (DC, *E* 2, pág. 567), comporta una ética que, lejos de ser

un «suplemento de alma», constituye el corazón de su ser. Decir que «el psicoanalista se autoriza sólo por sí mismo» (Proposición del 9 de octubre de 1967, *AE*, pág. 243) no implica abandonarlo a la arbitrariedad sino ponerlo frente a *su* acto, que no puede ampararse en ninguna autoridad «heteronómica». No hay acto más «verdadero» que este. . . salvo el de amor, y, contrastando con él, la transferencia del analizante es «puesta en acto del inconsciente».

1. La relación analítica: la «palabra plena». Pensar el psicoanálisis como una relación de palabra es insistir sobre dos elementos que han estado sometidos a la evolución de la técnica analítica: por un lado, «la plenitud dramática de la relación de sujeto a sujeto» (*Prémises à tout développement possible de la criminologie*, *AE*, pág. 121); por el otro, la noción de «palabra plena», en oposición a la «palabra vacía». «El psicoanálisis verdadero tiene su fundamento en la relación del hombre con su palabra (. . .) Esta relación del hombre con su palabra es patente en el ámbito del psicoanálisis: lo cual hace más extraordinario aún el hecho de que se la descuide en su fundamento» (PVF, *AE*, pág. 165). Sería un error postular aquí una plenitud ontológica cualquiera; ello, aunque la remisión a Heidegger y a su función de verdad como develamiento (*aletheia*) haya tenido su importancia en esa etapa del pensamiento de Lacan y su interés por subrayar la autenticación (*supra*, pág. 34). En contraste con la «palabra vacía», «molino de palabras», la palabra llamada «plena» surge cuando, en el curso del análisis,

esta se depura en cierto modo de sus coartadas comunicacionales y alcanza su función de pura significación, desprendiéndose de lo imaginario del contenido significacional particular y de la intención de significar. Emerge entonces la relación de la palabra con la verdad. El análisis está destinado a confrontar al sujeto con la exigibilidad de su palabra en su efecto de verdad, donde la referencia al analista cumple una función de destinación más allá de las identificaciones imaginarias. Su «plenitud» y su veracidad emergen entonces como «palabra dada». El acto analítico viene a coincidir con la «eficacia simbólica» (*supra*, pág. 83).

En síntesis: «Toda palabra exige respuesta». Esta noción de intersubjetividad, que fue útil en determinado momento para recusar la «objetivación», resulta centralmente superada por la referencia a la instancia del Otro (*supra*, pág. 101 y sig.), cuya introducción va a constituir un «adoquín en la charca» de la intersubjetivación. Entre el analista y el analizante está, en efecto, ese Otro: «Ninguna promoción de la intersubjetividad en la personología humana podría articularse, pues, sino a partir de la institución de un Otro como lugar de la palabra» (PVF, *AE*, pág. 167). «Rostro cerrado y labios cosidos»: «Los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto» (DC, *E 2*, pág. 569). Desde este lugar, «el psicoanálisis puede acompañar al paciente hasta el límite extático del “*Tú eres eso*”, donde se le revela la cifra de su destino mortal» (EEFFY, *E 1*, pág. 93).

2. El acto analítico o la transferencia. La transferencia no es otra cosa que «la puesta en acto del inconsciente». Se radicaliza así la idea de que al comienzo es el Acto y/o el Verbo lo que funda la temporalidad del acto analítico, mientras que la transferencia es «una relación esencialmente ligada al tiempo y a su manejo» (PI, *E 2*, pág. 823).

Un examen de la génesis de la noción de transferencia en Lacan¹ certifica que fue aprehendida en conformidad con una dialéctica significativa que reproduce la génesis precedente de promoción del objeto (*supra*, pág. 112). En el origen, la transferencia² es descifrada como proyección: es «en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de las imagos más o menos arcaicas. . .» (AP, *E 1*, pág. 100). En este carácter, constituye un «obstáculo» que «no es nada en el sujeto», sino una especie de estancamiento de la dialéctica intersubjetiva. La relectura del caso Dora ilustra la tentativa de definir «en términos de pura dialéctica la transferencia de la que se dice que es negativa en el sujeto, así como la operación del analista que la interpreta» (IT, *E 1*, pág. 207).

En un segundo tiempo, la transferencia es pensada como «simbólica», como «cada vez que un hombre le habla a otro de una manera auténtica y plena» (S I, 17 de marzo de 1954). Es, en este ca-

¹ Philippe Julien, *Pour lire Jacques Lacan*, EPEL, 1990.

² Sobre este punto, cf. nuestras contribuciones: «La scène du transfert: le réel indéclinable» y «Cet amour nommé transfert: de Freud a Lacan», en *Le Journal des psychologues*, n° 196, abril-mayo de 2002, págs. 26-9 y 35-9.

rácter, llamada al Otro, y ha de entenderse, según hemos visto, como lugar vacío y necesario (*supra*, pág. 105).

Por último, una ruptura decisiva coincide con la inscripción de la transferencia en el programa del Seminario: a partir de 1960-1961, la cuestión de la transferencia se articula íntimamente con la del «objeto», lo cual remite a la ética inmanente del análisis.

3. La «ética del psicoanálisis». Lacan da de ella una fórmula sobrecogedora a través del artículo capital de la ética del psicoanálisis, por referencia al analizante: «Propongo que lo único de lo que se puede ser culpable, al menos desde la perspectiva psicoanalítica, es de haber cedido en el deseo» (S VII, 6 de enero de 1960). Pero habrá que comprender el alcance de la noción de deseo: esto impone la obligación de confrontarse con la verdad del propio deseo, al margen de cualquier moral de la «oblatividad».

Si la neurosis es una cobardía frente al «orden del deseo» (*supra*, pág. 91), el análisis supone la confrontación con la Cosa. Sabiendo que «el deseo viene del Otro» y que «el goce está del lado de la Cosa» (TFDP, E 2, pág. 832).

4. Transferencia y «sujeto supuesto saber». Lacan introduce entonces una expresión que pasará a ser una categoría de base del acontecimiento transferencial. Lo que se presenta como un obstáculo se convierte en la condición de la transferencia: el «sujeto supuesto saber», surgido en 1961 como una «suposición indebida» (S

IX, 15 de noviembre de 1961), es promovido a condición material y pivote de la operación analítica. El 10 de junio de 1964 Lacan establece el puente entre transferencia y «sujeto supuesto saber»: «No bien hay en alguna parte un sujeto supuesto saber (. . .) hay transferencia» (S XI). El «sujeto-supuesto-saber», más que el analista, y aunque este último ocupe ese lugar —aquí se trata, en rigor, de espejismo transferencial, de su imagen para el paciente—, es lo que sostiene la situación analítica: puesta en escena en y por la relación analista/analizante. *La equivocación del sujeto supuesto saber*: en un escrito de 1968 que lleva este título, Lacan deja sentada la problemática axial de la cura.

Se verifica aquí un flagrante desenganche respecto de la caracterización freudiana de la transferencia en tanto «intensa relación de sentimiento» (*eine intensive Gefühlsbeziehung*). Freud piensa la transferencia como desplazamiento (*Übertragung*) de afecto. ¿Lacan «intelectualiza» la transferencia? En realidad, el saber es resorte del «amor de transferencia»: al que se le supone el saber, a ese se lo ama. Experiencia de la «*hainamoration*»* (S XX), «palabra-valija» que traduce en Lacan la «ambivalencia» del afecto en el orden del saber.

Observemos que es en 1964 cuando Lacan distingue igualmente la transferencia de la repetición, para enfatizar su articulación entre simbólico y real y más allá de lo imaginario.

5. El «deseo del analista». Lacan lo afirma con toda formalidad: «El psicoanalista sin duda

* [Véase nota de la traductora en «Introducción», pág. 21.]

dirige la cura» (DC, *E 2*, pág. 566). Pero debe aclararse: «Es el deseo del analista el que en último término opera en el psicoanálisis» (TFDP, 1964, *E 2*, pág. 833).

Con la primera idea, Lacan recusa la ilusión de la «alianza terapéutica» así como la del «análisis recíproco» (Ferenczi). La posibilidad de interrumpir la sesión se ve acentuada con las sesiones llamadas «breves». Sabemos que es este uno de los puntos más controvertidos de la práctica de Lacan, del que habló muy poco en sus textos.

Con la segunda idea, Lacan encara frontalmente la ola de la «contratransferencia», que había adquirido una considerable amplitud en el posfreudismo:³ «La transferencia es un fenómeno en el que el sujeto y el psicoanalista están incluidos juntos. Dividirla en los términos de transferencia y contratransferencia (. . .) nunca es otra cosa que estudiar aquello de que se trata» (*S XI*, 10 de junio de 1964). Lo operativo es la propia fibra del deseo del analista, aun cuando este «haga de muerto». El objeto de ese deseo no es su goce personal, y tampoco se trata del deseo de ser analista: se trata de su deseo de análisis, ordenado según el «orden del deseo» como exigibilidad de la verdad de los sujetos, uno por uno. Este énfasis en el actuar del analista hace eco a la idea de que «el psicoanálisis ha desempeñado un papel en la dirección de la subjetividad moderna» (FCPL, *E 1*, pág. 272).

³ Paula Heimann, Margaret Little, Lucia Tower, Annie Reich, *Le contre-transfert*, Editions Navarin, 1987.

La evolución de la teoría del objeto (*supra*, pág. 113 y sig.) tiende a poner en evidencia este punto, resumido en el famoso juicio: «No basta con que el analista sostenga la función de Tiresias. Además es preciso, como lo dice Apollinaire, que tenga tetas» (S XI, 24 de junio de 1964); lo que implica una presencia corporal y un sostén por el lado del objeto (nada que ver con la idea de la «madre buena»). Esto situará cada vez más al analista del lado del *semblante* de objeto. Entendamos que se lo va a caracterizar como «semblante de objeto *a*» y a ubicar incluso en el lugar del «santo», como «desecho» (TEL, AE, pág. 519). Lugar de resistencia también, si es cierto que «no hay en verdad sino una sola resistencia, la del analista» (S II, 19 de mayo de 1955).

6. La formación del analista: del «pase» al atolladero. La cuestión técnica —¿cómo formar a un analista?— fue centro de las preocupaciones de Lacan desde que fue encargado de redactar el reglamento de la Comisión de Enseñanza de la SPP, en 1949. Ella alcanza a los problemas del «análisis didáctico» y de la habilitación de los analizantes como analistas al concluir su formación. En la época de la SFP, Lacan escribe dos textos titulados *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956* y *La enseñanza del psicoanálisis* (1957). Puede apreciarse también el efecto de despertar traumático producido por su pérdida de la condición de «didacta», en 1963 (*supra*, pág. 35).

La pregunta freudiana es sobre la «formación más apropiada» (*die geeignetste Ausbildung*). Esto implica un análi-

sis previo llamado «didáctico» (*Lehranalyse*), cuyo principio es decretado en 1922 y aplicado en el Instituto de Berlín. Lacan recusa tal diferencia entre «análisis terapéutico» y «análisis didáctico», lo que se deriva lógicamente de la interrogación sobre el «deseo del analista».

La línea de fuerza es la denuncia de los efectos determinados por la norma y por la institución analítica: encontramos en 1956 un cuadro satírico a la manera de Swift sobre el reparto de roles entre «Suficiencias» (titulares) y «Zapatitos» (afiliados), «Muy-necesarios» (formadores) y «Beatitudes» (evaluadores) (SPFP) y el llamamiento a retornar a la especificidad del acto. Se ponía así al descubierto lo que estaba en juego: en 1967, Lacan da el paso intentando aportar una respuesta práctica a la verdadera pregunta: ¿qué cosa producida por un análisis permite acreditarse como «analista»? ¿Cómo darlo por seguro? ¿Dónde buscar una «garantía en el pasaje al deseo de ser psicoanalista»? El procedimiento llamado del «pase» queda definido en la *Proposición sobre el psicoanalista de la Escuela*: la «demanda de convertirse en analista de la Escuela» es dirigida a «algunos que denominaremos aquí: pasadores», elegidos a su vez por un analista de la Escuela. «A ellos un psicoanalizante, para ser autorizado como analista de la Escuela, les hablará de su análisis, y el testimonio que podrán recoger del meollo vivo de su propio pasado será de aquellos que no recoge ningún jurado de aprobación. La decisión de semejante jurado quedaría así esclarecida, entendiéndose que esos testigos no son jueces» (FCPL, *E 1*, pág. 245). Es manifiesto el afán del dispositivo de captar en directo la experiencia

de un análisis por el sesgo de esos mediadores-testigos que instruyen luego a un «jurado de aprobación», el cual reconocerá a los analistas de la Escuela (AE). Aplicada desde octubre de 1969, Lacan habrá de constatar su «completo fracaso» en abril de 1978 (*Assises de Deauville*). Constituye de todos modos una tentativa sin precedentes dirigida a redefinir el devenir del analizante, destituido de la creencia en el supuesto saber, como analista; tentativa, por lo tanto, dirigida a evaluar el fin del análisis y el deseo de análisis del «pasante». Por otra parte, los «carteles» (grupos de cuatro miembros como promedio) se presentan como un dispositivo que hace posible la transferencia de trabajo según los principios del *nudo* y de la estructura «cuaternaria» en el sentido topológico (*infra*, pág. 159 y sig.).

7. Los fines del análisis. El fin del análisis (finalidad) se juega en su fin (en su término). Ahora bien, Lacan destaca que «el resorte fundamental de la operación analítica es mantener la distancia entre el I y el α », habida cuenta de que el analista es llamado por el sujeto a encarnar ese I, ese ideal. En consecuencia: «De esta idealización tiene que caer el analista para ser el soporte del α separador», lo que equivale a «franquear el plano de la identificación» (S XI, 24 de junio de 1964).

Así, pues: «El término del análisis consiste en la caída del sujeto supuesto saber y en su reducción al advenimiento de ese objeto α como causa de la división del sujeto, que viene a su lugar» (S XV, 10 de enero de 1968). Esto implica «la destitución subjetiva» del analizante: «Ese en-sí del

objeto *a* que, en este término, se evacua en el mismo movimiento con que cae el psicoanalizante por haber verificado en ese objeto la causa de su deseo» (S XV, reseña, *AE*, pág. 375). Esto supone, del lado del analizante, identificarse con su síntoma, es decir, «saber obrar con este síntoma, saber desembrollarlo, manipularlo» (S XXIV, 16 de noviembre de 1976).

Esto sólo es posible mediante «el atravesamiento del fantasma» fundamental. «Lo esencial es que [el analizante] vea, más allá de la significación, a qué significante —sinsentido irreductible, traumático— está, como sujeto, sujetado» (S XI).

Tal es la relectura lacaniana de la problemática del *Análisis terminable e interminable* (1937) donde Freud enumera los obstáculos del final del trabajo: defensa del yo, fuerza de los traumas, resistencia pulsional, así como el atravesamiento de la resistencia a la curación y del complejo de castración. Para Lacan, la curación sobreviene «por añadidura» al afrontar el sujeto la verdad de su deseo.

Se relee así el famoso apotegma freudiano: *Wo Es war soll Ich werden*.⁴ No se trata de que el «yo» desaloje al «ello»: en rigor, el sujeto verdadero del inconsciente «debe salir a la luz» de ese «lugar de ser», deshaciéndose del núcleo de identificaciones alienantes.

⁴ S. Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, *GW*, XV, pág. 86.

10. De la metapsicología al matema: la escritura del análisis

«Que no haya relación sexual: he aquí lo esencial de lo que yo enuncio».

(S XXVI, 12 de diciembre de 1978.)

«¿Por qué no hablar de él con toda la rigurosidad posible?», se preguntaba Freud a propósito del psicoanálisis.¹ Lacan acepta el reto y le toma la palabra: su empresa consiste en un esfuerzo de rigor que implica «las ciencias afines», lo hemos visto con su matesis. Se trata de reaprehender las apuestas de esa invención epistémica capital que es el «matema», hasta el punto de saturación de la «no relación» en tanto preside la relación del inconsciente con lo sexual.

Tras haber apelado a la filosofía, la lingüística y la antropología, pasa al primer plano el modelo matemático (topológico). Esto va a especificarse con el tránsito a una lógica «nodal» y con la referencia a la lógica simbólica, y culminará en la nominación del objeto propiamente dicho, o sea el «matema». Este término designará *a posteriori*

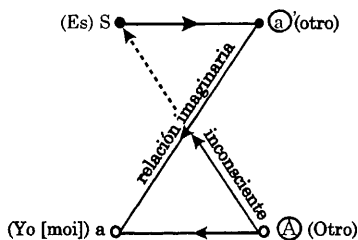
¹ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina.*

todo enunciado teórico consistente para el saber del inconsciente.

La formalización lacaniana adoptará tres formas de expresión sucesivas: los esquemas y grafos en los años 1955-1960, los préstamos topológicos en los años 1962-1972, y los matemas, la teoría de los discursos y las fórmulas de la sexualización, modelo que culmina en 1972-1973.

1. La mimesis y sus herramientas: los esquemas y los grafos. En el corazón del dispositivo de transmisión lacaniano, que combina palabra hablada y escritura (*supra*, pág. 23), los esquemas desempeñaron un papel clave. El grafo «no es un espacio real sino algo en donde pueden dibujarse homologías» (S V, 21 de mayo de 1958). Así traza Lacan la «posición de los elementos y relaciones sin los cuales no habría funcionamiento del discurso» (S VI, 26 de noviembre de 1958). Podemos leer sobre los esquemas sucesivos los progresos de esta grafía, verdadera «cinética» de los «estados» de su escritura.

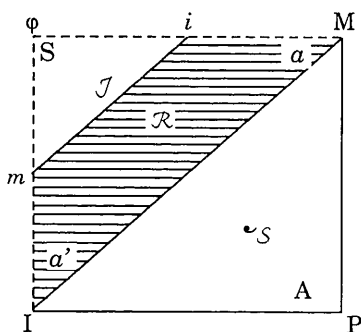
– Todo comienza con el *esquema L*, que aparece en el Seminario sobre «La carta robada» (E 1, pág. 47) (1955).



Según J. Lacan, *Ecrits*, Le Seuil.

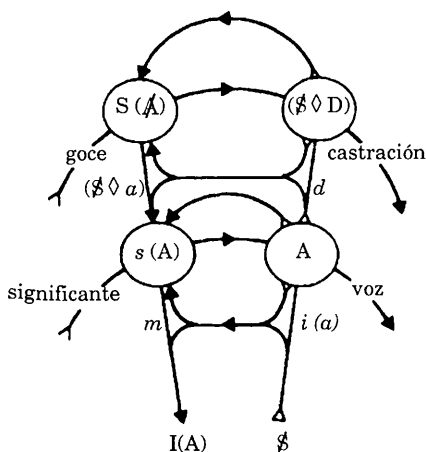
En esta primera época (1955) se trata de instalar los elementos de base, o sea el doble par del sujeto (S) —identificado (homofónicamente) con el ello (Es) freudiano— y del yo (a), del pequeño otro (a') y del gran Otro (A). Este «esquema L» vale, pues, como matriz de la mimesis, cruzamiento entre la línea de la «relación imaginaria» ($a-a'$) y la del sujeto al Otro (S-A) que merece el nombre de «inconsciente». Este modelo responde todavía a la intersubjetividad. Desde entonces se despliega la exigencia cuaternaria, fundamental en lógica lacaniana: «Una estructura cuatripartita es desde el inconsciente siempre exigible en la construcción de una ordenación subjetiva», enuncia Lacan. Y especifica: «Cosa que satisfacen nuestros esquemas didácticos» (KS, E 2, pág. 753). El «cuatrípodo» A, m , a , S aparece ya en el S II (29 de junio de 1955).

— Este esquema va a precisarse con el *esquema R*, introducido en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1958) (E 2, pág. 534), pero remitiendo al Seminario III, de 1955-1956.



Según J. Lacan, *Ecrits*, Le Seuil.

Esta vez, los «conjuntos» R, S, I se encuentran situados, de modo que hemos pasado a un punto de vista estructural. El «ternario simbólico» ($\sim S$) aparece situado en el ángulo inferior derecho, dentro del triángulo IPM, esto es, en relación con el Nombre del Padre (P) como lugar del Otro (A). El «ternario imaginario» (J) se encuentra situado en el ángulo superior izquierdo, dentro del triángulo i, ϕ, m , esto es, la identificación del sujeto con el falo imaginario. Lo real (R) aparece como un «cuadrángulo», enmarcado por los dos triángulos (imaginario y simbólico) y que los reúne. Figuración del sujeto en su articulación con lo especular (yo ideal) y con lo simbólico (ideal del yo).



Según J. Lacan, *Ecrits*, Le Seuil.

– Un viraje se produce con «el grafo del deseo»
(*Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*,

1960) (*E 2*, págs. 788, 795, 797), que remite al Seminario V, *Las formaciones del inconsciente*, de 1957-1958.

Se determina al sujeto como sujeto dividido ($\$$), al yo como «*m*»; el ideal del yo ($I(A)$) es distinguido del yo ideal ($i(a)$). Este esquema sella la ruptura definitiva con el modelo de la intersubjetividad, el Otro no es ya sujeto sino lugar del código y tesoro del significante; además, sitúa al sujeto, por un lado, en el cruce de la identificación imaginaria con la identificación simbólica; por el otro, en su relación estructural con el Otro: pulsión, deseo y fantasma. He aquí la puesta en forma del *Che vuoi* (*supra*, pág. 109). Se lo puede leer en los dos «pisos» del grafo: en el primero, la línea $s(A) - A$, que enlaza el mensaje al Otro, y la línea $\$ - I(A)$, entre sujeto dividido e ideal del yo, que marca la subjetivación del lenguaje; en el segundo piso, la línea $\$ \diamond D$, el sujeto dividido en la relación con la demanda (de amor) que implica $S(A)$, o sea la relación del sujeto con el Otro barrado, y por último $\$ a$, o sea la fórmula del fantasma.

2. La topología (1). El recurso a la topología marca una mutación epistemológica determinante del proyecto lacaniano. A la era de los grafos le sucede la escritura topológica, que tiene el mérito decisivo de «restringir al máximo los datos de lo imaginario» (*S X*, 28 de noviembre de 1962), hasta el punto de llegar a promulgarse «nadie entra aquí si no es topólogo» (*S XII*, 3 de febrero de 1965).

No es casual que cobre amplitud en el momento de hacerse manifiestos los límites de la refe-

rencia al modelo lingüístico, en la década de 1970, y ello aunque el *Discurso de Roma* (1953) contenga ya una alusión a la figura del toro: el diagnóstico de «lingüistería» (*supra*, pág. 75) se combina con una «topologización» creciente del pensamiento-Lacan. De esto toma nota *L'étourdit* (1972), donde se encuentra sintetizada la primera topología lacaniana.

¿Por qué apela Lacan a esta disciplina (bautizada en 1836 por Listing)? La topología constituye el «estudio de los aspectos cualitativos de las formas o leyes de conexión, de la posición mutua y el orden de los puntos, rectas, planos, superficies, cuerpos, así como de sus partes o reuniones, con abstracción de sus relaciones de medida y grandor».² Es el estudio de las propiedades espaciales cualitativas, en contraste con la geometría métrica: esta rama de las matemáticas, al ocuparse de las propiedades geométricas que se conservan por deformación continua, pone el énfasis en las nociones de *límite* y de *vecindad*. Para Lacan, se trata de un recurso superior al de la geometría clásica, aunque al comienzo del Seminario empiece por referirse al tetraedro (para poner en conexión el amor, el odio y la ignorancia con la trilogía de las dimensiones imaginaria, simbólica y real). La topología proporciona «una geometría de goma», «una lógica de goma» (S IV, 27 de noviembre de 1957) o incluso una «lógica elástica» (S IX, 28 de marzo de 1962). Como lo señala Lacan, su topología «no es teoría» sino puesta en evidencia

² J. Listing, *Introduction à la topologie*, 1847, reed. Navarin, 1989.

de los «cortes del discurso» en tanto que «modifican la estructura que él acoge en el origen» (ET, AE, pág. 478). Esto conduce a pensar ahora el *espacio inconsciente* más allá de la división adentro/afuera, y luego a anudar las dimensiones de lo real, lo imaginario y lo simbólico: «La topología, ¿no es ese *n'espacio* al que nos lleva el discurso matemático. . .?» (ET, AE, pág. 472).

– El *primer modelo topológico* aparece en el Seminario sobre *La identificación*, de 1962 (aunque ya se aluda a él en 1954).

Su prototipo es la cinta o banda de Moebius, particularizada por ser una superficie que posee una sola cara y un solo borde: Lacan la llama, con humor, «contra-banda» (ET, AE, pág. 486). Es sin duda el objeto topológico más apropiado para figurar la subversión que la geometría topológica representa frente a la geometría «métrica», y ello por cuanto, contra todo buen sentido espacial, *el derecho se une con el revés y el interior se comunica con el exterior*.

Bajo la mirada lacaniana, este cinturón cerrado tras efectuar una semitorción es apto para figurar «el inconsciente» mismo, como revés copresente a su «derecho» consciente, y, por lo tanto, para pensar al sujeto inconsciente.

Otros dos objetos atraen su interés: el toro y el cross-cap.

El toro, figurable como una cámara de aire que rodea un agujero, es apto para figurar la demanda, mientras que el agujero central representa el deseo; lo cual lo convierte en una figura apropiada de la estructura neurótica: de ahí la expresión «toro neurótico». Correlativamente, la interpreta-

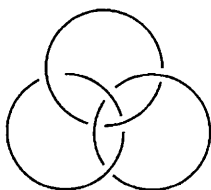
ción analítica consistiría en transformar el toro —representativo del atolladero neurótico— en banda de Moebius aplicándole el corte.

El cross-cap, que representa un plano proyectivo en su parte superior, es especialmente adecuado para pensar la relación del sujeto con el fantasma y con el objeto α (colocado donde está la «arandela»).

Subsiste este problema: ¿cómo hacer de ellos un uso «figurativo» sin imaginarizar la topología, evitando «lo que le da función de *Gestalt*»? (S XI).

3. La topología (2): el borromeísmo. El *segundo modelo topológico* aparece con la introducción de los «nudos borromeos», en 1972.

Del «nudo borromeo» —trilogía de nudos que toma su nombre de la familia milanese de los Borromeo, cuyo blasón, en el siglo XV, exhibía tres anillos enlazados—, Lacan dirá que le viene como anillo al dedo: vale decir, que es «providencialmente» apropiado para pensar la juntura de *RSI*. ¡Como si Lacan, con sus nudos, volviera a dorar los blasones del psicoanálisis! Al introducirlo, Lacan se refiere, en efecto, a los «escudos de armas de los Borromeo» (S XIX, 8 de febrero de 1972).



Según J. Lacan, *Télévision*, Le Seuil.

Más allá de las dimensiones —«lo simbólico, lo imaginario y lo real»—, el «borromeísmo» permite pensar desde ahora un conjunto estructural. El nudo se presenta, en efecto, como una serie de anillos o «redondeles» que a la vez se sostienen juntos —tal es el principio del anudamiento— y de los que cada uno conserva en cierto modo su propio agujero. Esto es lo que vuelve al trío solidario: si se corta uno (de los tres), los otros se separan. Real, imaginario y simbólico están representados aquí como tres anillos enlazados de a dos, y que en consecuencia no se encadenan con ningún otro.

Correlativamente, objeto *a*, goce fálico y goce del Otro se vuelven «legibles». El síntoma interviene como el cuarto círculo que permite a estas dimensiones sostenerse.

El «*sinthome*», introducido en 1975 (*supra*, pág. 142) tiene una significación topológica en cierto modo sobredeterminada.

«Psique extensa, nada sabe de ello». Uno de los últimos aforismos de Freud (22 de agosto de 1938) ofrece el diseño de la cuestión tópica (*GW*, XVII, pág. 152). De la tópica freudiana a la topología, ¿no habría que dar más que un paso? Esto no es tan simple. Como dice Lacan: «Esta topología, que se inscribe en la geometría proyectiva y en las superficies del *analysis situs*, no debe ser tomada como se hace en Freud con los modelos ópticos, en el rango de la metáfora, sino para representar la estructura misma» (*S* XV, reseña, en *AE*, pág. 219). Hay aquí, en efecto, matematización de la representación del «aparato psíquico».

4. El matema. No es casual que Lacan anuncie el nacimiento del matema, en noviembre de

1971, en el momento de exponer «el saber del psicoanalista»; antes de desplegar la cuestión en *L'étourdit* y en el Seminario XX. Esta vez Lacan ha encontrado el término adecuado, de manera que es posible designar como «matemas» todos los «grafos» o «fórmulas», tanto sea retrospectiva como prospectivamente. Es curioso hacer notar que el término *mathemata* había sido empleado por Alphonse Daudet (*La Doulou*). Pensamos en la *mathesis universalis*, refractada por la singularidad del objeto inconsciente. Lacan confiere en cierto modo al psicoanálisis su álgebra de Boole, álgebra lógica. Corte, al mismo tiempo, con el «mitema».

Su apuesta es la transmisibilidad: he aquí que «este lenguaje del puro matema» sea «lo único que puede enseñarse». Esto supone «la formalización matemática», que Lacan no vacila en designar como «nuestra meta» e incluso «nuestro ideal», pero que es en el fondo la exigencia mínima: «Sólo ella es matema, es decir, capaz de transmitirse integralmente» (*S XX*, 22 de octubre de 1973). Es decir, corregir los efectos subjetivos de la palabra.

Esto determina la teoría de los *discursos*, donde los *términos* se combinan con las *posiciones* (*supra*, págs. 77-8).

Los cuatro elementos S1, significante-amo; S2, saber; $\$$, sujeto dividido, y *a*, objeto *a*, se corresponden con los lugares:

el agente	el otro
la verdad	la producción

– De ahí la escritura de los cuatro discursos:

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

*Discurso
del Amo*

$$\frac{S_2}{S_1} \longrightarrow \frac{a}{\$}$$

*Discurso
de la Universidad*

$$\frac{\$}{a} \longrightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

*Discurso
de la Histórica*

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

*Discurso
del Analista*

¿No recurría el propio Freud a pequeñas letras para algebrizar su modelo del aparato neuronal-psíquico en su *Proyecto de psicología científica*, así como se servía de «representaciones gráficas» (*graphische Darstellungen*) para visualizar sus tópicos? Pero Lacan hace de ellas algo más que una herramienta: nos referimos a aquel «no para ser leído» que sostiene la escritura formal rigurosa del inconsciente.

5. Lo «imposible» de la «relación sexual»: las fórmulas de la sexuación. Entre 1966 y 1969, Lacan afirma que «no hay acto sexual»: lo representa incluso como «el gran secreto del psicoanálisis» (*S XIV*, 12 de abril de 1967). Idea que reaparece en *De un Otro al otro* (5 de marzo de 1969). *Télévision* habla de «ese fracaso en el que consiste el éxito del acto sexual» (*AE*, pág. 538).

A principios de la década de 1970, el enunciado se radicaliza como: «No hay relación sexual»

(S XVII). Dicho de otro modo: «No hay escritura posible de la relación sexual» (S XVIII, 17 de febrero de 1971). Pero debe agregarse que: «Lo que suple a la relación sexual es, precisamente, el amor» (S XX, 16 de enero de 1973).

No es casual que la noción de «matema» aparezca en la estela de esta aporía, en noviembre de 1971. Pues, paradójicamente, la escritura psicoanalítica se constituye partiendo de ese real que *no cesa de (no) escribirse*.

Las «fórmulas de la sexuación» proporcionan las reglas de esta escritura:

lado hombre

lado mujer

$\exists x \quad \overline{\Phi x}$
 $\forall x \quad \Phi x$

$\overline{\exists x} \quad \overline{\Phi x}$
 $\overline{\forall x} \quad \Phi x$

$\exists x$ (existe al menos uno, cuantor existencial)

$\forall x$ (para todo x , cuantor universal)

Φx (función fálica/argumento, variable x) phi de x

— raya con valor de negación: $\overline{\exists x}$, $\overline{\forall x}$, $\overline{\Phi x}$.

Estas fórmulas se sustentan en la lógica fregeana de las «frases con agujeros» y de la lógica de la excepción. El principio que las rige establece que no es posible una afirmación universal general sino mediante una afirmación particular negativa: «Existe *al menos uno* al que esta afirmación *no* se aplica». Se fundamenta así la idea de que «la excepción confirma la regla» o de que ella es más bien su *riguroso correlato*.

Ahora bien, esto resulta ejemplarmente aplicable a la situación originaria descrita por Tó-

tem y tabú. Si hay (al menos) uno, el padre de la horda, exceptuado de la función fálica y de la castración, entonces todos los demás, los hombres, están sometidos a él. Del lado mujer, por el contrario, no hay excepción (pues las mujeres no están sujetas al asesinato del padre), por más que puedan ser gratificadas (aunque no todas. . .) con ese goce «suplementario» (y no «complementario») que es el Goce del Otro. La movilización de esta lógica, con toda su sofisticación, responde al propósito de transcribir el «mito científico» freudiano del asesinato del padre y de proporcionarle su fraseado lógico. Al des-mitificar la presentación freudiana, Lacan procura diseñar su función de verdad intrínseca. Confirma la verdad del Relato freudiano, radicalmente des-mitificante a su vez,³ y suministra al mismo tiempo la escritura apropiada para el formalismo matemático.

Lacan retoma la cuestión en el punto en que Freud la había dejado al afirmar que «la libido es masculina». Pero «sin duda Freud se detiene cuando descubre el sentido sexual de la estructura», mientras que «en su obra no encontramos sino sospecha, formulada, es verdad, de que el test del sexo no radica más que en el hecho del sentido» y de que «el sexo se inscribe sólo por una relación» (*AE*, pág. 553). Este es el paso que da Lacan, aunque confirmando la primacía fálica, puesto que ambos sexos están afiliados a este funtor del goce.

En el mismo momento, la jaculatoria «Hay Uno» parece adquirir un valor de encantamiento en la última mimesis. «¿Qué quiere decir “Hay

³ P.-L. Assoun, *Freud et les sciences sociales*, Armand Colin, 1993, pág. 69.

uno"? Se trata del "Uno de cada significante", por lo cual a partir de algún significante se levanta un "enjambre"* y se concreta una articulación significante. En realidad, se trata del Uno encarnado en "lalengua", indeciso entre el fonema, la palabra, la frase e incluso todo el pensamiento, o sea «el significante como amo, a saber: en tanto asegura la unidad, la unidad del sujeto con el saber» (S XX, 26 de junio de 1973). Este es el pensamiento del monoteísmo, no de una unidad aritmética, sino del Uno que no tolera junto a El a ningún otro (dios), a ningún dos. Dimensión de lo «uniano» y de la «bifidez» del Uno (padre/amo) que Lacan despeja, después de Parménides y los estoicos, basado en una relectura de Frege y de Cantor («transfinitos»). «Hay Uno» significa. . . que «no hay dos», por lo tanto no hay «relación sexual».

6. La mujer y el Otro. Es legítimo culminar en la cuestión de la feminidad. La formalización funda una alternativa por ese Goce del Otro que obliga a escribir L/a mujer, con la barra sobre el artículo definido.

No es casual que la cuestión de la mujer ascienda irresistiblemente al cenit del pensamiento de Lacan. En 1958, la referencia a la feminidad permitía pensar la hiancia entre deseo y demanda, en la dialéctica del amor. En el otro extremo del trayecto, lo imposible de la relación sexual tiene por correlato la in-existencia de «La mujer», no

* En el Seminario XX, *Encore*, Lacan hace valer el juego homofónico entre *essaim*, «enjambre», y el sonido francés de *S1*. (N. de la T.)

existiendo las mujeres sino «una por una» (*singula singulis*).

A la «única pregunta que el psicoanálisis había dejado sin responder», según decía Freud —«¿Qué quiere la mujer?»—,¹ Lacan le da una forma de respuesta. Queremos decir que no la deja en estado de enigma sino que hace surgir al «Otro para siempre en su goce». Cuando Lacan sugiere «agregar *los Escritos de Jacques Lacan*» a las «jaculatorias místicas» (*S XX*, 20 de febrero de 1973), da una pista sobre su compromiso final por el lado de esta exploración del Otro goce.

¹ P.-L. Assoun, *Freud et la femme*, Calmann-Lévy, 1983; Payot, 3^a ed., 1995.

— Cabe preguntarse si Lacan no coloca a su lector, deseoso de continuar su esfuerzo hasta el final, ante una tarea hercúlea. Este lector debe exponerse a un saber cada vez más abstruso, aun cuando esté destinado a facilitar su inteligibilidad. Pero, desde el momento en que ha aceptado el compromiso del retorno a Freud, se somete al imperativo de realizar su reescritura. Así, pues, esta obra se caracteriza por construir al lector para el que ella misma se volverá legible. . .



Conclusión

El «pensamiento-Lacan» y sus apuestas

«Freud, incomprendido, así fuese por él mismo. . .».

(RAD, AE, pág. 407.)

Encontramos bajo la pluma de Lacan, al comenzar a plantearse el «retorno a Freud», una fórmula de convicción: «No hay captación más total de la realidad humana sino la que realizó la experiencia freudiana».¹ Tal es «la idea cada vez más certera» que adquirió «el retorno a los textos freudianos», y que fuera anunciada en 1953.

«¿Qué sé yo?». Al cabo de este itinerario debería resultar patente que la pregunta vuelve a ganar alcance con Lacan, por lo menos cuando descifra su verdadera fórmula, como corresponde a su concepción del Otro (pág. 101 y sig.), en la respuesta: «Tú puedes saber». En efecto, la pregunta «¿Qué sé yo?», escuchada en su dimensión inconsciente, porta consigo, no una vaga perplejidad o una prudencia escéptica, sino una angustia: «¿Puedo yo saber?», que nos confronta con un «prohibido pensar». Se trata aquí de la cuestión

¹ J. Lacan, «Le symbolique, l'imaginaire et le réel», en *Bulletin de l'Association Freudienne*, noviembre de 1982, pág. 4.

cartesiana, aquella que en la *Segunda meditación metafísica* va del «¿qué sé yo?» o «¿de dónde sé yo?» (*unde scio?*) al «yo soy», «yo existo» (*Ego sum, ego existo*), una vez atravesada la hipótesis del Otro engañoso. Como hemos visto, Lacan replantea al sujeto cartesiano —sujeto de la certeza— como previo al sujeto del inconsciente. Pero también es él quien declara, para introducir sus *Escritos* en alemán: «La pasión capital en el ser hablante (. . .) no es el amor ni el odio, sino la ignorancia» (1973, *AE*, pág. 558). Escotoma en el ojo del enciclopedismo: esto es el psicoanálisis.

En efecto, toda pregunta del sujeto sobre su saber está ligada a su derecho a saber (y no al derecho de saber mediático): a la pregunta «¿me está permitido saber. . . mi verdad inconsciente?», el freudismo responde: «tú puedes», pero afrontando tu división como «yo [je]». Más aún: él es esta respuesta. Lacan mismo lo expresa al final de su trayecto al declarar que «se rompe la cabeza contra un muro que él inventó para explicar a Freud» (*S XXIV*, 8 de febrero de 1977). Lo esencial es poner la cabeza en el lugar correcto, el del «muro del lenguaje». . .

Los efectos del «pensamiento-Lacan»

La travesía por el «pensamiento-Lacan» permite recapitular los efectos en los que se realiza el «retorno a Freud».

— Como reacción a la «psicología del yo», fundada en la identidad y la adaptación, Lacan se pro-

pone pensar el yo en su dimensión especular-imaginaria, en tanto «función de desconocimiento»; lo cual equivale a radicalizar la introducción freudiana del narcisismo. Esto inscribe la «antropología» lacaniana en ruptura con la *ego psychology*, ejemplo de la ilusión psicologista. Ilusión de autonomía concomitante —paradoja que debería haberse hecho patente— con una ideología del control y del amo. La psicología del yo es doblemente errónea por cuanto acredita que el psicoanálisis es una psicología y da un falso concepto del sujeto.

– Como reacción a la ideología de la comunicación, Lacan propone situar al sujeto según el orden del lenguaje y del significante y, correlativamente, del Otro. La palabra máxima no es la que se dirige de «yo» a «yo»: está fuera de cuestión «intersubjetivarse a cuál mejor» (S VIII, 16 de noviembre de 1960).

– Como reacción a la ideología de la «relación de objeto» y de la «absurda armonía de lo genital», Lacan sitúa la cima del deseo humano en un objeto faltante, ese objeto «a» apto para emblematicar al objeto de la falta.

La cima de su originalidad (reivindicada) es, en la vertiente de lo real, el objeto *a* y, en la vertiente del saber, el matema.

Así, pues, por un lado Lacan no cesa de poner el acento en la falta, la inconsistencia, la división, lo «barrado»; por el otro, en su afán de rigor, pone en primer plano el objeto. El «objeto *a*», *la* invención de Lacan (*supra*, pág. 111), es lo que él propone, así sea como un «*nada* señalado» (*supra*, pág. 118). La «ciencia del objeto *a*» rompe con toda no-

ción romántica de un objeto oscuro del deseo: ella abre la cuestión del psicoanálisis como *ciencia de lo que le falta al hombre*. No es que «el saber sobre el objeto *a*» sea «la ciencia del psicoanálisis»: de hecho, «ese objeto *a* debe insertarse (. . .) en la división del sujeto por donde se estructura muy especialmente (. . .) el campo psicoanalítico» (CV, *E* 2, pág. 842). Así pues: «No hay ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sino únicamente su sujeto» (*E* 2, pág. 838).

Al final de esta «relectura» de Freud encontramos una reivindicación propiamente asombrosa, la de la propiedad intelectual del «inconsciente», aquel cuya patente había tomado Freud: según Lacan, el inconsciente es «idea» suya, y Freud la habría hecho posible sin formular su estructura explícita. Una manera de decir que el inconsciente freudiano se consume como pensamiento estructural.

¿Lacan freudiano?

Podemos osar preguntarnos si, en definitiva, la amplitud de la relectura de Freud no descentra a sabiendas el freudismo para consumarlo. Sería hartamente paradójico que esta empresa enteramente articulada alrededor del «campo freudiano» contuviera un principio de subversión de este campo.

Un ejemplo lo ilustra a las claras: la referencia al complejo de Edipo, erigido por Freud en uno de los artículos mayores que justifican la posibilidad

de situarse en la fila de los psicoanalistas,² es fuertemente objetada por Lacan desde sus primeras embestidas hasta las alusiones sobre la «elucubración freudiana del complejo de Edipo» (ET, AE, pág. 465), pasando por aquella declaración de que «todo el esquema del Edipo debe ser criticado» (MIN). En realidad, el principal afán de Lacan es despojar a la idea de todo contenido y uso mitológicos, sustituyéndolos por una estructura cuatripartita impuesta por la metáfora, es decir, el Otro, el otro, el objeto y el yo (*versus* sujeto).

Como contrapunto, es posible hallar ciertos enunciados críticos freudianos que parecen aplicarse por adelantado a Lacan. Por ejemplo, cuando Freud previene —en contra del junguismo— respecto de cualquier reducción de la prohibición del incesto edípico a un, «por decirlo así», simbólico en el que «la madre significa lo inalcanzable» y no el objeto prohibido *stricto sensu*³ (sexual). De hecho, lo propio de Lacan es reafirmar la dimensión del deseo confiriéndole su carácter estructural, pero además desplazando el eje sobre el deseo enigmático de la madre: en este sentido, «la madre tiene la clave» (S V, 29 de enero de 1958).

Por último, la metapsicología pierde en Lacan su condición princeps, y lo mismo el modo de explicación pulsional, que pasan a ser relevados por la teoría del significante y por el matema (*supra*,

² S. Freud, «Psicoanálisis» y «teoría de la libido», 1923, GW, XIII, pág. 323, y nuestro comentario en *Le freudisme*, pág. 12 y sig.

³ S. Freud, *Para una teoría del movimiento analítico*, cap. III, GW, X, pág. 108.

cap. 10). Pero hemos visto en qué forma se legitima esa estrategia por la cual Lacan «hace su miel» de los aportes metapsicológicos.

El «pensamiento-Lacan» y el pensamiento contemporáneo

Lacan sitúa su originalidad en una suerte de autodefinición: «No siendo Freud (Rey no soy) ni ja Dios gracias! hombre de letras (príncipe no me digno ser). . .» (*Introduction de Scilicet*, 1968). Sin embargo, pertrechado con Freud y haciendo jugar su «pequeña diferencia», Lacan acompaña muy de cerca los acontecimientos del mundo intelectual y los gira a la cuenta de la causa analítica, que se escribirá con mayúscula en el umbral de su muerte, sin perjuicio de sugerir que haría falta un profeta para una Causa semejante. . .

Así es como en la década de 1950 el impacto de la lingüística da lugar a la teoría del significante. Lacan pondrá las cosas a punto en 1970: «El inconsciente puede ser, como yo lo decía, la condición de la lingüística. Pero esta no tiene sobre él la menor incidencia» (RAD, *AE*, pág. 410). En la década de 1960, la gran querrela del sujeto da lugar a su teoría del sujeto de la ciencia como sujeto forcluido. En la de 1970, los términos «discurso» y «saber», removilizados por Foucault (de *El orden del discurso* a *La arqueología del saber*), encuentran eco y «réplica» en la elaboración de una nueva teoría del discurso y del sujeto supuesto saber.

Lacan liberó al psicoanálisis de su ropaje humanista: el freudismo —demostró él en su propio campo— no es un humanismo, de ahí que su laboratorio llegara a lindar con el del marxismo anti-humanista (Althusser) y con la «arqueología del saber» (Foucault), y que situara el «retorno a Freud» en la condición contemporánea del «retorno a Marx» y del «retorno a Nietzsche», distinguiéndose a la vez, vigorosamente, del «conflicto de interpretaciones» (Ricoeur).⁴

Esto permite asumir una postura intempestiva: contra la acometida de lo imaginario y del conductismo, se trata de reorientar el psicoanálisis hacia el eje de la función de verdad del deseo. Pero en el mismo movimiento, y en contra de los detractores del sujeto, Lacan lo reintroduce como función insoslayable, aunque instalando en ella una división central.

En su célebre parábola, Freud sitúa al sujeto inconsciente en continuidad con la revolución copérnico-darwiniana; en efecto, el psicoanálisis recuerda que el hombre, tras haber perdido su posición «geocéntrica» y «biocéntrica», se ve destituido ahora de su propia psique por lo mismo que su conciencia ha pasado a ser un satélite del inconsciente.⁵ Lacan entiende a su vez que, tras esta revolución cosmobiológica, el hombre no deja de sentirse «la flor y nata»: por el contrario, adquiere

⁴ P.-L. Assoun, «Marx, Nietzsche, Freud», en *Encyclopédie philosophique universelle*, II: *L'univers philosophique*, PUF, 1989, págs. 731-9.

⁵ S. Freud, *Une difficulté de la psychanalyse*; cf. nuestra *Introduction à l'épistémologie freudienne*, Payot, 2ª ed., 1990.

una presunción imaginaria que la creencia humanista en la autonomía viene a coronar. Así pues, Lacan insiste aún más en la destitución y reexamina la relación entre saber y verdad.

De manera correlativa, uno de los efectos del pensamiento-Lacan es funcionar como «intercambiador» de muy amplio espectro entre psiquiatría y literatura (de Clérambault al surrealismo), entre filosofía y ciencia, entre lingüística y antropología, entre matemáticas y lógica, menos como «transdisciplinarietà» que como efecto proyector múltiple del inconsciente (freudiano). Por último, si el compromiso freudiano toca a la cuestión del lazo social, lo hace por cuanto el sujeto del inconsciente es propiamente el sujeto de lo colectivo, Lacan introduce aquí mismo una lógica de lo colectivo.

Lacan y el porvenir del psicoanálisis

¿Tiene el psicoanálisis un porvenir? Lacan formula esta pregunta con una radicalidad desconcertante, en la misma medida en que su pensamiento constituye un compromiso a favor de su valor de verdad: «Verán que se curará a la humanidad del psicoanálisis. A fuerza de ahogarlo en el sentido, en el sentido religioso, por supuesto, se llegará a anular ese síntoma». Entiéndase también ese síntoma viviente que es el analista: «Está ahí como un síntoma y no puede durar sino a título de síntoma» («Conférence au Centre Culturel Français de Rome», 29 de octubre de 1974, en

Lettres de l'Ecole, nº XVI). El retorno imparabable de las críticas relativistas —con el auge de las técnicas de sugestión, conductistas, cognitivas— y la disolución de toda etiología (DSM)⁶ muestran la importancia de rearticular el psicoanálisis con el sujeto de la ciencia y con una función crítica de verdad.

Lacan reaviva la violencia del gesto freudiano, aquella que se significa en las palabras de Freud a Jung cuando, invitados en 1909 a la Clark University, tuvieron a la vista el puerto de Nueva York y la célebre estatua que ilumina el universo: «No saben que les traemos la peste» (CF, *E 1*, pág. 386). Al relatar esta anécdota que dice haber escuchado de Jung en persona, al comienzo de la conferencia histórica celebrada en Viena en 1955, Lacan sitúa su propia empresa bajo la égida de la repetición de ese gesto: ¿no se trata acaso para él mismo de reintroducir la peste contra «la más corruptora de las comodidades, la comodidad intelectual»? De este modo, medio siglo después de Freud, llega al Nuevo Mundo como una amenaza promisoria. . . Interviene con la comprobación de que «los traumatismos enigmáticos del descubrimiento freudiano ya no son más que ganas aguantadas» (SSDDIF, *E 2*, pág. 791) y se propone para reactivar el traumatismo fecundo del «descubrimiento freudiano»⁷ —sin perjuicio de declarar *in fine*: «Hablo sin la menor esperanza,

⁶ Sobre el *Manuel statistique et diagnostique des troubles mentaux*, cf. nuestra *Introduction à la métapsychologie freudienne*, *op. cit.*, conclusión.

⁷ P.-L. Assoun, *Psychanalyse*, PUF, «Premier cycle», pág. 97 y sig.

sobre todo de hacerme oír» (*Lettre de dissolution*, 1980, *AE*, pág. 317).

Freud había subrayado a la vez las resistencias contra el psicoanálisis y el porvenir de la ilusión religiosa, Lacan predice un bello porvenir para esta ilusión y parece pesimista en cuanto a la posibilidad de contrarrestar la necesidad de sentido. Pero, precisamente, la apuesta del «lacanismo» es alentar esa *fuerza de resistencia de lo real del síntoma y de su efecto de verdad a la ilusión del sentido y su potencia imaginaria*.

Ahora bien, esto remite a las figuras de la verdad y del decir.

Ciencia, verdad y semblante

La cuestión del saber es esencial en Lacan, desde el «sujeto supuesto saber» hasta el «matema», que lo plantea en su radicalidad literal. En 1964, Lacan articula su «proyecto radical» en torno de «la cuestión» que va de «¿es el psicoanálisis una ciencia?» a «¿qué es una ciencia que incluye al psicoanálisis?». El exige que «su deontología en la ciencia le haga sentir que es responsable de la presencia del inconsciente en ese terreno» (PI, *E 2*, pág. 812), sabiendo que «la ciencia es una ideología de la supresión del sujeto» (RAD, *AE*, pág. 437).

De manera correlativa, Lacan reintroduce la función de verdad del inconsciente, lo cual otorga a su decir una resonancia apodíctica, e incluso dogmática: «Yo, la verdad, hablo», o incluso: «La

verdad dijo: “Yo hablo”. Estas fórmulas-choque (CF, *E 1*, págs. 391, 396) no remiten a ninguna presunción paranoica sino al arraigo de la palabra en la verdad del sujeto: el síntoma tiene por causa la verdad. Aun cuando se precise que la verdad tiene «estructura de ficción». Esta última se corresponde con la división del sujeto. De hecho, Freud habrá hecho moverse «la juntura entre verdad y saber» (SSDDIF, *E 2*, pág. 782). Lacan no rehúsa identificarse con Spinoza cuando declara haberse «consagrado a la reforma del entendimiento» del acto analítico (PRF, 1967, *AE*, pág. 346), a fin de «destrabar la inmovilización del pensamiento psicoanalítico» (*AE*, pág. 348). Pero no es casual que, en su último período, Lacan promueva el adjetivo «*semblant*» [«semblante»],* al rango de sustantivo (*S XVIII*, 13 de enero de 1971), mencionando «un discurso que no sería del semblante»; el uso de este término conoce su apogeo en junio de 1972 (*S XIX*). Una manera de recordar que «nada esconde tanto como lo que revela, Aletheia = *Verborgenheit*» (ET, *AE*, pág. 451). Freud es aquí ejemplar al haber asumido el papel de Acteón, contra quien una Diana inflexible lanza los perros de la verdad (CF, *E 1*, pág. 418).

* Con justos o discutibles fundamentos, la castellanización del término francés ha sido consagrada por el uso. Hacemos notar empero que la función gramatical del francés *semblant* es la de sustantivo, salvo cuando se lo emplea como participio activo del verbo *sembler*. (*N. de la T.*)

La ética del lenguaje: Logos y Tyché

«Yo persevero», declaraba Lacan poco antes de morir. Último juego de palabras sobre el nombre del padre (*sévère*).^{*} «Estoy retrasado en cada cosa que debo desarrollar antes de desaparecer. . .», decía Lacan en 1966 (simposio de Baltimore); lo cual permite comprender su alivio por la muerte que lo volverá «Otro por fin». . . La cuestión es lo que queda vivo del porvenir de su «mensaje», término que es preciso redescubrir más allá de su uso galvanizado. Contrastando con el imperativo wittgensteineano de «callarse» sobre lo que no se puede decir,⁸ Lacan relanza el decir, en acuerdo con el *sapere aude* freudiano, en nombre de la «ética del Bien decir» (TEL, pág. 65); sin desconocer el imperativo del «medio decir», sabiendo que «ningún lenguaje podría decir lo verdadero sobre lo verdadero, puesto que la verdad se funda por el hecho de que habla» (CF, *E 2*, pág. 846).

Al «deseo, pasión inútil» de Sartre (SSDDIF, *E 2*, pág. 791), Lacan opone el deseo en tanto sostenido por «la pasión del significante» (*E 2*, pág. 668). Habrá recordado de modo indeleble que «el psicoanálisis no es ya nada desde el momento en que olvida que su responsabilidad primera es para con el lenguaje» (SAP, *E 2*, pág. 700). Al recordar que «es en cuanto Otro como (el sujeto) desea», habrá evaluado «el verdadero alcance de la pasión humana» (SSDDIF, *E 2*, pág. 794).

* Además, la primera sílaba del francés *persévère*, «per», es homofónico de *père*, «padre». (*N. de la T.*)

⁸ P.-L. Assoun, *Freud et Wittgenstein*, PUF, «Quadrige», 2^a ed., 1996.

Freud decía reconocer sólo dos divinidades, Logos y Ananké, cuya primordial significación para «el entendimiento freudiano» hemos puesto en evidencia.⁹ Lacan reaviva, en definitiva, esta profesión de fe; aunque entendiendo por Logos nada menos que el Verbo, articulado, es verdad, con la ciencia y con la «razón freudiana», y especificando Ananké como Tyché (*supra*, pág. 92), o sea la figura de lo real. Eco al deseo de Freud, por el que el analista es «mordido»: «aproximarse al misterioso real que existe fuera de nosotros». . .¹⁰

⁹ P.-L. Assoun, *L'entendement freudien. Logos et Ananké*, Gallimard, 1984.

¹⁰ S. Freud, Carta a Oskar Pfister del 7 de febrero de 1930, en S. Freud, *Correspondance avec le pasteur Pfister*, Gallimard, pág. 191.



Bibliografía

La bibliografía de J. Lacan se ha incluido *supra*, págs. 42-9.

En esta bibliografía selectiva se mencionan los estudios consagrados a la exploración sistemática de una dimensión fundamental de la contribución lacaniana, o que abarcan su dinámica de conjunto.

Allouch, Jean, *Freud, et puis Lacan*, EPEL, 1993.

Andrès, Mireille, *Lacan et la question du métalangage*, Point Hors Ligne, 1987.

Baas, Michel, *Le désir pur*, Lovaina, ed. Peeters, 1992.

Braunstein, Nestor, *La jouissance*, Point Hors Ligne, 1992.

Charraud, Nathalie, *Lacan et les mathématiques*, Anthropos, 1997.

Cottet, Serge, *Freud et le désir de l'analyste*, Le Seuil, «Navarin», 1996.

Dor, Joël, *Introduction à la lecture de Lacan*, Denoël, 2 vols., 1985; 1992.

Dor, Joël, *Nouvelle bibliographie des travaux de Jacques Lacan*, EPEL, 1994.

Henrion, Jean-Louis, *La cause du désir. L'agalma de Platon à Lacan*, Point Hors Ligne, 1993.

Julien, Philippe, *Pour lire Jacques Lacan*, EPEL / Le Seuil, 1990.

Juranville, Alain, *Lacan et la philosophie*, PUF, 1984.

Le Gaufey, Guy, *Le lasso spéculaire*, EPEL, 1997.

Milner, Jean-Claude, *L'œuvre claire*, Le Seuil, 1995.

Nasio, Juan David, *Les yeux de Laure. Le concept de l'objet a dans la théorie de J. Lacan*, Aubier, 1987.

- [*Los ojos de Laura. El concepto de objeto a en la teoría de J. Lacan*, Amorrortu editores, 1988.]
- Porge, Erik, *Les noms du père chez Jacques Lacan*, Erès, 1997.
- Porge, Erik, *Jacques Lacan, un psychanalyste. Parcours d'un enseignement*, Erès, 2000.
- Roudinesco, Elisabeth, *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, Fayard, 1993.
- Vanier, Alain, *Lacan*, Les Belles Lettres, 1998.
- Zafiropoulos, Markos, *Lacan et les sciences sociales*, PUF, 2001.

